



PROYECTO TRÓPICO DE CÁNCER

RAFA GARCÍA SALAS

Proyecto Trópico de Cáncer

Rafa García Salas

Primera edición: diciembre de 2019

Copyright © 2019 Rafa García Salas

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

ÍNDICE

JUNIO DE 2025. ANTES DE LA MUTACIÓN

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

OCTUBRE DE 2026. DESPUÉS DE LA MUTACIÓN

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

Cuando pensamos en el mañana nunca nos preocupamos demasiado, damos por hecho que ese día futuro, sin lugar a dudas, llegará.

Nadie es capaz de imaginarse un mundo en llamas, plagado de enfermedad y caos donde la vida apenas tenga valor. Permanecemos en nuestros hogares, calientes y seguros, confiando en que nuestra existencia no peligrará, que poco puede cambiar.

Pero en un abrir y cerrar de ojos todo puede torcerse drásticamente.

Dicen que de buenas intenciones está plagado el camino al infierno. Ése fue precisamente el comienzo de todo. Una idea genial, cientos de millones en investigación, un avance médico sin precedentes, la capacidad de jugar a ser dioses.

Pero algo insospechado salió mal y, lo que debería haber curado al mundo, se volvió en su contra dispuesto a matarlo.

No hay remedio, no hay posibilidad de esconderse, todos estamos expuestos. Olvídate de lo que sabías, pensabas o creías. Las reglas del juego han cambiado, ya solo queda correr y rezar por sobrevivir.

¿Qué por qué estoy tan seguro de mis palabras? Porque yo ayudé a crear este virus mortal.

Markus; abril de 2027

JUNIO DE 2025

ANTES DE LA MUTACIÓN

Capítulo 1

Siempre me había considerado un tipo afortunado, tenía un buen trabajo en una farmacéutica de renombre, vivía en el centro de una de las ciudades más importantes del mundo, no me faltaba el dinero y gozaba de plena libertad.

Cuando mi empresa me propuso entrar a formar parte del proyecto “Trópico de Cáncer”, no lo dudé ni un instante. Aquello era la guinda del pastel para mi carrera en auge. Al salir de la facultad, unos años atrás, jamás habría pensado que formaría parte del equipo de científicos e investigadores que haría el descubrimiento médico más relevante de la historia.

Con apenas treinta años iba a tocar el cielo, a saborear la gloria. Sabía que supondría sacrificios, pero, un joven soltero como yo, cuya familia residía a más de 1.500 kilómetros de distancia, poco tenía que temer a la sobrecarga laboral.

—Markus, en la cúpula están muy satisfechos con tus últimos trabajos y tu gran compromiso para con esta farmacéutica. El paso que te proponemos dar ahora es de vital importancia, tanto para ti, como para nosotros. —Me explicaba con gran rectitud mi superior Jonathan, en una reunión formal y discreta en su despacho de la última planta.

—Comprendo señor, sabe que puede contar conmigo para lo que sea.

—Me alegra escuchar eso y seguro que el presidente de la compañía también estará satisfecho con tu entregada disposición.

—¿El señor Hyun participa en el proyecto? —Pregunté sorprendido. Aquel hombre de gran poder y riqueza tenía fama de arisco y poco sociable, solía delegar y pocas veces hacía acto de presencia frente a sus trabajadores.

—Activamente. Estamos a punto de abrirle las puertas a una nueva era y nuestro presidente será quien la encabece. Hay que adaptarse a los nuevos tiempos Markus... —Comenta mi jefe con tono bromista, una actitud de lo más extraña en su habitual frío carácter.

—Por supuesto... —Acierto a decir sin comprender del todo el propósito de aquella apresurada reunión.

—No quiero entretenerte más. Verás, mañana a las diez de la noche está programada una especie de asamblea en el salón de actos con todos los integrantes de este trabajo. Esperamos poder explicar con minuciosidad cada detalle para ponernos en marcha cuanto antes. —Hablaba con informalidad, restándole importancia al asunto, quizá con un comadreo un tanto forzado.

—Creía que a las diez de la noche el edificio estaba cerrado. —Dudé unos instantes. ¿Sería todo aquello una broma o algún tipo de trampa antes de despedirme o relegarme de mi puesto? ¿Y si los rumores no eran ciertos y semejante proyecto no existía?

—Con esta tarjeta podrás acceder. —Afirmó entregándome el pequeño plástico rectangular que únicamente lucía los colores corporativos en su superficie. —Imagino que entenderás que todo esto debe mantenerse en la más estricta confidencialidad. De no ser así, se tomarían medidas. —Amenaza esta vez con gesto serio enarcando las cejas, no queriendo entrar en el detalle de cuáles serían exactamente las consecuencias de no mantener la boca cerrada.

—No se preocupe, ya le he dicho que puede contar conmigo. Con todo lo que eso implica. —Maticé con seguridad, dando a entender que mi valía como persona y profesional debían tenerse como incuestionables.

—Perfecto. Cuento entonces contigo y espero verte mañana a la hora acordada.

Salí del oscuro despacho con una sensación extraña recorriéndome el cuerpo. Quizá era la emoción, los nervios, el entusiasmo. Quizá era un mal presagio y fui incapaz de descifrarlo.

El día pasó a velocidad de tortuga, las manecillas del reloj parecían no avanzar nunca, cosa bastante rara en Nueva York, donde las prisas, el estrés y la urgencia, conformaban su alma y sus características principales. Estaba terriblemente intrigado por todo lo que acontecería en la reunión de esa noche. Sí, se habían oído algunos chismorreos, pero en una empresa privada tan grande y poderosa como la nuestra era normal. Siempre se especulaba con quiénes serían los nuevos inversores, qué nuevo producto sacaríamos al mercado o cuántos beneficios se habían obtenido en la última tirada. El rumor de estar a punto de iniciar una investigación que revolucionaría la medicina parecía más papel mojado, algo que poner en cuarentena hasta tenerlo realmente comprobado.

Siempre he sido un hombre lógico, racional y prudente, así que no quería emocionarme demasiado. Sin embargo, el gesto y las palabras de mi superior me habían dejado inquieto. Caminaba por los pasillos mirando con recelo alrededor. ¿Este compañero estará al tanto? ¿Por qué me mira así? ¿Sabrá algo? Esa cepa sobre la que están trabajando, ¿Tendrá algo que ver con la famosa propuesta de Trópico de Cáncer? Me di cuenta de que la impaciencia creaba en mí paranoias hasta entonces desconocidas. Parecía un niño con zapatos nuevos, esperando que, de verdad, aquello fuese tan maravilloso como pintaba.

De pequeño siempre quise ser bombero, pero cuando mi madre enfermó de cáncer en mi adolescencia, mi vida y mis preferencias se pusieron patas arriba. Aquel terrible mal devoró el carácter dicharacho y juvenil que siempre la había distinguido. Poco a poco, como si se tratase de una vela, fui viéndola apagarse sin poder hacer nada. Me juré entonces que dedicaría mis esfuerzos a algo productivo, algo que tuviese un significado relevante para el mundo y honrase su memoria. Ser bombero era un trabajo social cargado de desinterés, pero lo cambié por la investigación, pensando siempre en encontrar algún día la forma de combatir el cáncer, la forma de evitar que otras personas padecieran la angustia que sufrió mi madre, que otros hijos conservasen en su memoria las imágenes con las que yo cargo.

Bailé entre la medicina, la farmacia, la física... Pero al final me decanté, tras un arduo proceso de estudio y selección, por la biotecnología. Aquella rama me daría más oportunidades de ir a la raíz del problema, trabajar directamente con virus, mutaciones, ADN... Para algunos puede sonar de todo menos apasionante, para mí siempre ha sido algo personal. Cada día, al entrar en el laboratorio, pienso en mi madre, de esta forma, nunca me canso de lo que hago.

Con todo ello, pensar que la compañía estaba realmente cerca de algo que atacase de forma radical el cáncer me ponía la piel de gallina, me ilusionaba y me hacía temblar. ¿Estaba a punto de participar y crear lo que se había convertido en el sueño de mi vida?

HyunsPharma, con el original nombre de su misterioso fundador japonés, llevaba años a la cabeza de los últimos avances médicos. Sus beneficios eran cuantiosos, contaba con diversos laboratorios esparcidos por todo el mundo y, alimentándose de inversión privada, sus ambiciones no conocían límite.

Durante el último año de facultad entré como becario en su centro de Arkansas, que al menos me permitía volver a casa los fines de semana. Acogí mi primer trabajo con gran emoción y entrega, colaborando activamente en la salida de nuevos y eficaces fármacos que trataban enfermedades como la diabetes o la gota. Al carecer de subvenciones, los medicamentos nunca han sido precisamente baratos, algo que siempre supuso un pequeño inconveniente moral para mí, que he defendido a capa y espada el acceso de todos por igual a la oportunidad de sanar. Sin embargo, el éxito demostrado de nuestros productos formaba colas eternas en farmacias y hospitales, cambiando la vida de mucha gente. Me convencí a mí mismo que eso era lo que

merecía la pena, que era un primer peldaño de mi lucha y que, con tiempo y formación, podría convertirme quizá en el Robin Hood de la medicina.

Mi compromiso para con HyunsPharma fue bien valorado y, en poco más de un año, fui contratado y trasladado a Nueva York, el gigante anhelado. Sabía que, desde ahí, solo podía crecer e ir cumpliendo poco a poco mis expectativas.

—Vaya, vaya, mi hermanito salvando al mundo en la gran ciudad y otras aquí criando niños en El Dorado. Si me lo hubieran dicho cuando era la *cheerleader* más popular no lo habría creído. —Se quejaba con tono burlón mi hermana mayor sin soltar al pequeño David de sus brazos.

—Mía, has creado una familia fabulosa, tienes un niño maravilloso, un marido del que sentirse orgullosa y, como maestra, eres la más querida del pueblo. —Traté de consolarla. Desde que tengo uso de razón, siempre había fantaseado con ser toda una superestrella.

—Sí, pero soy solo eso, una maestra de pueblo. —Añadía con forzada resignación.

—Y yo seré un eterno empollón y solterón. ¿Te consuela?

—Sí, la verdad es que sí. —Afirmaba sonriente.

—Pues yo les he contado a todos en la comisaría que el pequeño de mis hijos vuela a la gran manzana, ni más ni menos. Los chicos quieren verte antes de irte, Markus. —Me decía mi padre tomando una gran taza de café antes de comenzar su turno. —Cuando coloque al mediano ya podré respirar tranquilo. —Bromeaba mirando de refilón a Daniel.

—Lo bueno se hace esperar. —Respondía él sin sentirse mínimamente ofendido.

Siempre había sido un bohemio. En uno de sus múltiples viajes como mochilero alrededor del mundo aprendió, nadie sabe cómo, el arte de la repostería y, desde entonces, imparte talleres puntuales con los que saca lo justo para vivir y cubrir sus escasos vicios. Una cerveza y una caravana le convierten en el ser más dichoso de la tierra.

Aquellos fines de semana en familia, todos reunidos de nuevo en la casa donde nos criamos, eran un bálsamo para el alma.

Los añoro. Ahora el trabajo parece devorarme y solo vuelvo a casa en fechas señaladas. Siento que, a la par que gano, me pierdo muchas cosas de las que debería estar siendo testigo. Siempre hemos sido y somos una familia ejemplar, la muerte de mamá nos unió más si cabe y, aunque siempre seré ese extraño ratón de laboratorio, mi motor para hacer lo que hago son ellos. A veces envidio a Mía y su relación de cuento con mi cuñado Oliver. Pese a haber tenido algunas citas durante la facultad, la mayoría de ellas incentivadas y amañadas por el granuja de mi mejor amigo Adam, desconozco lo que es el amor. Tal vez el dolor que vi atravesar a mi padre tras quedarse viudo me marcara de tal manera que me cerré en banda a enamorarme, demasiado asustado al dolor que eso podía provocar. Los años pasan y ya no sé bien qué pienso al respecto. Puede que algún día encuentre lo que ellos ya conocen, puede que mi destino sea casarme con la medicina, puede que, el nuevo proyecto que estoy a punto de abordar suponga los cambios necesarios para ir encarrilando mi vida de vuelta a casa.

Y así, entre divagaciones, recuerdos y visiones de futuro, pasaron las últimas horas de la tarde encerrado en un laboratorio donde mi mente se centró en cientos de cosas menos en el trabajo. No solía pasarme, pero aquel día era especial.

Apenas cené, me acerqué a un puesto callejero donde compré un diminuto perrito caliente y, refrescando mi rostro para espabilarme tras doce horas allí metido, me dirigí al salón de actos con las palmas de las manos sudorosas. Eran las diez menos cuarto de la noche. Pasé mi tarjeta por el lector, empujé la puerta y di el primer paso hacia el resto de mi vida.

Capítulo 2

El espacio, con sus amplias butacas azulonas, estaba ya atestado de gente. Tal vez habría allí unos doscientos miembros de la empresa entre directivos, científicos, comerciales y distribuidores. Algunos rostros me parecían familiares, otros, no creía haberlos visto en la vida. Todos aguardaban pacientemente en sus asientos mirando en dirección al escenario, donde un atril destacaba frente a una gran pantalla encendida donde las palabras “Proyecto Trópico de Cáncer”, destacaban con los colores blancos y azules de la empresa.

—¡Markus! —Me saludó Adam sobresaltándome por la espalda. —El destino quiere que siempre estemos juntos. —Comentó con fingida voz de emoción.

—Dios santo, no logro perderte de vista nunca... —Me quejé guasón.

—No puedes permitirte ni siquiera intentarlo, querido mío. —Respondió con una amplia sonrisa. —Ven, hay un asiento libre por aquí.

Si bien no había encontrado una novia con la que compartir intimidades, miedos y aventuras, Adam se había convertido en mi amigo inseparable desde la universidad. Un tanto incorregible a veces, su sentido del humor y su energía conseguían darle un prisma más alegre a la vida. Una vez fui contratado por HyunsPharma, después de haber sido galardonado como el mejor estudiante de mi promoción, Adam probó suerte mandando su Currículum y pasando un periodo de prueba durante el verano, tras el cual, curiosamente para ambos, fue destinado al mismo departamento que yo.

—¡Y sin estudiar tanto, empollón! —Se burló aquel día con gesto de superioridad.

Adam tiene un punto de inconsciencia e irresponsabilidad que a veces me crispa, pero supongo que eso es precisamente lo que nos convierte en un buen tándem, al menos nos da equilibrio.

—No sé cómo no se te atraganta tanta rectitud moral, amigo. Relájate y déjate llevar, a veces en la vida hay que cometer errores e injusticias. —Me aleccionaba tratando de arrastrarme en sus correrías.

Al final nunca consiguió, ni creo que a estas alturas logre ya, “volverme al lado oscuro”, como suele decir.

Sentados sobre aquel terciopelo tan delicado, vimos la gran pantalla ir cambiando de color en el momento exacto que dieron las diez de la noche. El señor Hyun era un histérico de la puntualidad, así que era de esperar que la presentación fuese tan cronometrada.

Tras un breve vídeo introductorio sobre las instalaciones de Nueva York, y una nueva base secreta a las afueras para comenzar sin injerencias el proyecto, una voz femenina en off presentó el mismo entre diagramas, porcentajes, gráficos y secuencias de ADN. Un sinfín de palabrerías algo enrevesadas y complejas acompañaban cada imagen dejándonos a todos algo confusos. Tras cinco minutos de melodía y película, la pantalla se apagó, las luces se encendieron y apareció en escena, con impoluto traje gris, quien deduje sería el señor Hyun.

—¿Se puede caminar más erguido y soberbio? —Pregunta Adam con gesto de repulsa. —Parece que le hayan metido un palo...

—Lo entiendo. —Le interrumpo evitando su, como de costumbre, impropio despectivo.

—Buenas noches, queridos trabajadores y trabajadoras de HyunsPharma. —Saluda con un perfecto inglés que, sin embargo, muestra un fuerte acento oriental al final de algunas palabras. — Todos sabéis ya que esta empresa lleva años dedicándose a velar por la salud de los ciudadanos.

—Y de los bolsillos de nuestro presidente japonés. —Añade entre susurros Adam.

—Tras mucho tiempo, estamos a punto de comenzar un nuevo hito que cambiará la historia. Señoras y señores... —El señor Hyun mira a la sala con gesto triunfante. —Estamos a punto de curar de forma definitiva el cáncer. —Un suave rumor se levantó entre los presentes. —Por favor, permítanme presentarles a mi amigo y colaborador, el señor Bisset. —Fuerza un tímido aplauso que es acallado con la llegada de aquel hombre menudo de profuso y retorcido bigote.

—Buenas noches, querido equipo del proyecto “Trópico de Cáncer”. —Saluda a través de sus gafas de pasta con una sutil entonación francesa. —Soy el científico Alfred Bisset y, tras años de ardua investigación, mi humilde equipo y yo ponemos a disposición de HyunsPharma nuestros últimos descubrimientos sobre el virus Z105, que, sin duda, con mayor presupuesto y dedicación, se convertirá en la mutación genética que conseguirá inhibir los temidos oncogenes del portador. —Hace una breve pausa para generar cierta expectación mientras toma una buena bocanada de aire. —Tras diversas pruebas a lo largo de algunas semanas, creemos que es el momento de culminar esta investigación a gran escala y con grandes medios. Con vuestra inestimable ayuda, pues cada uno de vosotros representa un eslabón necesario en esta cadena, podremos alumbrar a lo largo del próximo año, un fármaco que no solo impedirá la aparición de células cancerígenas, sino que además destruirá las existentes. Caballeros, damas aquí presentes... Vamos a curar el cáncer. —Una ovación acompañada de aplausos inundó el salón de actos.

Adam se levantó, silbó y vociferó como si estuviera en un estadio de fútbol. Por mi parte, yo me quedé petrificado y pegado a mi asiento. Curar el cáncer ya era una realidad, iba a cumplir la promesa que me hice a mí mismo y a la memoria de mi madre. Tragué saliva con cierta congoja temiendo que, si dejaba volar mis emociones libremente, pudiera terminar llorando.

—A partir de mañana... —El presidente tomó de nuevo la palabra una vez se calmaron los entusiasmados ánimos. —Todos vosotros trabajaréis en una nueva base ubicada en Edison. Allí, en vuestro correspondiente departamento, os reuniréis a primera hora con un jefe de equipo que marcará las nuevas pautas de trabajo. Este proyecto es secreto, todos habéis firmado un contrato de confidencialidad que, de ser incumplido, acarrearía graves consecuencias, tanto económicas como profesionales. Los empleados sois un valor destacado, pero entended que nos jugamos mucho en esta apuesta.

—¿Desde cuándo somos un valor destacado y no mero ganado? —Adam continuaba con sus ocurrentes e inconformistas comentarios.

—Yo nunca me he sentido despreciado... —Afirmé encogiéndome de hombros.

—Punto número uno. —Murmura elevando el dedo índice. —Eres un cerebritito entregado al trabajo. Punto número dos... —Esta vez levanta el dedo corazón. —Te encanta vivir de ilusiones.

—Calla ya. —Le atajé con media sonrisa. Adam siempre conseguía, de una forma extraña, hacerme reír pese a las agudas críticas que vertía sobre mi persona. Puede que tuviera razón, pero ¿qué tenía de malo ser un poco estirado?

—En los panfletos ubicados debajo de vuestros asientos. —Prosiguió el señor Hyun con voz poderosa. —Encontraréis los horarios, la dirección y el número de planta correspondiente a vuestro departamento. Las tarjetas que os han sido entregadas para venir aquí serán las identificativas que usaréis a partir de mañana en el nuevo centro.

—Cuánto misterio, por favor. Esto es más angustioso que jugar al cluedo... —Se queja con incomodidad Adam mientras rebusca debajo de su asiento para extraer el grueso folleto explicativo.

—Igual de angustioso que jugar a salvar una grave enfermedad mundial. —Rebato con cierto tono de superioridad.

—De cara al resto del mundo, el proyecto Trópico de Cáncer son meras habladurías y ustedes siguen desempeñando sus trabajos habituales. Hasta que el fármaco no esté desarrollado, probado y disponible, nadie dejará de trabajar y, lo que es más importante, nadie hablará de ello más que dentro de las instalaciones de Edison.

—Ni que fuera el área 51.

—Creo que precisamente quieren darnos a entender que debemos actuar como si lo fuera. — Respondí a mi amigo entendiendo su comentario irónico.

Ciertamente, aquella reunión, gracias a los folletos, el vídeo presentación y las palabras del señor Bisset, sacaba algunas conclusiones que antes no teníamos. Sin embargo, un halo de misterio seguía cubriendo todo. Tenía ganas de llegar a mi nuevo laboratorio, saber con certeza en qué consistiría mi trabajo, el tiempo que tardaríamos en desarrollarlo, cuándo empezaría la fase de pruebas o hasta qué punto habían sido un éxito las realizadas por el científico francés. Pensar que la cura de la enfermedad estaba cerca creaba cierta ansiedad en mi pecho. Tenía más ganas de trabajar que nunca.

El señor Hyun nos despidió con cordialidad una vez el reloj dio las once en punto de la noche. Entre un espeso silencio, todo el equipo abandonó el edificio. Adam me invitó a tomar una cerveza, pero claudiqué su oferta pensando en descansar para estar fresco al día siguiente. Quería dejar las celebraciones para más adelante. Por el momento, solo tenía la vista puesta en el nuevo amanecer.

Capítulo 3

Como si del primer día de colegio se tratara, me levanté más temprano de lo habitual, me vestí con mi camisa más elegante y tomé el primer tren a Edison mientras apuraba un café largo en taza de cartón.

Por lo que había visto previamente en el mapa, desde la estación me tocaba caminar casi un kilómetro hasta llegar a aquellos almacenes secretos y alejados del centro urbano donde trabajaríamos a partir de entonces. En el exterior, el gran edificio que apareció ante mis ojos parecía abandonado, viejo y pendiente de demoler, no habría llamado la atención de ningún transeúnte curioso o nadie de la competencia que hubiese estado vigilando los avances de la empresa. Pensé que ése sería el miedo principal de nuestro presidente, que alguien le robase la idea millonaria que le catapultaría a la fama.

Me acerqué a la caseta de seguridad y mostré mi tarjeta de empleado. Levantaron la barrera entre fuertes chirridos oxidados y me dejaron pasar. Una vez abiertos los portones de hierro, el interior del edificio se descubría reluciente, con paredes recubiertas de planchas metálicas, escaleras de cristal que vagaban de una planta a otra e interminables pasillos blancos donde los distintos departamentos aparecían remarcados en grandes carteles amarillos.

La sección de laboratorio estaba en la última planta, la sexta, y hacia allí me encaminé entre numerosos compañeros de bata blanca que parecían ir apresurados de un lado para otro.

—¿La reunión para los miembros de bioquímica y biotecnología? —Pregunté a la muchacha de recepción que presidía la sexta planta nada más abrirse las puertas del ascensor.

—En la sala 3. Comenzará dentro de diez minutos. —Me indicó entregándome en un paquete de plástico una bata nueva, guantes, gafas y una nueva tarjeta de acceso de color rojo.

—Con ella tendrá acceso a las neveras, muestras y a los laboratorios de pruebas y experimentación. ¿Su nombre? —Me preguntó sin apartar la vista de su ordenador.

—Markus Ward. —Carraspeo con algo de timidez.

—Aquí tiene. —Me entrega una placa con mi nombre y el de mi departamento. Acto seguido, me lanza una mirada rápida dando a entender que ya hemos finalizado y puedo marcharme.

Atravieso el umbral de la sala 3 y me siento entre otros veinte compañeros a esperar el inicio de la charla. Muevo el pie izquierdo nervioso. La energía sale a borbotones de mi cuerpo y mi mente, solo puedo pensar en comenzar el proyecto.

Jonathan, mi superior de siempre, aparece con el mismo traje desteñido de los últimos cinco años. Al parecer, no me libraba de él ni cambiando de centro.

—Bueno, sois todos ya grandes profesionales así que dudo que estas indicaciones deban alargarse demasiado. —Explica con cierta pereza. —Vuestro equipo cuenta con un responsable que cada día me reportará a mí los avances, dudas o problemas. En este caso, Markus, tú tienes el honor de dirigir a tu grupo. —Me señala con una mirada de condescendencia.

—¿Yo? —Pregunto tontamente, algo abrumado.

—Eres quien tiene mejor expediente y quien más siente los colores de esta corporación, algo vital para el señor Hyun, al parecer... —Sin duda, Jonathan no parecía excesivamente orgulloso de mi nuevo cargo.

—Daré el cien por cien, señor.

—Estoy seguro. —Afirma con media sonrisa frívola. —Veréis, el virus Z105 descubierto y aislado exitosamente por el doctor Bisset es el causante de una rara mutación genética que consigue asilar y refrenar los oncogenes causantes del cáncer. Ya sabéis que, al activarse los

oncogenes, se producen una serie de errores celulares que provocan una multiplicación en masa de las células que terminan desarrollando el cáncer. Habiendo extraído y estudiado este virus de forma independiente y disgregada, podemos trabajar directamente sobre los oncogenes para modificarlos genéticamente y erradicar esa multiplicación que sus respectivas cadenas llevan impresas. —En unas diapositivas ubicadas tras él, Jonathan iba apuntando con el dedo diversas imágenes explicativas de dicha mutación. —Las pruebas realizadas hasta la fecha han sido insuficientes y, en una mayoría considerable, se han descubierto efectos secundarios o muertes prematuras de las células tratadas. Debéis solventar este error.

—¿Cómo haremos tal cosa? —Pregunta uno de los científicos más jóvenes ante un resoplido agotado de Jonathan.

—Pensad en estas instalaciones como si fueran el mismísimo Disney Land. Aquí ocurre la magia. No hay límites. Pedir todo cuanto necesitéis y se os concederá, da igual si existe o no, HyunsPharma lo pagará. ¿Es suficiente respuesta?

—Por supuesto, jefe. —Interrumpo queriendo destensar el ambiente y liberar al novato de una humillación segura. —Empezaremos los trabajos hoy mismo. —Algunas ideas comenzaban ya a rondar mi inquieto cerebro.

—No perdáis más tiempo. —Se queja con hastío antes de encender las luces e invitarnos a marchar.

Hasta la fecha, mi trabajo había sido importante, pero nada como aquello. Cuando puse el primer pie en lo que podía llamar como “mi laboratorio”, la adrenalina subió como la espuma desde la boca de mi estómago, dándome un chute de energía que hasta entonces jamás había experimentado. Con un par de preguntas sencillas, comprobé sutilmente el nivel de los miembros de mi equipo, organizándolos y repartiendo tareas en consecuencia. Y no, no pude evitarlo, la mayor responsabilidad y la mayor cantidad de trabajo la recargué sobre mí. El novato, que se llamaba Luis y era de origen mexicano, sería mi ayudante, una especie de becario que aprendería directamente a mi lado. Me sentía poderoso y más sabio de lo habitual.

Teníamos una sólida base ya asentada por el investigador francés que, si bien requería ser pulida y perfeccionada, era más de lo que tendríamos en cualquier otra situación.

Unos, estudiarían teóricamente las alternativas para mejorar la mutación y las opciones para atajar los fallos derivados; otros, pondrían en práctica algunos ensayos clínicos para ver cómo reaccionaban los oncogenes y, Luis y yo, actuaríamos directamente sobre una cepa modificando gen a gen, analizando su reacción y viendo cómo podríamos provocar una extensión en cadena que inhibiese la mutación maligna de forma definitiva y no solo transitoria. Teníamos dinero, tiempo y herramientas. Era un auténtico juego de fantasía para mí.

Sin más dilación, teniendo todo preparado, comenzamos cada uno en nuestros puestos marcando un estricto horario de trabajo, puesta en común de resultados y turnos de descanso.

—¿Qué? ¿Dándole duro al trabajo? Seguro que aún no sabes que tenemos una cafetería que bien podría ser del tamaño de nuestro antiguo campus. —Al otro lado del teléfono, Adam sonaba como un niño entusiasmado el día de navidad.

—Jonathan me ha nombrado jefe de equipo en el laboratorio y aún no he salido de aquí. —En ese instante me di cuenta de que, aunque pareciera que solo llevaba cinco minutos con la cabeza incrustada en el microscopio, ya se había pasado hacía rato la hora de la comida.

—La gente come, duerme... Esas cosas sin importancia. —Se burla masticando algo.

—Ahora cogeré un sándwich, pero mañana quedamos para comer juntos, lo prometo.

—Más te vale.

—Y tú, ¿Qué estás haciendo? —Pregunto por curiosidad. Adam tenía la extraña habilidad de trabajar sin que nadie alrededor se enterase nunca.

—Departamento de ensayos. Estamos esperando vuestros avances, así que aún no hay mucho jaleo. Al parecer empezaremos con ratas, qué aburrido, ¿No hay animales más grandes?

—Eso es una crueldad. —Me quejo pensando en la conservación de nuestro planeta, a veces tan olvidada.

—Curar el cáncer no va a ser gratis. Algo habrá que dejar por el camino, querido amigo. Esto no es un patio de primaria. —Aunque me fastidiase reconocerlo, esta vez Adam tenía razón. Aunque sus palabras fueran duras, burlonas y tajantes, estaba claro que, quien algo quiere, un precio debe pagar.

—No quiero pensar en eso ahora mismo. Necesito concentrarme en esta primera fase.

—Pues sí, hazlo, que me aburro y quiero empezar con los experimentos. De hecho, me alegra que seas el encargado, así podrás gestionar las pruebas conmigo. Seré tu segundo equipo una vez estabilices el virus.

—No, claramente no me deshago de ti ni queriendo. —Ironizo fingiendo apatía.

—¡Por fortuna! —Se despide feliz, fijando una hora de comida para el día siguiente.

En efecto, había un costo alto que el proyecto Trópico de Cáncer exigiría de todos nosotros, sin embargo, yo estaba demasiado absorto soñando con un mundo ideal, generoso y saludable. Estaba convencido de que, de mis manos saldría un milagro y no una maldición. ¿Quién iba a saberlo?

Las semanas pasaron raudas, me entregué tanto al trabajo que, salvo dormir, apenas hacía vida fuera del laboratorio. Incansable, de lunes a domingo, no apartaba la mirada de la cepa trabajada, los resultados y las mejoras celulares. Cometimos numerosos fallos, el virus era fuerte y manipularlo implicaba un ingenio y unos avances médicos hasta entonces desconocidos. Con el tiempo, a base de pruebas e insistencia, fuimos viendo la luz al final del túnel.

—El preparado número 27 sigue sin cambios desde ayer. —Señala Luis concentrado sobre el microscopio y el cristizador.

—Hasta ahora las alteraciones surgían en un periodo no superior a dieciséis horas. Esto parece un gran avance. —Comenté orgulloso palmeándole la espalda.

Me escocían los ojos y empezaba a desarrollar unas molestas migrañas. Íbamos por el buen camino, pero no era suficiente.

—Markus, eres un auténtico genio, pero creo que deberías descansar un poco. Es imposible que rindas si mantienes este ritmo infernal. Llevamos meses de trabajo, nadie espera que esto quede solventado de la noche a la mañana, date un respiro. —Me animaba Adam al ser testigo de mis ojeras y mis constantes bostezos.

—Sin que sirva de precedente, esta vez puede que tengas razón. —Aquella mañana casi hago explotar en un descuido un matraz de reacción. Un error de principiante que me alertó de que mis sentidos estaban extenuados. —Me iré a casa temprano este viernes.

—Y no vuelvas hasta el lunes, como la gente normal. Duerme, haz el vago, atibórrate a comida chatarra y vuelve con energía. —Ordenó con gesto serio y algo preocupado, algo poco común en él.

Mi madre me sonreía mientras, con bata blanca, también ayudaba en mi laboratorio. Me pasaba los tubos de ensayo y tomaba nota de cuanto hacíamos. “Estoy orgullosa de ti”, me repetía

con su voz dulce y armoniosa.

Observaba con detenimiento cada parte de las células: membrana plasmática, citoplasma y núcleo. Sacaba conclusiones sobre su composición, variación y reacciones al virus inoculado. Ella seguía observándome con detenimiento y asentía ante los movimientos que realizaba. Una idea fugaz vino a mi mente. Anoté de forma borrosa y casi incomprensible una fórmula con manos temblorosas. “Exacto”, me decía antes de desaparecer entre un polvo negro.

Me desperté sudoroso, con el cuerpo inquieto y la boca seca. Agité la cabeza esparciendo el sueño y los malos pensamientos. Algunos datos de la fórmula seguían frescos en mi memoria. Reflexioné sobre el sueño y repetí mentalmente cada paso dado. Lo vi claro. De pronto un golpe de inspiración, un arranque de seguridad. Era mediodía de domingo y corrí como alma que lleva el diablo hasta el laboratorio. Tenía la clave para hacer que los oncogenes permanecieran inhibidos y contenidos de forma permanente en un organismo vivo.

Dieciséis horas, veinticuatro, treinta y seis, cuarenta y ocho. La modificación del virus Z105 parecía más estable que nunca. Había eliminado los errores celulares y no había rastro de oncogenes. El siguiente paso era evaluar la reacción al introducir células enfermas.

Luis y yo nos quedamos en el laboratorio hasta que cayó la noche. Aún no habíamos comentado nuestros avances con la cúpula, pero esperábamos poder dar la buena noticia en pocos días.

Con manos temblorosas, introduje cautelosamente las células cancerígenas en la cepa mejorada de Z105. Durante largas horas, observamos los resultados y reacciones, comprobando que, asombrosamente, las células modificadas genéticamente por el virus no sólo eran inatacables por las que sí estaban dañadas, sino que, con el transcurso de algo más de tiempo, terminaban por eliminarlas sin dejar rastro.

—Creo que lo hemos hecho. —susurré con el corazón en un puño. —Hemos curado el cáncer.

Capítulo 4

—Me dejas sin palabras Markus. —Rezaba Jonathan leyendo y releendo mi informe pasados unos días del hallazgo. —El señor Hyun va a estar tremendamente satisfecho. De hecho, los plazos que habíamos considerado acaban de ser acertados gracias a tu pericia. —Me felicitó por primera vez de forma sincera.

—Me alegro de haber contribuido con mi trabajo en algo tan grande.

—¡Muy grande! —Saltó con una gran sonrisa dibujada en su rostro. —Éste es el mejor negocio sobre la faz de la tierra.

—No sé si negocio es la palabra más adecuada... —Murmuré algo incómodo ante semejante y despreciativo comentario. —Estamos hablando de salud, de mejorar la vida de las personas, de avanzar en el desarrollo de la humanidad.

—¿Acaso no hay mejor negocio que la salud? ¿Acaso no es cuando falta cuando más dispuestos estamos a pagar? —Se burló escribiendo un mail en su ordenador a la par que me ignoraba. Inmediatamente guardó mi informe bajo llave en uno de sus cajones. —Markus, eres joven e idealista, pero el futuro no solo gira en torno al desinterés y la bondad. A fin de cuentas, todos queremos algo.

—Por supuesto, no esperaba que HyunsPharma no saliera enriquecida con esto. He dado por hecho que entre la medicina privada y la sanidad pública de muchos países el beneficio sería inmenso. Por no hablar de lo que ganaría en publicidad y premios.

—¿Sanidad pública? Ningún gobierno meterá mano a este proyecto privado que tanto ha costado sacar adelante. Ha sido puramente alimentado por inversión privada y así será devuelto a la sociedad. —Quiso zanjar con un gesto de la mano señalando la dirección a la puerta. —Puedes ir hablando con tu querido amigo Adam, podréis tener luz verde para las pruebas esta misma semana.

—Perfecto. —Asentí sin entrar en mayores polémicas.

El carácter agrio y ególatra de Jonathan era por todos más que conocido, así que supuse que su afán era llevarse el mérito y las medallas por algo en lo que apenas había intervenido. La codicia individual es terrible, pero yo sabía que nunca triunfaba frente al bien general y el sentido común. Lo único que deseaba era poder terminar esa fase previa del proyecto para poder codearme y dialogar con otros superiores menos inhumanos que él.

—No tenía la más mínima duda que serías tú el genio que daría con la fórmula. Has dejado al doctor Bisset a la altura del betún... —Fanfarroneaba Adam en nuestra reunión organizativa para los primeros ensayos.

—He tenido mucha ayuda, sin olvidar que la base ya estaba creada. No voy a condecorarme con logros que no son enteramente míos. —Agradecí con humildad.

—Bah... Chorradas de niño bueno. —Se regodeó mostrándome en la pantalla del iPad un calendario de trabajo. —Podemos comenzar ya mismo con las pruebas en Mickey, Minnie, Donald y Daisy.

—¿Disculpa? —Cuestiono con el ceño fruncido.

—Mis ratas favoritas, he tenido a bien bautizarlas, ¿Qué pasa? —Pregunta como si tal cosa.

—Nada, me parece perfecto. Eres muy considerado...

—Si superamos con resultados exitosos el tratamiento en ellas, podremos pasar a los primates. Este periodo hay que organizarlo con más tiempo, no es tan sencillo traer monos tal y como están las cosas hoy en día.

—Supongo que la burocracia será un horror, aunque más bien dudo de la legalidad de hacer pruebas con estos animales, ¿No lo prohibieron en 2020?

—Sí. Exacto. Completamente prohibido. —Afirma apretando los labios y apartándome la mirada. En seguida, después de tantos años de amistad, se da cuenta de mi gesto reprobatorio. —¿Qué quieres que haga Markus? Yo no mando aquí, sigo unas instrucciones para no poner en peligro mi trabajo. El señor Hyun quiere hacer esas pruebas sí o sí. Y sí, no me mires así, ha habido que hacer algunos arreglos fuera de los canales habituales.

—Por habituales, te refieres a legales.

—Mientras haya dinero de por medio la legalidad no existe, deberías saberlo ya. Aunque queramos, las cosas no funcionan así.

—No sé, Adam... Puede ser peligroso.

—No hemos llegado a la fase 3 de los ensayos... —Susurra moviéndose incómodo en su silla.

—¿Después de los monos? —Pregunto ante un gesto afirmativo de su cabeza. —Supongo que si va a probarse en humanos tendremos el consentimiento de sanidad.

—Claro... —Carraspea sin apartar la vista de la pantalla.

—Adam. —Insisto en tono inquisitivo.

—No tengo nada que ver con esto, Markus. Al igual que tú me han hecho firmar un estricto contrato de fidelidad y, lo que es más importante, confidencialidad. Hay muchos más por encima de mí. Me limito a tomar las instrucciones y llevarlas a cabo. No sabía que estabas tan desinformado.

—¿Cómo iba a imaginarme que HyunsPharma levantaba todo esto de forma ilegal?

—No es exactamente ilegal... —Suavizó chasqueando los dientes, ni siquiera él mismo estaba convencido de sus palabras. —Esto será el mayor descubrimiento del siglo. Hay muchos intereses en juego. Sé que crees que la humanidad debe primar por encima de todo, pero ¿sabes qué pasaría si otras farmacéuticas se enteraran? ¿Hospitales, algunos sectores conservadores, ONGs? ¿De verdad crees que todos son tan buenos? Curar el cáncer implicará que muchos de esos negocios y organizaciones dejarán de ganar dinero. La enfermedad es un negocio, hace años que lo es, por desgracia. —Matiza algo entristecido.

—Sigo pensando que podemos hacer algo bueno con esto. Estoy plenamente involucrado, quiero intentar hacer lo correcto. No me gustan estos métodos, pero si el fin mayor al que servimos va a salvar millones de vidas... —Reflexioné viéndome en una terrible encrucijada en la que el nombre de mi madre se repetía una y otra vez.

—Te entiendo amigo, no es tan sencillo. Por eso sigo trabajando aquí. —Adam se encogió de hombros. —Puede que al final lleguemos a algo que merezca la pena.

—Ésa es la idea. —Dije con seguridad. Estaba dispuesto a convertir aquella cura en un derecho humanitario y universal. Estaba dentro y eso era todo lo que necesitaba para empezar a cambiar el mundo. Mi espíritu era férreo.

—¿Empezamos por Mickey y Minnie? —Preguntó marcando una cita de pruebas para el día siguiente.

—Empecemos.

Y así fue como, sin saberlo, o sin querer ser plenamente conscientes de ello, comenzamos a jugar a ser dioses.

Las pruebas con ratones, sencillas y seguras, fueron desarrolladas durante el primer mes con un éxito abrumador. Entusiasmados y con una visión optimista de los resultados futuros, el señor

Hyun incluso organizó un cóctel de celebración para mantener a sus empleados motivados, haciéndoles saber que la línea de meta estaba cerca.

Algunas noches padecí insomnio, sopesando si la empresa en la que tanta fe había depositado no estaba jugando limpio. Dudando de que, a la hora de la verdad, ni la cura de las enfermedades, ni los avances médicos fueran el objetivo, al menos no mientras hubiese dinero de por medio.

Alguna tarde de domingo hablé con mi hermana por teléfono y le comenté, relatando supuestos imaginarios que no le diesen ninguna información real y protegida, algunas de mis dudas. Mia, quien siempre había sido mi ejemplo a seguir, generosa, bondadosa y empática, comprendió y escuchó atentamente mi dilema personal.

—Oh pequeño Markus, lamento que no todos compartan tú mismo corazón y ganas de hacer el bien. Siento mucho que eso te decepcione... —Se compadeció con voz dulce. —Pero si te dijera que es raro que las empresas o las personas hagan algunos movimientos secretos saltándose algunas normas, te mentiría. Incluso mi escuela lo hace, incluso yo, a veces, siendo maestra de infantil, lo hago. —Bromeó transmitiéndome su sonrisa y su ánimo telefónicamente.

Quizá tenía razón. Quizá yo era un paranoico obsesionado con el orden, las normas y los valores morales. Quizá esa rectitud me tenía agobiado desde hacía más tiempo de lo que recordaba. Quizá era el único que veía la realidad, pero, como tantos otros, me obligué a ignorarla hasta que fue demasiado tarde.

Capítulo 5

“El trabajo dignifica”, ésa es la famosa frase que trata de explicar la sensación de plena satisfacción por las labores bien hechas. Aquella segunda fase del proyecto estaba sacando lo mejor de mí. Superada la parte más teórica y tediosa de la ciencia, llegaba la entretenida: la práctica. No, no había que precipitarse, según los resultados probablemente habría que volver a recalcular medidas, fórmulas y patrones, pero ya se vivían con un entusiasmo distinto.

Una parte de mí sentía que ese proyecto era mío, se estaba convirtiendo en algo personal, mi reto, mi gran sueño, mi propio hijo. Estaba convencido de que saldría bien y que cambiaría el rumbo de la historia, salvando, en honor a mi madre, a todas las personas enfermas del planeta. Me daba igual lo mucho que se le llenara la boca a Adam con temas burocráticos, sociales o de intereses económicos, sabía que, al final, el bien común prevalecería. Era mi gesta y estaba cien por cien comprometido con ella.

Las primeras pruebas en Mickey y Minnie fueron todo un éxito. Un éxito abrumador, podría decirse. Los ratones reaccionaron positivamente a la inoculación del fármaco experimental y, en pocas semanas, no había rastro de células malignas en su organismo. Se veían fuertes, ágiles y felices. Tras monitorizarlos durante días, respiramos tranquilos.

—Sabemos que, al menos, podemos curar el cáncer en ratones... —Bromeaba Adam con optimismo descorchando una botella de champán.

—Adam, las neveras del laboratorio no son para bebidas... —Le regañé cual padre responsable.

—Venga, Markus, no seas aguafiestas. Incluso alguien como tú tiene que tener ganas de celebrar este avance.

—Son las once de la mañana. —Refunfuñé mirando el reloj.

—¡Con más motivo! ¡El desayuno es la comida más importante del día! —Exclamó sirviendo dos vasos de plástico.

—Espero que sobre algo para mí... —Se escucha la voz grave de Jonathan vigilándonos desde el umbral. Adam, reclinado sobre una silla, se yergue de inmediato.

—Estamos... Estamos... —Balbucea dejando el vaso, prueba del delito, sobre la mesa.

—Tranquilo Adam, me parece bien que festejéis avances como éste, aunque la próxima vez me gustaría ser el primero en saberlo. Sírveme una copa, por favor. —Pide sentándose junto a nosotros.

—Tras estas semanas, podemos afirmar, sin lugar a dudas, que el experimento en ratas no tiene una sola fisura. —Comenté con cierto orgullo.

—Lo sé. Hace días que lo sé. Por eso envié un informe y ya tenemos el visto bueno para ir directos a la fase experimental en humanos. —Añade nuestro superior como si tal cosa.

—Creía que primero se probaría en primates... —Reflexiona Adam confundido.

—Eso es una pérdida de tiempo... Tenemos mucha confianza en el producto y en el profesional que lo protege. —Dice mirándome con los ojos bien abiertos. —Ha sido fácil obtener todos los permisos pertinentes, parece que nadie duda del éxito.

—Me siento halagado, y realmente me sorprende la velocidad con la que habéis resuelto todos los asuntos burocráticos. En otros proyectos hemos podido esperar meses, sino años, según los casos... —Reconozco con algo de recelo.

—Ya sabes Markus que, en esta vida, si estás bien posicionado y tienes buenos contactos,

todo es mucho más fácil. —Matiza Jonathan con condescendencia.

—Me alegra saber que todo está en orden, tenemos vía libre y todas las revisiones legales han sido superadas. —Adam pronuncia aquellas últimas palabras con algo de retintín, queriendo remarcarlas para que yo las escuche y me quede más tranquilo.

—Tu participación y capacidad de decisión están siendo claves. —Me dice nuestro superior apurando las últimas gotas de champán. —Así que, a partir de ahora, eres el portavoz y responsable de este proyecto. Superadas las fases independientes, creo que podemos pensar en aunar todos los procesos y departamentos. Saldrás un poco más del laboratorio, quizá. —Añade en tono burlón.

—Trataré de guiar al equipo de la mejor manera posible y le mantendré informado en todo momento. —Dije como empleado estrella.

—A mí y al señor Hyun, se pasará un par de veces a la semana para tener una reunión de seguimiento e ir haciendo planificación estratégica. —Nos guiña un ojo y se dirige a la puerta, dando por zanjada la conversación. —¡No dejéis de trabajar!

—Vaya, vaya, el niño mimado de los jefes. —Sonríe Adam alegrándose por mí, aunque, conociéndole tan bien, sé que lucha internamente contra un ligero atisbo de envidia.

—Esto es porque trabajo muchas horas extras no remuneradas. —Le quito hierro.

—Claro, señor. ¿Qué le parece si vamos organizando las pruebas con humanos? —Pregunta en tono forzosamente formal.

—Lo siento, Adam, tú no tienes madera de empleado servil. —Bromeo dándole un ligero empujón.

—En efecto, sé que algún día seré un manda más, estarás orgulloso. —Fantasea hinchando pecho.

Mentiría si dijera que la responsabilidad no pesaba sobre mis hombros. Era todo cuanto siempre había querido, no solo personal, sino profesionalmente, pero la presión por hacerlo bien y cumplir mis propias expectativas me tenía sumido en una excitación ansiosa difícil de sobrellevar. Sabía que Adam también había trabajado mucho y que, para él, era de vital importancia tener reconocimiento. Si bien yo era el bicho discreto, él era un animal de protagonismo, le encantaba lucirse y pavonearse, así que pensé que, tenerle como apoyo y hombre de confianza, haría que formáramos el equipo perfecto de cara a los empleados, los superiores, los proveedores, prensa y cualquier otro frente con el que hubiera que batallar.

Casi podía imaginarme dando una rueda de prensa entre fuertes clamores y vítores al dar a conocer la noticia de la existencia del medicamento que curaba el cáncer.

Cada noche, dando rienda suelta a mi exaltación, hablaba por teléfono largo y tendido con mi padre y mis hermanos, manteniéndoles al tanto de cada detalle, sintiéndoles cerca, recibiendo su aliento y comprensión. Ellos me ayudaban a mantener la cordura.

—Qué pena que todo sea tan secreto, hijo. Me muero de ganas por presumir en el pueblo. Por favor, en cuanto pueda hacerse público concédeme el privilegio de difundirlo por aquí. —Rogaba como padre orgulloso.

—Por supuesto que serás el primero en saberlo, ¿No estoy manteniéndooos al tanto, aunque no debería? Solo porque me caéis bien... —Puntualizaba haciéndome de rogar.

—No tienes valor de decirle eso a tu hermana. —Se mofa mi padre conociendo el carácter de Mia.

—Procuro ahorrarme ese tipo de bromas con ella.

—Bueno... Me alegra saber que estás consiguiendo lo que quieres, te lo mereces, llevas

muchos años luchando por ello. Descansa, coge fuerzas y continúa con energía mañana, como siempre haces. —Se despedía con voz cariñosa, ayudándome, con aquellas palabras fraternales, a conciliar un poco mejor el sueño.

En menos que canta un gallo, con toda la compañía expectante y marcando algo de presión en los plazos que pretendía manejar, comenzamos a poner en marcha las primeras pruebas en humanos, el reto definitivo.

Yo sabía que aún quedaba trabajo por delante, pero entendí aquella insistencia de las altas esferas de Hyunspharma como la inquietud típica del niño pequeño que desea que llegue cuanto antes el día de reyes. Sabía que había una inversión importante en juego y que, si todo salía bien, hacer pública la noticia para ganar proyección, clientes y más inversores era la preferencia de todos. Nadie me lo comunicó así, pero siguiendo mi lógica, me refugié en la sana idea de que lo único que se perseguía era la satisfacción del resultado adecuado, la proyección y el éxito. Nada más, nada menos. Tal vez me precipité en mis conclusiones, demasiado optimistas y bondadosas. Tal vez todos, a lo largo de mi vida, habían tenido razón y trabajaba de más y con demasiado ahínco.

Adam y yo estructuramos un nuevo laboratorio para atender a los “sujetos”, necesitábamos más espacio que con los ratones, como era obvio. También formamos un nuevo equipo con personal suficiente para atender los primeros exámenes clínicos de los participantes, los respectivos resultados, la inoculación de la vacuna y el seguimiento posterior de posibles efectos secundarios o mejorías.

El paso siguiente, apasionante para Adam, pero aburridísimo para mí, era conseguir gente dispuesta a convertirse en cobaya, a cambio, eso sí, de una nada desdeñable cantidad.

—¿Cuánto dices que pone en el contrato? —Preguntaba Adam con incredulidad al repasar las cláusulas del documento que la empresa firmaría con el voluntario. Por supuesto, la confidencialidad se exigía so pena de multa.

—Estoy de acuerdo contigo en que parece el premio de una lotería... Se nota que Hyunspharma es poderosa. Supongo que es un pago en previsión del éxito posterior, están seguros de que merecerá la pena y se recuperará todo lo invertido. —Justificaba yo de forma inocente.

—¿Hay algún problema en que un empleado participe en las pruebas? —Insinuaba de nuevo lanzando un silbido de escándalo al repasar de nuevo la cifra pagada.

—Pensé que esto se hacía en algún boletín público del departamento de sanidad, pero Jonathan me ha dejado bien claro que no se fía de que haya topes o filtraciones... ¿No es algo obsesivo? —Reflexionaba cuestionándome alguna de las exigencias que empezaban a darse en mi trabajo.

—Tú mismo lo acabas de decir, Markus. —Explicaba Adam poniéndose más serio. —Hay mucho en juego, quizá sea comprensible la precaución de hacerlo en un ámbito más... Privado.

—Privado, en este caso, es casi sinónimo de secreto. —Me quejaba en mi constante inconformismo. El papel de encargado había calado hondo en mí y quería tener todo controlado. —Jonathan me ha pedido que le pase un listado de las características que preferimos para los voluntarios, además de un informe sobre el objetivo de las pruebas. Me ha dicho que él y el señor Hyun se encargarán de reclutar personalmente a los participantes, algo muy privado y sigiloso.

—No, si al final conseguirán cobayas humanas que paguen por recibir el tratamiento experimental en lugar de cobrar. —Concluye Adam ligeramente indignado. —Está claro que quieren moverlo entre sus esferas, así se aseguran discreción y se ahorran problemas, todo queda en casa...

—Solo espero que no sea un movimiento extraño de la compañía... No quiero pensar mal. — Refunfuñé rellenando todos los impresos que se me habían exigido.

—Tranquilízate, Markus, no todo en esta vida es un complot continuo. No veas fantasmas donde no los hay... ¡Vamos a hacer historia! —Saltó entusiasmado imprimiendo las etiquetas y los historiales numerados para los inminentes participantes.

En efecto, Jonathan y el presidente se encargaron, con gran secretismo y premura, en reunir a los voluntarios de la fase de pruebas. No nos dieron detalles, aunque el ajetreo que se veía en el gran despacho hablaba por sí mismo. Durante días, abogados, personajes perfectamente trajeados y diversos médicos pasaron por allí en encuentros prolongados que terminaban con una firma y un estrechón de manos. Jamás había visto a mi superior trabajar tanto como aquellos días, se ve que la presencia del señor Hyun le amedrentaba y quería dar ejemplo, por primera vez.

Pasada una semana y media, en la que se nos prohibió hacer preguntas o intentar interactuar de forma directa con el presidente, pues no era momento de agobiarle, nos pasaron la lista de los diez participantes que, desde el día siguiente, ingresarían en la planta que se había creado especialmente para hacer el seguimiento del proyecto.

—¿Morgan Petersons? —Repitió Adam en voz alta al repasar los nombres. —Me suena mucho...

—Un jugador de béisbol retirado... —Respondí quitándole el listado de las manos. —Hace un año saltó la noticia de su leucemia... Parece que son todos personas influyentes... —Comenté reconociendo varios apellidos ilustres.

—Te lo dije... —Murmuró Adam melodiosamente.

—Casi prefiero esto... —Sopesé ignorando aquel detalle. —Es mejor que sean personas adineradas que deciden venir aquí libremente que no pobres almas desesperadas que no tienen más remedio que poner su salud en venta.

—No sabría decir si es un pensamiento bondadoso o retorcido, pero si a ti te consuela, que eres el santo de los dos, a mí me vale. —Se encogió de hombros. —¿Habrá que darles un trato especial?

—Como a cualquier otra persona. Me da igual quiénes sean, lo importante es el proyecto y conseguir que nuestro medicamento sea efectivo. Cuantas menos distracciones, mejor. Esto no es una retirada espiritual en un lujoso resort, lo hemos convertido en un hospital de investigación. — Por un momento dudé si, el hecho de que fuera gente afamada y consentida sería de ayuda o, por el contrario, un estorbo.

El día estipulado para el ingreso de los diez “pacientes cero”, como, científicamente, habíamos optado llamarles, la empresa parecía un auténtico gallinero. Todos, empleados y directivos, estábamos nerviosos, sabiendo que comenzaba la fase más relevante del proyecto y que, además, la imagen que trasmitiésemos a los ricos voluntarios era muy importante, al menos así nos había aclarado Jonathan, que exigía que las atenciones no fueran menos que excelentes.

La sexta planta era un hervidero que había quedado perfectamente transformada en un hospital: habitaciones separadas para los pacientes, centralita de atención y seguimiento, salas de reuniones para los científicos y laboratorio para seguir los resultados. Por norma, todos debíamos llevar las batas blancas y una tarjeta identificativa, además, tuve que organizar cuadrículados turnos para que siempre, las veinticuatro horas del día, hubiera personal suficiente. Como de costumbre, yo me eché a la espalda las mayores responsabilidades y jornadas, turnándome lo justo y necesario con mi becario Luis para poder recuperar horas de sueño cuando estuviera al límite.

Los pacientes cero llegaron al anochecer, cuando ya había poca gente en la calle y no se esperaban ojos fisgones. Con una pequeña maleta, cada uno se instaló en su respectivo habitáculo. Algunos venían solos, sobre todo aquellos hombres de negocios, importantes pesos pesados de Wall Street que, además de discreción, preferían dedicar ese tiempo a trabajar en silencio. Otros, como mucho, estaban acompañados de sus abogados o representantes, quienes estudiaban cada detalle con minuciosidad y, para mi gusto, hacían demasiadas preguntas. Todos parecían tranquilos, casi alegres ante lo que estaba a punto de suceder. Me imaginé en su lugar y, por más que lo intentara, no conseguía evitar sentirme nervioso. Muchos de esos sufrían una enfermedad muy avanzada, podía identificarlo de un solo vistazo. Quizá ya no tenían miedo a nada, quizá tener esperanza les daba fuerzas, quizá era solo una forma distinta de entender la vida para las “celebrities”. El caso es que ese grupo de deportistas, economistas, personajes televisivos y políticos de la ciudad, tenían que soportar largos días de experimentación y análisis contando con la remota posibilidad de sanar. Pasé la manga de mi camisa por mi frente mientras resoplaba. Sí, sin duda la responsabilidad y las expectativas eran grandes.

Comenzamos a trabajar sin más demora: análisis de sangre y orina, toma de la tensión, placas y tacs, resonancias, pruebas de resistencia. Asigné un miembro de mi equipo a cada paciente para que, durante 24 horas, lo sometiera a un completo estudio físico que nos permitiese tener un listado completo de sus capacidades y estado de salud inicial. Tenía tantos datos y baremos en la cabeza que creía estar volviéndome loco, trabajar con ratones no es lo mismo que con humanos. Gracias a mi gran capacidad de organización y a las cuidadosas tablas de Excel que elaboré para cada situación, fui comenzando con las primeras vacunas. Primero, los pacientes en situaciones menos grave, por último, aquellos desahuciados cuya metástasis les devoraba por completo.

La primera dosis era mínima, casi irrisoria. Lo justo para, pasadas unas horas, ir viendo en sangre cómo reaccionaban las células sin correr ningún peligro.

En un plazo de 48 horas, comprobamos con satisfacción que los resultados eran positivos. Ningún paciente presentaba rechazo a la dosis inoculada y las tablas de sus análisis habían mejorado ligeramente. Era buena señal.

—Parece que tenemos todo resuelto. —Sonreía Jonathan al conocer mis avances.

—No hay que precipitarse, podría decirse que he hecho un primer muestreo para ir sobre seguro, ahora veremos si, con mayor cantidad, el cuerpo responde igual de bien.

—Espero tener noticias lo antes posible.

—Por supuesto, no dejamos de dar pasos hacia delante, pero las cosas tienen sus tiempos. Por precaución debemos dejar pasar al menos otros dos días antes de la siguiente vacunación. —Expliqué de la forma menos científica posible.

—Eso es un lujo que no podemos permitirnos, Markus. —Fruunció el ceño ligeramente enfadado. —Cada segundo es oro para nosotros. Por favor, acorta los plazos.

—Hago lo que puedo Jonathan, pero la ciencia y la medicina deben tratarse con respeto, tienen sus propias exigencias.

—Haz que esas exigencias cambien, para eso te hemos convertido en el responsable. Muchas personas y mucho dinero dependen de esto. No me hagas darle malas noticias al señor Hyun. Mañana mismo quiero una nueva fase de inoculación. Vendré a supervisarla con el presidente personalmente, no me decepciones. —Amenazó antes de dar media vuelta y marcharse a toda prisa sin mediar más palabras.

Un nudo se atascó en mi garganta. Me negaba a ser de esos profesionales locos que infravaloran las graves consecuencias que pueden derivarse de un fármaco en mal estado, o de una cepa contaminada. Sin embargo, prácticamente era el encargado del proyecto y todo, y todos,

dependían de mí. Pensar en decepcionar a alguien estando tan cerca de la cura me generaba pavor. ¿Y si me destituían y ponían en mi lugar a alguien que hiciera peligrar todas las mejoras hechas? ¿Y si era peor el remedio que la enfermedad? No, no podía permitirlo, tenía que seguir. Fuera como fuese, haciéndolo yo mismo sabía que todo estaba bajo control y, lo que era más importante, bajo la legalidad, no pensaba poner en peligro a mis voluntarios.

Apenas había dormido, pero me encerré en el laboratorio para organizar todo y poder comenzar la siguiente tanda de vacunación con datos seguros, dejando quizá algo más de tiempo, sin que Jonathan se enterase, para los pacientes de mayor riesgo.

A la mañana siguiente, con unas ojeras que me llegaban a las rodillas y un estómago pesados por el hambre, ordené la introducción de la siguiente cepa, algo más concentrada, cruzando los dedos para que todo saliese bien.

Exhausto, pues ya apenas me tenía en pie, no tuve más remedio que irme a casa unas horas. Luis y Adam me relevaron quedándose vigilantes y prometiendo llamarme si había algún cambio significativo.

Al llegar al silencio de mi cuarto fui incapaz de descalzarme, caí sobre la cama inconsciente, sumiéndome en un sueño algo mareante que me llevó de nuevo a los últimos días de enfermedad de mi madre.

La vi, hablé con ella, casi pude sentir su tacto y su aroma. Desperté entre sudores fríos, con el corazón acelerado y la inseguridad recorriéndome el cuerpo. Una sensación extraña me invadía. No supe qué era, simplemente estaba intranquilo. Me di una ducha rápida, me cambié de ropa y, cual adicto al trabajo, regresé a las instalaciones secretas de HyunsPharma.

—¡Dormilón! —Me saluda Adam con alegría. —Poco más y denunciamos tu desaparición, ¿Te encuentras mejor?

—Sí, sí, lamento si se me ha pasado la hora... ¿Alguna novedad? —Pregunto aun ensimismado, como quien no termina de salir de la pesadilla mental.

—¡Ninguna! —Exclama emocionado. —Todos se encuentran perfectamente. Luis realizó hace un par de horas una analítica y los resultados estaban limpios. Tu virus mágico comienza a devorar el cáncer. ¡Está funcionando! —Me zarandea por los hombros buscando una reacción por mi parte.

—Tengo que explorar a cada paciente. —Respondo serio zafándome de su abrazo y poniéndome la bata. Me muevo como en una nube, absorto, perdido, ilusionado y temeroso a la vez de que, realmente, esté sucediendo.

Uno a uno, revisé los resultados recogidos por Luis y, como no me quedaba satisfecho, mandé repetir las analíticas. Al mismo tiempo, exploré a cada uno de los pacientes, tenían un aspecto inmejorable.

—¿Todo bien? —Pregunté a Louisa Gilbert, ex nadadora olímpica.

—De maravilla, hacía tiempo que no me sentía tan... —Rebuscó la palabra adecuada. —Enérgica. —Sonrió con optimismo.

—¿Alguna medicación? —Pregunté cual médico de cabecera.

—¿Salvo la quimio? Ninguna.

—¿Ni para la dermatitis? —Insisto viendo unos suaves ronchones sonrosados en sus brazos.

—Primera noticia que tengo... —Responde mirándose extrañada los brazos. —Es probable que se deba a los nervios, he estado ligeramente atacada estos últimos días. En mi familia es muy común, así que... —Se encoge de hombros.

Salí de la ronda de inspección inundado en dudas. Todos, incluso los pacientes terminales

estaban experimentando una recuperación milagrosa, sus células cancerígenas desaparecían por momentos. Sin embargo, un presagio desconocido me atenazaba. Solamente Louisa mostraba lo que podría llegar a ser alguna reacción secundaria, un simple enrojecimiento que, como bien decía ella, podía deberse a otros tantos factores. ¿Quizá me estaba obsesionando? ¿Podía estar poniéndome la zancadilla a mí mismo, como quien no quiere darse cuenta de que, por fin, ha cumplido su objetivo?

Inmerso en preguntas y planeando los siguientes pasos que debían darse, pues, a fin de cuentas, apenas había pasado una semana de pruebas, me encerré en la oficina con Jonathan, el señor Hyun y Adam, en nuestra reunión de seguimiento.

—Veo que todo va viento en popa. —Comenta complacido el presidente con su fuerte y marcado acento extranjero.

—Sí, los primeros resultados son estables, pero, como con cualquier otro virus o vacuna, es necesario ser cautos.

—¿Cautos? —Pregunta Jonathan con marcada ironía. —Llevamos meses trabajando en esto. Hemos sido sobradamente cautelosos.

—Coincidió con él. —Secunda el señor Hyun. —Nuestros potenciales clientes están ansiosos porque el producto esté finalizado. A la vista de sus estudios, las pruebas en animales y las conclusiones de esta última semana, creo que podemos comenzar la fase de producción.

—Con mi más debido respeto. —Carraspeo buscando con la mirada el apoyo de Adam, quien permanece con la cabeza gacha adivinando el enfrentamiento moral que se avecina. —Creo que aún es pronto para ponerlo a la venta, no ha pasado el tiempo suficiente para que estemos seguros de si pueden derivarse efectos secundarios o cualquier tipo de síntoma rebote. Debo seguir con vacunas hasta llegar a la dosis exacta que se pondría a la venta, siempre de forma progresiva y vigilada. —Alegué con prudencia y educación, pensando, en mi fuero interno, que la ambición de aquellos hombres podía convertirse en algo potencialmente peligroso.

—Por desgracia, Markus. —Me sonrío el presidente con algo de ironía. —Esa decisión ya no depende de ti...

Capítulo 6

—No me puedo creer que sean tan insensatos... Podría darse una negligencia grave, ¿Es que no piensan en eso? —Me quejaba caminando de un lado a otro en la calle, donde había salido con Adam a tomar el aire para soltar la tensión acumulada.

—No, no piensan en ello. Llevan pensando en sacar la vacuna a la venta desde hace días. Me enteré ayer. —Confesó para mi desesperación. —El rato que estuviste ausente me encontré a Jonathan en la cafetería y me comentó algo de que muy pronto la comercializarían.

—Jonathan parece bastante más abierto y amable contigo que conmigo, por cierto. —Observé repentinamente sintiéndome tontamente desplazado.

—No seas susceptible, Markus. Sabes que Jonathan es un poco sinvergüenza, no hay que tomarle en serio. Yo me revelo un poco menos que tú, que para eso manejo un trabajo de menos enjundia, y quizá por eso me tiene más simpatía. —Sonríe con orgullosa inocencia.

—En serio, Adam. Esto no es broma. Estamos hablando de la salud de millones de personas. Si no cumplimos con las exigencias legales y los plazos necesarios para asegurarnos que, en efecto, es un medicamento seguro, podemos ocasionar muchísimo daño. —Reitero no sabiendo cómo hacer que la cúpula me conceda más margen de experimentación.

—Tampoco serán millones de personas... En realidad, solo unos pocos. —Comenta con naturalidad, sin darse cuenta del impacto de sus palabras.

—¿Cómo? —Pregunto de forma automática poniendo los brazos en jarra. —¿Otra confidencia de nuestro querido Jonathan?

—Algo así... Tenía que habértelo contado, pero no sabía si finalmente se haría de esta forma...

—¿Qué ocurre?

—Me han dado la opción de dirigir la campaña de comercialización del producto. En principio quieren que lo hagamos los dos juntos, estaban ultimando los detalles y dejándote terminar tu trabajo para ponerte al tanto. Es una campaña un poco especial... —Sigue dando rodeos, masticando las palabras, como si tuviera miedo de hacer la confesión final.

—Especial... Desembucha, Adam.

—Sé que hemos hablado cientos de veces de curar el cáncer por todo lo largo y ancho del globo, sin hacer distinción, pero HyunsPharma tiene otra idea en mente para comenzar.

—Dios... Imagino por dónde vas...

—La producción ha sido carísima, recuperar esos márgenes tomará tiempo. Quieren hacer de la compañía una marca de prestigio con un valor millonario que deje al resto de farmacéuticas a la altura del betún. Se sacará el producto a la venta, sí, pero no en todos los lugares, solo en centros de alta gama con los que tengamos costosos acuerdos.

—¿Y el precio de la vacuna? —Pregunto esperando la respuesta como un jarro de agua fría.

—Algo más que desorbitado. —Reconoce cabizbajo. —Primero habrá una especie de lista o sorteo donde se apuntará la gente más adinerada que pueda permitírselo, después se irá distribuyendo sin prisa, como si fuera una edición limitada que puede revalorizarse.

—¡Eso es vergonzoso! Llevo años dedicándome a esto por un fin mayor, no para curar solo a los niños ricos. ¡La salud es un derecho universal! —Estallo hecho una furia.

—Lo sé, amigo... Te entiendo.

—Tenías que habérmelo contado al momento. Es más, tenías que haberte negado. —Espeto resentido.

—Punto número uno, no quería que te pusieras precisamente como te acabas de poner. Punto número dos, Markus, no todos tenemos tu potencial. Algunos solo tenemos esta oportunidad en la vida para ser alguien, sabes cómo funciona esto, si saco los pies del tiesto, se acabó todo. —Se defiende ligeramente entristecido.

—Lo siento, no quería pagarlo contigo... —Me arrepiento en seguida de mi arrebato.

—No te preocupes, tienes toda la razón y estoy contigo. Quizá debamos organizar una reunión para charlar con más calma con Jonathan y el señor Hyun... —Propone. —Podrías preparar algunas de tus estadísticas, hacer una propuesta de plazo que pudiera contentarles y buscar un término medio. Deberíamos intentarlo una vez más, ¿Qué te parece?

—Me parece que deberé trabajar toda la noche para ajustar esos tiempos de forma segura, pero nada pierdo, peor que ahora no podría ser.

—¡Ése es mi chico! —Se alegra de mi aceptación y, juntos, regresamos al laboratorio para ponernos manos a la obra.

Durante algo más de dieciséis horas no despecué la nariz del ordenador. Me encerré en mi despacho y, tomando todos los estudios realizados hasta entonces, así como un análisis de mercado, me propuse preparar un informe completo sobre las desventajas de acelerar la fase de las pruebas y las ventajas de marcar precios competitivos. Incluí gráficos, esquemas, leyendas, colores... Tal y como me habían enseñado en el colegio, sencillo, llamativo y claro, algo que visualmente llamase la atención. Cualquiera de mis profesores habría estado orgulloso del resultado. No pude anillar el libretto final, no había tiempo, pero sí lo metí en una brillante carpeta de corchetes como esas que se utilizaban en los años noventa.

No podía haber dudas, cualquiera que leyera mi compendio terminaría convencido. Poner precios estratosféricos no daría los beneficios esperados a largo plazo. Aislar a la mayor parte de la población no suponía ninguna ventaja económica, dado que los estratos de clase media y baja eran infinitamente más numerosos que los de gran poder adquisitivo. Planteé precios intermedios, para que no se apabullasen con una bajada demasiado pronunciada, pero propuse a cambio posibilidades de financiación, acuerdos con bancos y con el Estado del que todos sacaran una jugosa tajada. Así mismo, demostré que unas semanas más de pruebas consolidarían el producto y reportarían la tranquilidad del trabajo bien hecho. Las células, los virus y los patógenos, reaccionan de mil maneras diferentes según cada paciente. Algunos son de reacción más rápida, otros pueden desarrollar síntomas silenciosos a lo largo de meses, otros pueden tardar una eternidad en producir una explosión. Había que tener en cuenta esas variables si no queríamos que, a futuro, si algo salía mal, nuestra reputación quedase aplastada.

Contemplé mi obra maestra, era tremendamente convincente. Incluso sonreí satisfecho tras practicar mi discurso un par de veces frente al espejo. Estaba ligeramente nervioso, el señor Hyun y Jonathan eran dos pesos pesados que, cuando se cerraban en banda, eran infranqueables. Quizá podía convertirme en el primero en demostrarles su error y cambiar su punto de vista. Era la última baza que me quedaba. Era demasiado pronto para perder el control del proyecto “Trópico de Cáncer”. A nivel científico me aterraba pensar en dejarlo a medias, en haber estado tanto tiempo trabajando en algo que se vendería sin garantías, tirando por la borda mis ilusiones, mi esfuerzo y la posibilidad real de encontrar una salvación mundial.

Adam había organizado en tiempo récord una reunión con los dos superiores. Me confirmó

que habían accedido a regañadientes, no quiero imaginar las artimañas que tuvo que emplear mi amigo para rebajarse y convencerles, pero el caso es que logró meternos a los cuatro en una de las salas de exposición con proyector y butacas amplias. Ahí estábamos, mirándonos todos a los ojos como si de un duelo del oeste se tratase. Respiré hondo, les pedí disculpas por las molestias e insistencias y comencé, con la mayor seguridad posible, mi completa disertación teórica.

Al terminar, volví a encender las luces, dejé que terminasen de examinar el libreto en silencio y me senté tratando de fingir calma y paciencia.

Pasaron varios minutos hasta que, intercambiando una mirada cifrada, se decidieron a empezar a hablar.

—Valoramos mucho tu esfuerzo, Markus. Ha sido, sin duda, una presentación impecable. Puede verse lo mucho que te implicas en la causa y en el bienestar de HyunsPharma... —Comenzó Jonathan felicitándome con condescendencia.

—Sin embargo... —Se arrancó a hablar el presidente. —Debes comprender que las decisiones tomadas desde la cúpula son meditadas y responden a estrategias estudiadas. Cuestionarlas no tiene cabida en nuestra política. —Explica con gesto torcido. —El proyecto Trópico de Cáncer nunca fue concebido como una obra de caridad. Lamento que eso no haya cumplido tus expectativas. Hemos invertido mucho, arriesgado mucho y jugado en ligas que alguien como tú jamás llegará a conocer ni comprender. Nuestro producto es de gran calidad, está listo para su comercialización, gracias a ti. —Matiza con cierto retintín. —Y está todo listo para que salga a la venta, bajo el precio y las condiciones comentadas, además habrá grandes exigencias, no solo financieras, sino personales, a quien lo compre.

—Pensé que, como farmacéutica, había intereses generales superiores... —Acerté a susurrar abatido, viendo todo mi empeño y mis sueños convertidos en cenizas, viendo cómo, durante años, había trabajado para un monopolio egoísta y dictatorial.

—¿Seguro que no hay un término medio que podamos alcanzar a estas alturas? —Se atreve a preguntar con osadía Adam, en quien puedo adivinar un marcado nerviosismo por el temblor de su labio inferior.

—Adam, no eres el más indicado para opinar en esta reunión, y mucho menos para poner en evidencia a nadie. Seguro que todos podemos sacar los colores al otro, ¿Verdad? —Amenaza de forma misteriosa Jonathan, como es insana costumbre en él, parece un hombre que disfruta amedrentando y sintiéndose superior al resto.

—No diré nada más... —Zanja Adam encogiéndose de hombros y agachando la cabeza avergonzado. Sé lo importante que es para él su trabajo, así que agradezco el gesto pese a todo y, con una señal de la mano, le indico que deje de esforzarse y ponerse en riesgo.

—Comprendo pues, que nada de lo que pueda decir o hacer cambiará la realidad que está puesta en marcha, ¿Verdad? —Reitero nuevamente. —Ni siquiera se tendrá en cuenta el hecho de que he sido yo quien ha sacado el proyecto adelante. —Remarco con cierta chulería.

—No, no habrá cambios. Y no, no influye el hecho de que, una de nuestras hormigas obreras, haya hecho el trabajo por el que se le pagaba. —Reta el señor Hyun con marcada malicia y soberbia.

—Yo jamás pensé que mi trabajo podría convertirse en algo tan bajo, aislado, discriminatorio y ruin. —Mascullo dejándome llevar por la frustración y la impotencia. —Pensé que esta compañía se movía por valores que iban más allá del dinero, veo que me equivoqué. No estoy de acuerdo con nada de lo que está previsto hacerse. Creo que corren un riesgo para la salud muy innecesario, aun no existe seguridad sobre la estabilización de la vacuna. No tienen ustedes principios, ni ética, ni escrúpulos. —Me levanté recogiendo mis ensayos, haciendo acopio de gran

dignidad. —No quiero tener nada que ver con esto. Lamento los años que he dedicado a esta causa podrida.

—¿Es tu última palabra, Markus? —Me pregunta parsimonioso Jonathan.

—Tendría muchas más, en realidad. Pero creo que sí, voy a dejarlo aquí para no ofender a nadie. —El señor Hyun y él se miran con media sonrisa confiada.

—Acuérdate de dejar tu tarjeta y tu bata antes de irte.

—Por supuesto, no tenía la más mínima intención de arrastrar nada de aquí conmigo. —Zanjé dignamente saliendo con un portazo ruidoso, la rabia contenida bien podría haber conseguido romper su cristal.

Mentí con aquellas últimas palabras. Sí tenía intención de llevarme algo conmigo. Por primera vez en mi vida, estaba dispuesto a hacer algo completamente fuera de la legalidad, la ocasión lo merecía. Salí de allí escondiéndome en el garaje queriendo pensar con claridad, cosa que era imposible debido a mi frustración.

La adrenalina subía por mi garganta como si de un volcán se tratase. Mi teléfono sonaba frenético, Adam intentaba contactarme de forma desesperada. Lo puse en silencio y, antes de que corriese la voz y viniese alguien a vigilar mis últimos pasos, corrí al laboratorio dispuesto a hacer lo que sabía tenía que hacer. Estaba lleno de rabia y decepción, no podía creer que, tantas expectativas, quedaran en agua de borrajas, en un sueño, una ilusión que casi pude tocar y que la ambición de unos poderosos estaba empeñada en destruir. No era justo, lo mirase por donde lo mirase, no era justo. Era un acto vergonzoso y, lo peor de todo, peligroso. Pero ¿Qué más podía esperar de alguien que solo se mueve por dinero, dispuesto a dejar morir a más de la mitad del mundo pese a tener la cura en su mano?

Por última vez, usé el lector de mi tarjeta para adentrarme en el silencioso laboratorio y, mirando en derredor esperando que nadie me pillase in fraganti, guardé una muestra del virus Z105 en una pequeña nevera portátil que metí en mi mochila enrollada con un jersey. No conseguiría la cura del cáncer dentro de HyunsPharma, pero estaba dispuesto a seguir trabajando por mi cuenta, mejorar el prototipo y ponerlo al alcance de todo el mundo, sin peros, sin exigencias, sin discriminaciones. No tenía tiempo suficiente para encender los ordenadores y grabar toda la información de los últimos meses, así que me limité a llevarme el bloc de notas que había estado escribiendo y que también incluía algunas de las anotaciones, ideas y fórmulas trabajadas sobre la marcha con la ayuda de Luis.

El corazón me latía a mil por hora. La voz sutil de la recepcionista de la planta sexta resonó en megafonía pronunciando mi nombre. No tenía más tiempo.

Colgué la mochila a mis espaldas e, irguiéndome con la mayor naturalidad posible, como quien sale del edificio cada día sin haber robado nada, me aproximé a la mesa de la entrada en tono desenfadado.

—¿Me buscaba?

—Tengo órdenes de retirar su tarjeta de identificación. —Responde con vehemencia.

—Por supuesto, aquí tiene. —Le digo entregándole el plástico.

—Muchas gracias. —Se despide con una mueca incómoda.

Aligeré el paso y, sin despedirme de nadie más, ni siquiera de Adam, fui directo a mi coche y de allí a mi pequeño apartamento alquilado. Numerosas ideas vagaban en mi mente, demasiadas emociones me atenazaban, no era capaz de pensar ni decidir con claridad. Sabía que necesitaba alejarme, conseguir perspectiva y consciencia sobre lo que estaba pasando. Sentía que no podía respirar y solo había un sitio en el mundo que conseguía devolverme el aliento y la cordura.

Preparé un par de maletas donde metí mi ropa a piñón, arrugada y desordenada. Verifiqué que llevaba todo lo imprescindible para tener mi laboratorio de trabajo ambulante y que no dejaba ninguna nota útil atrás. De pronto me embargó la paranoia y estaba convencido de que alguien podría entrar en mi casa y robar mi trabajo, así que lo que no necesitaba lo destruí, dejando el piso limpio de información científica y de casi cualquier otra cosa, pues apenas tenía pertenencias.

No miré atrás, no me detuve, no revisé la pantalla centelleante de mi móvil.

Me subí al coche sabiendo que me esperaba un viaje de miles de kilómetros y quizá dos o tres días de conducción, según las fuerzas de mi destartado vehículo. Daba igual, necesitaba huir, refugiarme, reencontrarme con los míos y con quien solía ser cuando vivía feliz y lleno de entusiasmo en El Dorado, el pequeño pueblo que tanto me había dado.

Dejaba atrás la gran ciudad y su caos egoísta. Volvía a la naturaleza, a lo básico. Volvía a casa.

Capítulo 7

Alejarse de vez en cuando es recomendable, sano, liberador. Pasadas varias horas de conducción al son de la mejor música de los años ochenta, me sentí yo mismo por primera vez en mucho tiempo. Había perdido la perspectiva de la realidad y del mundo sumido entre tanto trabajo. De pronto descubría que había vida más allá. Había mucha más gente fuera de HyunsPharma que dentro, había naturaleza, brisa, restaurantes de carretera con comida deliciosa, había música, incluso había nada, esa nada tan necesaria a veces. No hacer nada, no pensar nada, no agobiarse por nada.

Acababa de renunciar a un trabajo que para muchos sería de ensueño. Un gran salario, una buena proyección, una compañía en crecimiento. Había estado en la cima a tan corta edad y ahora, de repente, volvía a la más absoluta nada. Resultaba curioso, una vez superada la rabia inicial, no me sentía mal por ello. Al contrario, sentía que había roto las cadenas que me aprisionaban, que había tomado la única decisión correcta. Mi madre siempre me inculcó ser recto, justo, empático y compasivo. Me enseñó a tener unos valores arraigados y ser capaz de defenderlos. Me enseñó a hacer prevalecer el bien sobre el mal, por mucho que eso nos perjudicase a veces. Quizá no había podido terminar el proyecto de curar el cáncer de la forma que yo quería, pero sí estaba honrando su memoria con mis actos. No habría sido propio de mí rebajarme a esos zafios principios. Sí, por el camino había robado una vacuna que, legalmente, no me pertenecía, pero tampoco podía estar analizando todo con tanto detenimiento. Los caminos hacia el bien a veces son algo espinosos.

Aquella noche dormí en un hotel de carretera de mala muerte. De estos de carteles luminosos con varias letras fundidas, un recepcionista viejo y arisco, y unas camas húmedas y chirriantes que hacían las delicias de los huéspedes. Quizá habría sido mejor quedarse en el coche, pero estaba tan cansado física y emocionalmente que conseguí dormirme incluso en aquella tesitura.

Por la mañana, avanzando varios kilómetros para dejar atrás aquel tugurio, me detuve a desayunar en una cafetería estilo años cincuenta donde la torre de tortitas con sirope era de lo más prometedora según la carta.

En efecto, no me defraudó y, con una gran taza de café, desayuné como hacía meses no desayunaba. En realidad, creo que hacía demasiado tiempo que ni siquiera me alimentaba como un ser humano normal.

Devoré aquel plato degustando cada bocado, contemplando con paciencia cómo los coches recorrían la carretera y algunos moteros y camioneros se detenían a imitarme. Paciencia, qué gran palabra, cómo la añoraba.

Ensimismado en pensamientos fluidos y absurdos, revisé el teléfono y vi las 20 llamadas perdidas de Adam. Decidí marcar su número ahora que me encontraba más calmado, quizá no era justo preocuparle de esa manera.

—¡Dios santo! Pensé que te habrían secuestrado, o que habías cometido una locura. Fui incluso a tu casa, ¿Dónde estás? —Dijo de corrido nada más descolgar.

—Perdona, necesitaba tiempo para mí.

—¿Y ya lo has conseguido? ¿Puedes decirme qué ha pasado? Creo que aún no he digerido la información. ¿Has dejado tu trabajo? —Preguntaba con cierta exasperación en la voz.

—Puede que haya dejado muchas cosas, en realidad. —Reflexioné con cierta profundidad. —Es solo un trabajo Adam, uno que me tenía esclavizado y que va en contra de todo lo que valoro y defiendo. No sería yo si hubiera callado y aguantado.

—Abanderado de las causas perdidas, a veces me pones de los nervios...

—A veces no todo es la categoría o el salario, eso a lo que tanto respeto y miedo le tienes. —Me atreví a decirle por fin, no con maldad, sino con la sana intención de hacer que él también se plantease si, al final, el camino elegido era el correcto.

—Sabes que no soy como tú. No me culpes por eso. —Responde a la defensiva.

—No lo hago.

—Bien, porque el proyecto sigue adelante sin ti, pese a tu discurso y tu renuncia de héroe. He intentado mantenerme en un segundo plano, pero el señor Hyun quiere que sea yo quien supervise todo.

—Está bien que no me echen de menos. —Comenté con acidez, ligeramente decepcionado por la pasividad y conformismo de mi amigo, quien al final seguía la estela indigna de la propia compañía.

—Oye, Markus, sé que todo esto ha sido raro y precipitado. Puedo imaginar lo que piensas de mí, pero sabes que, por encima de todo, soy tu amigo. —explicó Adam con voz algo más conciliadora.

—Lo sé, respeto tu decisión y opiniones, aunque no las comparta, sé que para ti también ha sido muy duro llegar hasta ahí. —me solidaricé, enterrando el hacha de guerra.

—Mira, vamos a hacer un trato, aunque no sirva de mucho. Prometo que te mantendré al tanto de todo cuanto pase y, si hay cosas raras, podremos hablarlas y me ayudarás a decidir qué hacer, ¿De acuerdo?

—Como veas, Adam. No quiero forzarte a nada. —Yo no veía mucho sentido a aquella propuesta, aunque, teniendo en mi poder una pequeña cepa del virus y, pese a que no pensaba informar a Adam de ello, quizá sería interesante seguir de cerca los pasos de HyunsPharma.

—Al menos así hablamos, imagino que estarás ya lejos de Nueva York... —supuso acertadamente.

—Salir de vez en cuando viene bien. Que el trabajo y el estrés no te vuelvan loco, escíbeme de vez en cuando. —me despedí forzando un tono entusiasta con el que intentaba camuflar la apatía.

Al colgar, sentí que, entre mi querido amigo Adam y yo, algo se acababa de romper y no volvería a ser como antes. Cuando éramos más jóvenes, esas diferencias tan evidentes de personalidad y pensamiento, lejos de ser puntos discordantes, parecían darle equilibrio a nuestras vidas, sin embargo, con los años todo estaba cambiando. ¿Y si nuestra amistad no era tan inquebrantable? ¿Y si aquella falta de principios era demasiado para mí? Nunca había sido de los que juzgaba, pero quizá aquella situación me había superado. Me convencí a mí mismo que necesitaba un tiempo para desconectar y que, después, seguro vería todo con otra perspectiva, sobre todo en lo que a Adam se refería.

Con letras grandes y brillantes, tras tantos kilómetros recorridos, tanta música escuchada y tantos pensamientos nefastos ignorados, llegué a El Dorado. Era como si el tiempo no hubiera pasado, como si nunca me hubiera ido. Los mismos comercios abiertos, la misma luz, los mismos ancianos paseando temprano con las cestas enganchadas al brazo.

Era día de diario, así que, como supuse que mi hermana estaría trabajando, fui directamente a casa, donde sabía que el loco de mi hermano Daniel estaría durmiendo y mi padre, como de costumbre, regando con mimo y devoción el viejo huerto de mamá.

Al bajarme del coche me acerqué sigilosamente hasta el jardín trasero y ahí pude observarle unos segundos en silencio. Seguía tan fuerte y ágil como siempre, por mucho que sus manos y su rostro delatasen su edad. Su camisa vaquera entreabierta tenía ligeras manchas de tierra y los

guantes que intentaba ponerse estaban agujereados de tanto uso. Con una pequeña pala y una bolsa de tierra se dispuso a plantar una pequeña mata de albahaca mientras tarareaba una canción.

—Sigo sin entender cómo es posible que siempre te levantes de buen humor. —comento vacilón apoyado en una pared de la casa.

—¿Markus? —pregunta girándose de un respingo y mirándome boquiabierto. —¡Qué sorpresa! Esto es inaudito, ¿Qué haces aquí? —se atragantó corriendo a darme un abrazo.

—¿Necesita un hijo excusa para venir a ver a su padre y a su familia?

—¿Tienes fiebre? —preguntó serio burlándose de mi pregunta. —No digo que no nos aprecies, pero... En fin, tu trabajo es muy exigente y tú eres un tipo entregado que suele tener todo planificado. No sueles hacer un viaje como éste así porque sí, ¿Qué ocurre? —claramente, los padres tienen superpoderes cuando se trata de leer las mentes de sus hijos. A él no podía engañarle.

—Puede que con uno de tus elaborados cappuccino y huevos revueltos me anime a darte detalles... —pedí con ojos de cordero degollado.

—Papá cocinero está siempre preparado. Vamos a la cocina. —se zafó de sus guantes de jardinería y, subiendo los viejos peldaños de madera, me guio a través del porche hasta la cocina.

Con su agilidad habitual, en escasos minutos estaba disfrutando de uno de sus platos estrella. Quizá era algo tarde para volver a desayunar, pero, qué demonios, la ocasión lo merecía. Nos sentamos frente a frente bebiendo de nuestras humeantes tazas de café.

—He dejado el trabajo. —dije al fin ligeramente rendido, temiendo que toda la fortaleza de la que había hecho acopio hasta entonces se desvaneciera al verme de nuevo como el niño indefenso de papá, en la seguridad de mi hogar.

—Han tenido que hacer algo muy desagradable para llevarte a tomar esa decisión. —añadió sin dudar un instante de mi rectitud y ejemplaridad en mi labor.

Con su confianza plena y esa capacidad tan suya de saber escuchar y transmitir paz al mismo tiempo, le relaté todo lo sucedido en los últimos meses, incluso le enseñé las muestras del virus que llevaba conmigo y que me ayudó a esconder en la nevera del garaje. Me sentí aliviado, necesitaba hablarlo con alguien, escucharme a mí mismo, darle forma a los pensamientos y críticas que tanto me habían enfurecido.

—Tu madre estaría orgullosa. —dijo con media sonrisa. —Eres el hombre que siempre quiso que fueras.

—Pero voy a ser un hombre incapaz de ayudar a los más necesitados. Ésa cura solo llegará a manos de unos pocos poderosos, no es justo, ni que viviéramos en el medievo europeo. —me quejé con tono casi infantil.

—Asquerosos capitalistas de mierda... —bramó entre bostezos mi hermano Daniel quien, al parecer, había escuchado parte de la conversación al despertarse animado por el olor a café y huevos.

—Bienvenido, hermano. —me saludó con un abrazo informal y dejado. Lucía su típica barba de cuatro días descuidada, sus viejas camisetas roídas y descoloridas, varias pulseras y pendientes y, por supuesto, los pies descalzos, pareciera que los zapatos le dieran alergia.

—Cuento todo esto en confianza porque sois vosotros y necesito desahogarme, pero supongo que sabréis lo delicado que es el asunto... —comenté sabiendo de antemano que mi hermano era un bohemio revolucionario.

—Por supuesto, hijo. Aquí puedes hablar en confianza.

—Ni confianza, ni mierdas. —sin duda era la palabra favorita de Daniel. —¿Qué has dicho que ha hecho tu empresa? ¿Una cura para el cáncer? —preguntó como si fuera un cuento chino.

—Algo así... Aún necesita superar más fases de pruebas, pero...

—¡Eso es impresionante! Deberías hacer que se enterase todo el mundo. Todos deberían tener opción de acceder a ella. De hecho, seguro que lo que están haciendo es ilegal. —me interrumpió exaltado por sus propios ideales soñadores.

—No es tan fácil, Daniel... Hacer eso en el momento inadecuado puede traer consecuencias peores, de verdad que aún queda mucha investigación pendiente.

—Pamplinas. Mi hermano ha hecho el descubrimiento del siglo.

—¿Por qué no nos arreglamos y vamos a buscar a Mia a la salida del trabajo? —propuso mi padre al ver mi mirada desafiante. Mi hermano y yo nos adorábamos, pero a veces era imposible dialogar con él o hacerle entrar en razones. Yo podía ser un iluso de antiguos valores, pero él era ligeramente extremista y beligerante. No conseguíamos ponernos de acuerdo.

—¿Lo dices por ti que has estado en el jardín? —preguntó Daniel señalando su camisa.

—A la ducha. —le instó con voz de mando mientras retiraba el plato que estaba devorando.

—Sois unos dictadores opresores... —murmuró mientras subía las escaleras con desgana.

Mia casi cae desmayada al verme esperando en el patio de su colegio. Llevaba enganchados a dos niños pequeños a sus piernas, quienes no querían que su profesora favorita se marchara. En cuanto pudo liberarse de tanto cariño, se abalanzó sobre mí como si hiciera años que no nos viéramos.

—Esto sí que es raro, ya estás contándome todo... —fue lo primero que dijo, tan acertada y bruja como mi padre, como si pudieran leerme la mente.

Como en los viejos tiempos, los cuatro hicimos una barbacoa en casa y comimos al aire libre. Era agradable disfrutar de la naturaleza, el olor a brasa y la paz familiar antes de que mi cuñado llegase con el pequeño David para ponerlo todo patas arriba.

Siendo de esperar, la conversación del día fue monopolizada por HyunsPharma, Adam, la vacuna y las opciones que tenía de hacer algo al respecto, como si acaso yo fuera el héroe de las historias capaz de enfrentarse a una gran multinacional.

—¿Y ya está? ¿Buscas otro trabajo sabiendo que hay gente muriendo de cáncer y que la cura se les esconde? ¿Eso es lo que vas a hacer? —questionaba Daniel visiblemente irritado.

—No he dicho que me vaya a quedar de brazos cruzados. He sido yo quien ha conseguido dar forma a esa vacuna y pienso seguir trabajando por mi cuenta en ella, pero necesito vaciar la mente unos días. Tampoco es como si pudiera emprender una guerra semejante yo solo.

—Y de eso se aprovechan los ricos. —brama sin disimular la repulsa que le causan las diferencias sociales.

—Por favor, seamos discretos con esto... No es necesario que se entere todo el barrio. —le pedía mostrando la seriedad y aplomo de todo buen hermano mayor, pese a ser el más pequeño, con Daniel era imposible notar la diferencia.

—Quizá sea eso precisamente lo que tendría que pasar.

—No le hagas caso Markus, Daniel habla mucho. —intercedió Mia repartiendo la ensalada.

Por fortuna, salvo aquellas primeras horas en las que la noticia estaba muy fresca, pronto dejó de hablarse de mi trabajo. Fue gratificante simplemente comer, charlar sobre los avances de David, las nuevas chapuzas que había hecho papá en la casa o si la vecina Rose seguía siendo tanto o más cotilla que antes ahora que rondaba los ochenta años.

Echaba de menos a mamá, pero volví a sentirme en casa, yo mismo, en paz.

Deshice las maletas sabiendo que mi estancia se prolongaría, gracias a los ahorros del último

año podía permitirme unos meses sabáticos para decidir cómo encarrilar mi vida. Me limité a ayudar a papá en casa, seguir investigando en el improvisado laboratorio que levanté en el garaje y contactar con viejos colegas científicos, médicos y biólogos que pudieran ayudarme a dar pasos sobre seguro en mis avances con la vacuna. Esta vez, sin la presión de Jonathan o el señor Hyun, quería hacer las cosas bien.

Adam me llamaba cada semana y me informaba de los últimos movimientos que se cocían en la compañía. Al parecer, la primera tirada del medicamento se había agotado en apenas dos horas.

Con un anuncio entre los contactos de la élite de la ciudad de Nueva York, se avisó sigilosamente de la venta de la vacuna bautizada como “Cucanzol”, a partir del lunes a las diez en punto de la mañana. La compra solo podía hacerse por teléfono, hablando directamente con Jonathan o Adam, previo pago y acreditando ser alguien relevante y de solvencia. El precio de salida era desorbitado, la lista de espera para obtenerla incalculable. Estaba claro que, si no eras alguien poderoso, era complicado enterarse de que aquella comercialización estaba en marcha. Le habían dado un toque muy personal para controlar de primera mano a quién se vendía y quién contactaba con ellos.

Cuando Adam me narraba todo aquello simplemente me parecía ridículo, era como hacer contrabando en el patio de un colegio. Además, conforme pasaban los días y mi viejo amigo se acostumbraba a tratar con gente de tanto renombre, más raro se volvía. Sus comentarios empezaron a ser ligeramente pedantes, como si su sesera empezara a ser absorbida por HyunsPharma, convirtiéndolo en un adepto fiel y cegado. Estaba muy entregado a la causa, por inmoral que fuera. Yo no quería discutir más con él, así que me limitaba a afirmar a través del teléfono y dejar que se pavonease todo lo que quisiera.

Tomando nota de todo cuanto me decía, presté especial interés a las revistas de cotilleo y programas del corazón, pendiente de noticias sospechosas en las que pudiera comprobarse que, personas ilustres como las que participaron en las pruebas, de pronto salían al mundo exterior con una nueva salud y energía renovadas. En efecto, no tardé en encontrar una entrevista a la ex nadadora olímpica Louisa Gilbert, atendida por mí directamente en los ensayos, afirmando que la suerte había querido que se recuperase rápidamente de su enfermedad gracias a una cirugía a tiempo y que pronto podría volver a entrenar al equipo nacional. En la fotografía tenía buen aspecto, así que supuse que aquella dermatitis de la que me habló había pasado a la historia.

También concedió una entrevista un senador que, hacía apenas un par de meses, había anunciado su retirada debido a una leucemia letal. Sin embargo, ahora corregía aquellas informaciones asegurando que había habido un error de diagnóstico y que se trataba únicamente de una mala interpretación de los resultados. No pude evitar una carcajada al leer aquello, ¿Quién se creería algo así? ¿A qué clase de matasanos acudía el senador cuando estaba enfermo? Claramente no había pensado mucho la explicación a su curación. Si todos empezaban a ser tan ocurrentes como él, pronto alguien empezaría a sospechar.

No sabiendo si aquello realmente me animaba, divertía o distraía, dejé de prestar atención a la prensa y, poco a poco, incluso mis llamadas con Adam fueron espaciándose. Él se mostraba cada vez más distante y engreído y, sinceramente, yo no hice grandes esfuerzos por estrechar los lazos.

Me centré en disfrutar de mi familia, mi pueblo y, algunas horas al día, investigar por libre el virus Z105. Comenzaba a sopesar seriamente la alternativa de, tal vez, convertirme en un investigador autónomo, escribir artículos, hacer pruebas y dar charlas en colegios y universidades y no volver a depender de ningún jefe ambicioso. Sí, tal vez el robo de aquella cepa podría alumbrar una nueva idea y una nueva vida que mereciese el riesgo que estaba corriendo al

estudiarla por mi cuenta. Si HyunsPharma descubría que había hurtado su producto, una denuncia, una multa y una inhabilitación sería lo menos que me podría pasar. Curiosamente y, contra todo pronóstico, aquella idea ni siquiera me asustaba. Un nuevo Markus empezaba a nacer en mí, más convencido, más relajado, menos obsesivo.

Quizá me había preocupado más de lo necesario, quizá con el tiempo toda aquella historia solo tuviese resultados buenos para mí e, incluso, por qué no, para el mundo. La compañía podría descubrir en poco tiempo que los beneficios colaborando con el estado y la sanidad serían mucho mayores. Una vez curados todos los ricos, necesitarían el dinero de los pobres para mantenerse a flote, era cuestión de lógica. Seguro que antes o después todo encajaba perfectamente, me sentía optimista. A fin de cuentas, ¿Cuánto tiempo podría HyunsPharma mantener el secreto?

Por desgracia, la respuesta iba a llegar antes de lo esperado.

Capítulo 8

—Buenos días, ¿Hoy no hay huevos? —pregunté al llegar a la cocina y ver a mi padre enfrascado en la lectura de la prensa, ignorando por completo la hora del desayuno.

—Hay cereales en la despensa. —murmura distraído.

—¿Has dormido mal? —pregunté con toda la inocencia del mundo. Mi padre tenía el gesto descompuesto y, siendo él, no era habitual verle con tan poca energía de buena mañana.

—Markus... Yo... —balbuceó encogiéndose de hombros. —No sé cómo ha podido pasar esto... Es indignante... —se levanta despacio y se acerca hacia mí con la mirada decepcionada mientras extiende sobre la mesa el periódico local para que pueda leer alto y claro el titular que inunda la primera página: “HyunsPharma cura el cáncer solo a los ricos”.

—¿De dónde diantres han sacado esta noticia? ¿Cómo puede ser? ¿No hago más que llegar al pueblo y ya se entera todo el mundo de esto? Solo lo sabíais vosotros tres... —reflexioné atragantándome con el café y moviendo las manos nervioso, comenzando a arrugar el papel mientras leía aquella extensa columna periodística, firmada nada más y nada menos que por Taylor Grass. —Taylor... —repetí con ojos de furia.

—El mejor amigo de Daniel. —se lamentó papá llevándose los dedos a la sien.

—¿Dónde está ese inconsciente “abrazo secuoyas”? —bramé soltando todo y corriendo escaleras arriba hasta la guarida de mi hermano. —¿Qué has hecho?! —grité encendiendo las luces, destapándole con brusquedad y lanzándole un cojín a la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —se incorporó confundido mientras trataba de ubicarse.

—Has filtrado la información de mi trabajo a la prensa.

—Oh... Eso... —dice con poca gana.

—¿Eso? ¿Sabes los problemas legales que puede acarreararme? ¿Es que solo te preocupas por ti mismo? Confiaba en vosotros y a la mínima de cambio sales corriendo a contárselo a tu amiguito.

—Vamos, Markus. No finjas que es el fin del mundo. Antes o después saldría a la luz. Y no solo pienso en mí, por eso he hecho esto. Esos canallas no pueden mercadear con la salud de la gente, el mundo necesitaba saberlo. El otro día charlando con Taylor pensé que quizá podríamos meter algo de presión con una pequeña noticia... es un periódico pequeño, tampoco hagas tanto escándalo. —refunfuña a la defensiva.

—Habría agradecido que lo comentaras primero conmigo, eres un egoísta y no debería haberte contado nada. —salí de su cuarto dando un portazo y conteniendo los improperios que amenazaban con salir de mi boca.

No tenía sentido pelear con Daniel, nadie le haría cambiar de opinión, con él siempre funcionaba así. Me frustraba no entenderme con él, me frustraba que fuera capaz de sacarme a la palestra, así como así. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, ¿Qué pasaría ahora? Miré mi móvil asustado, pensando que, en cualquier momento, recibiría una llamada de Adam o de la empresa denunciándome por incumplimiento de contrato.

—Vamos a intentar tranquilizarnos... —añadió mi padre cuando me vio de nuevo en la cocina, con los puños apretados y la cara encendida. —Pensemos que es una noticia anónima, nadie va a poder ligarla realmente a ti, o demostrar que has dado tú ninguna información. No hay pruebas de ello, con lo cual, no nos alteremos. Además, es un periódico local... Seguro que no tendrá mucha repercusión.

—Espero que tengas razón, pero tengo un mal presentimiento. —reconocí preocupado.

Y es que mis temores no eran infundados, la vida no solía ser tan lógica o sencilla. Estaba claro que, después de aquella bomba, algo salpicaría. Podría haberse quedado en una noticia sensacionalista de un periodista caprichoso y manipulador que aspira a dar qué hablar inventando surrealistas novedades, pero no, aunque Taylor realmente encajara con esa descripción, la cosa no podía quedarse ahí, para mi eterna desgracia.

Bastaron un par de días para que aquel artículo se convirtiera en “vox populi”, no solo en el pueblo, sino en todo el estado. La repercusión de aquellas afirmaciones fue tal que otros tantos medios se fueron haciendo eco de ellas, llamando a Taylor, pidiéndole entrevistas y lanzándole a la cúpula del periodismo, lo que siempre había soñado.

—Y díganos, señor Grass, ¿No hay manera de que nos descubra quién ha sido su fuente? —preguntaba la presentadora en uno de los programas matinales que tuve el cuajo de ver. La rabia me consumía, apenas hablaba con Daniel y era incapaz de concentrarme en nada más, temiendo cómo se desencadenara toda aquella historia que, por minutos, parecía ir haciéndose más grande.

—Un buen periodista nunca revela la identidad de sus informantes, estaría boicoteando mi propio trabajo y prestigio... —comentaba con soberbia mirando a la cámara con una forzada sonrisa. —Al principio dudé de la veracidad de estos hechos, pero debido al boom que supondría que fueran ciertos, me puse a investigar.

—Trabajo de campo, interesante. Cuéntenos más. —le instó la colaboradora.

—HyunsPharma es una compañía muy hermética y de gran nivel que, por supuesto, rechazó hablar conmigo o darme cualquier tipo de entrevista. Sin embargo, moviendo algunos hilos, sí obtuve información y contactos sobre cuáles habían sido sus últimos movimientos conocidos. Curiosamente, llevaban tiempo sin lanzar nada al mercado, algo extraño en ellos, y sus empleados no parecían dispuestos a dar ninguna declaración. Todo parecía sospechoso, para empezar porque, según algunos vecinos de la zona, ni siquiera la sede principal tenía tanto movimiento como antaño. Era como, si de pronto, se hubieran trasladado o hubieran hecho un pacto de silencio. —explicó a presentadora y público con gran seguridad. Nunca me había convencido aquel amigo de mi hermano, pero en esos momentos me parecía más pedante que nunca. —Gracias a algunos ojos indiscretos, averigüé un par de nombres de personajes famosos que, en las últimas semanas, se habían visto relacionados con el señor Hyun quien, como sabrán, es el presidente de la compañía. Fue entonces cuando descubrí algo insólito...

—¡No nos deje con la miel en los labios! —salta la colaboradora dando un respingo de emoción en su silla.

—Éstos famosos sufrían cáncer. Habían dado la noticia meses atrás, se les había visto entrando en hospitales, comprobando cómo, paulatinamente, su estado físico decaía considerablemente. De pronto, me di cuenta de que los susodichos no sólo habían vuelto con gran actividad a sus profesiones y los medios de comunicación, sino que repentinamente su estado de salud era envidiable. Podría decirse que incluso habían rejuvenecido.

—¿Podría darnos nombres específicos?

—Estoy reservando esa baza para más adelante. Pero todos estáis viendo que los últimos movimientos de la farmacéutica han sido extraños y, desde que saltó la noticia, no ha habido declaración por su parte. Es cuestión de tiempo que recopile más datos para probar de forma aplastante la inmoralidad de sus actuaciones. —reconoció como abanderado de la causa, como si acaso él fuera un héroe. Después de todo, encima serían otros lo que se llevaran el mérito. Si no hubiera sido porque mi sobrino pequeño estaba presente, habría destrozado el televisor a patadas.

—¿Se da cuenta, señor Grass, de la gravedad de lo que cuenta? —reitera con énfasis la

presentadora, mirando a cámara y buscando reacciones cómplices entre el público. —Estaríamos ante un descubrimiento único que pasaría a la historia y salvaría a millones de personas. Por fin, parece haberse descubierto la cura del cáncer y, la farmacéutica responsable, estaría traficando secretamente con ella sólo entre las altas esferas, privando al resto del mundo de esta salvación. —giró la cabeza alzando una ceja, obteniendo con éxito un murmullo escandalizado de los presentes. —No sé ustedes. —añadió mirando fijamente a la cámara. —Pero creo que todos estamos en nuestro derecho de pedir explicaciones a HyunsPharma, ¿Será capaz de dar la cara?

—¿Por qué te torturas así? —pregunta Mia apagando la tele, dejándome en silencio con mis enrabietados pensamientos.

—Prefiero torturarme a matar a Daniel.

—A la familia hay que quererla tal cual es, no somos perfectos y a veces metemos la pata sin pensar en las consecuencias. Sabes de sobra cómo es, no exijas tanto de él. Ha traicionado tu confianza, estamos de acuerdo en eso. Pero Daniel siente devoción por ti y tus valores, creo que en el fondo solo estaba emulándote y aliviando tu carga. —odiaba cuando mi hermana mediaba con semejante sabiduría y bondad. No podía contradecirle ni ser egoísta ante aquello.

—Sigo enfadado. —mascullé como un niño pequeño.

—Pero eres sensato y le quieres, con eso me vale. Se te pasará el cabreo... —sonríe satisfecha marchándose a jugar al jardín con David.

Y es que en realidad no sabía reconocer la raíz de mi molestia. ¿Realmente me sorprendía la actitud de Daniel? ¿Podía enfadarme con él eternamente? ¿Estaba indignado conmigo mismo por no haber sido yo quien lanzase la bomba? ¿Me decepcionaba quizá que hubiese otros más valientes y más leales a sus convicciones que yo? ¿Y si la culpa era solo mía? Mi cabeza estaba hecha un lío. Empezaba a estar confundido sobre lo que estaba bien o mal, lo moral o inmoral.

En el país empezaba a estallar un huracán a consecuencia del descubrimiento de la vacuna contra el cáncer. Me imponía respeto, quizá algo de miedo, pero tal vez era precisamente lo que tenía que pasar. Tal vez era culpa solo de HyunsPharma y de nadie más.

—Me he enterado por las noticias, ¿Qué ha pasado? —pregunté a Adam en una llamada casual donde me hacía el ignorante.

—No sé, esto es un caos, Markus... —rumiaba con voz cansada. —Están empezando a llegarnos mensajes amenazantes, cartas del gobierno, empiezan a convocarse manifestaciones... No puedo creer que un simple periodista de poca monta sea capaz de hacernos tanto daño. No tendrás algo que ver, ¿Verdad? —cuestionó con cierto atisbo de desesperación.

—Adam, me ofende el simple hecho que tú, conociéndome, me hagas esa pregunta. —dije con la mayor dignidad que fui capaz.

—Lo sé, lo siento... Es una estupidez. Están siendo días duros, perdóname.

—No te preocupes, ¿Necesitas algo?

—No creo que ya puedas ayudarme. La crisis interna parece incontrolable. Cuanto más eco de esto se hacen los medios más desertores y traidores hay. Al final, el dinero y la fama mueven montañas y todos quieren sacar tajada. Estamos intentando contenerlo, pero tememos que algún topo filtre listas de clientes, fórmulas, precios... Eso ya sería nuestra ruina.

—No dudo que el señor Hyun y Jonathan tendrán un buen plan de contención. Esto es el morbo del momento, seguro que todo se regula, se asienta y la tormenta pasa. —trato de animarle.

—No sé, Markus. La cosa pinta realmente mal... El presidente está hecho un basilisco. He intentado proponer lanzar un comunicado, una disculpa argumentando algún tipo de error, pero se niegan en redondo.

—Qué malo es el orgullo... —refunfuño imaginándome al Señor Hyun como el típico capitán de barco que prefiere hundirse y morir con su navío.

—Incluso, pese a nuestras diferencias, he intentado parecerme un poco más a ti... —se ríe ligeramente rendido. —Había propuesto hacer un ajuste de los precios, llegar a un acuerdo con sanidad y comercializarlo, aunque no fuese barato, para un espectro más amplio de la población.

—Eso sería buena idea. Calmaría las aguas y haría que la gente se olvidara de todo. —le di la razón.

—Pues ni por esas. No hay forma de hacerles entrar en vereda, es como si hubieran entrado en colapso. Algunos clientes se están enfadando por haber perdido la exclusividad y discreción, teniendo en cuenta el coste de la vacuna... Llevo días sin apenas dormir...

—Tranquilo, Adam. Tendrán que tomar medidas antes o después. Eres un gran trabajador, es solo un bache. —quise calmarle. Ya no sentía el mismo apego hacia él que antes. Realmente tenía ganas de pronunciar la manida frase de “te lo dije”, pero me contuve y aposté por ejercer un papel neutral. Prefería seguir estando bien informado y no crear una enemistad con él, no me compensaba.

Durante los días siguientes, dejé de lado mi retiro sabático y casi espiritual en mi pueblo de origen para mantenerme conectado con el mundo exterior. Cuando estaba en casa era como si lo demás no existiera, apenas veíamos la tele, el móvil siempre quedaba olvidado en la habitación y lo único importante era la gente y la naturaleza. Sin embargo, yo no podía despreocuparme de todo el jaleo que mi antigua empresa estaba generando y seguí de cerca cada movimiento, pues, en los telediarios, sin falta, informaban de novedades cada pocas horas.

Primero fueron manifestaciones en Nueva York, destrozando la sede principal de la farmacéutica. La policía era incapaz de controlar la oleada humana que se lanzaba contra cristales, mobiliario y coches cercanos. Después salieron infinidad de asociaciones y organizaciones sin ánimo de lucro denunciando la insensibilidad de la compañía e incluso amenazando con llevarlos a los tribunales por violar y desatender los derechos humanos. Incluso el propio presidente del país tuvo que salir a dar la cara, asegurando que, de haber estado al tanto de aquellas investigaciones, otro habría sido el proceder y que, por supuesto, tomaría medidas para asegurar que aquella vacuna estuviera al alcance de todos.

Aquello ya eran palabras mayores. Si el presidente prometía que terminaría con la ambición de HyunsPharma ya no había más que hacer y, de hecho, ésa fue la señal que faltaba para terminar de enardecer a las masas. Las revueltas se propagaron por el país como la peste y, en apenas tres días más, otros países de Latinoamérica y Europa se hicieron eco de aquella bochornosa realidad y reclamaron al gobierno medidas inmediatas. Empezábamos a vivir una crisis mundial. Mientras todo aquello sucedía, yo guardaba con gran recelo mi cepa robada y mis cuadernos de investigación y avances. Sabía que el proyecto “Trópico de Cáncer” crearía un auténtico boom, pero nunca imaginé que pudiera llegar a empezar una guerra.

Durante años, muchos habían predicho que la tercera guerra mundial tendría lugar de forma tecnológica o informática, nadie pensó jamás que la cura del cáncer sería el motivo de enfrentamiento entre países. Por lo pronto, todos atacaban sin medida a la gran potencia americana mientras que, además, entre ellos, comenzaba a haber intensos diálogos sobre quién tendría derecho a replicar la vacuna primero.

—¿Cómo crees que acabará esto? —le pregunté a mi padre mientras cenábamos.

—El género humano es impredecible... —resoplaba encogiéndose de hombros. —Creo que nuestro presidente va a intervenir la compañía y a poner en todos los hospitales y farmacias la

vacuna.

—Tampoco creo que eso fuera sensato, quiero decir... ¿No va a someterla a nuevas pruebas o test de seguridad? ¿Se fiará sin más de lo que haya hecho HuynsPharma sabiendo cómo son? — rumié con mi lógica y carácter preventivo de siempre.

—Es eso o una guerra. Los chinos, los rusos y los ingleses están muy cabreados. Quieren acciones rápidas y, como cualquier otra persona, el presidente querrá hondear la bandera de la paz y limpiar su imagen. —explicó con gran sensatez.

—Odio que las cosas funcionen así de mal...

—Siento mucho haber provocado todo esto... —murmuró mi hermano Daniel, apoyado en el umbral de la puerta.

—Disculpas aceptadas, aunque llegan tarde, querido hermano. —le digo con acidez.

—Sé que a veces te cuesta entenderme...

—Siempre. —le corrijo puntilloso.

—Pero en el fondo sabes que esto pasaría con o sin mi intervención. Sabes que tenía que ocurrir, que no era justo.

—Me habría gustado poder sopesar cuáles habrían sido las consecuencias. A la vista está que vivimos en estado de sitio.

—Ése es tu problema, Markus. Quieres controlarlo todo y a veces es simplemente imposible. —dijo con desdén antes de subir a encerrarse en su habitación.

—¿Crees que tiene razón? —le pregunté con sigilo a mi padre.

—Bueno... —respondió con apatía abriendo los ojos de par en par, sin querer entrometerse en nuestra pelea.

—Lo suponía... —respondí rendido.

Una parte de mí sabía que Daniel estaba en lo cierto. Que esto no era su culpa, ni la mía. Desde que dejé la empresa, el estrés laboral, las presiones y las malas influencias, había estado intentando volver a mi típica rectitud moral, pero esta vez con mayor flexibilidad, con menos dureza.

Estaba trabajando en una nueva versión de mí mismo donde los principios y el trabajo no me devoraran y cegaran, donde la familia y las personas tuvieran preferencia. Por fortuna empezaba a conseguirlo, todos los cambios implican un proceso de adaptación psicológica y emocional que debemos superar. Mi vida había cambiado, yo había cambiado, el mundo también cambiaba. Pensaba que estaba preparado, que todo podía ser previsible y controlable. No esperaba en ese momento, tan cómodo en el refugio de mi hogar, que todavía podrían venir cosas mucho peores.

Capítulo 9

Robos, saqueos, rebeliones... La cura del cáncer, lejos de unir a la humanidad, la estaba desquebrajando. HuynsPharma seguía sin hacer declaraciones ni dar un paso mientras todo se convertía en humo a su alrededor. Al final, como era de esperar, las listas de los pacientes curados, los precios y los métodos de venta salieron a la luz, indignando aún más a la población.

Pudiera parecer que la farmacéutica estaba al borde del colapso y la quiebra, pero claramente yo había subestimado el poder del señor Hyun, cuyos negocios no se reducían a esa única compañía. Al parecer, el japonés tenía semejante influencia y riqueza, que podía mover los hilos de casi cualquier parte del mundo. Hacía unos años, la revista Forbes le había nombrado el hombre más rico y poderoso del mundo, pero nunca pensé que eso podría llegar a conceder control sobre países enteros.

Quién sabe qué sabía o con qué amenazó a alguien importante del gobierno, quizá el propio presidente, pero en vez de tomarse medidas contra la empresa, como tanto clamaba el pueblo, el estado y la sanidad se aliaron con ella para comenzar a comercializar la vacuna de forma más global. Por supuesto, los precios seguían siendo estratosféricos, pero ahora existía una apariencia de legalidad.

—¿Cómo se ha dado este repentino giro? —le pregunté a Adam en una de mis escasas llamadas para recabar información. Me daba miedo que mis intereses fueran demasiado evidentes, pero a mi excompañero parecía no importarle demasiado.

—Markus, ya sabes que el poder mueve montañas. El señor Hyun se guardaba un as bajo la manga y ha hecho que hasta el propio presidente baile a su son. —se burlaba con una gran y prepotente carcajada.

—Ya... los tejemanajes de los poderosos, quienes tienen el dinero y la información.

—Exacto. Hemos conseguido seguir teniendo el control y la mayoría de los beneficios, calmar ligeramente las revueltas y no solo eso, sino que encima nos ofrecerán subvenciones para seguir investigando, ¿Qué te parece? —se regocijaba con satisfacción.

—¿Estupendo? —pregunté sin contagiarme de su entusiasmo. —Supongo que estarás bien valorado en la empresa.

—¡Por supuesto! Con este lío ha habido muchos empleados que han desertado por miedo a represalias y mala fama, pero como yo he permanecido fiel, he sido recompensado. Escalando puestos hacia la cima, Markus. —decía con alegría.

—Enhorabuena, Adam, has trabajado duro. —no sabía exactamente qué decir, pero la cortesía siempre es una apuesta segura.

En efecto, milagrosamente, HyunsPharma salió adelante con gran dignidad, mejorando los beneficios y vendiendo vacunas como si de chucherías se tratase. Daniel se mostraba indignado, aunque procurábamos no tocar ese tema cuando estábamos juntos. Argumentaba desesperado que el capitalismo siempre ganaba y que hasta los gobernantes se vendían al mejor postor. No le faltaba razón, pero no quería alimentar a la fiera.

Las rebeliones se suavizaron, aunque los estratos más bajos de la sociedad, los más pobres, siguieron dando qué hablar debido a la dificultad de alcanzar el coste del medicamento. En cuestión de menos de un mes, también comenzó a exportarse el producto, por supuesto previo pago, a todos esos países que tanto se habían escandalizado con la noticia. Por fin, parecía que, en apariencia, volvía a reinar la paz, las aguas volvían poco a poco a su cauce.

Los programas de televisión se plagaron de testimonios de pacientes curados, haciendo, sin

quererlo, más y mejor propaganda para la farmacéutica. Era un tema de interés internacional que no dejaba de asombrar. Millones de personas alrededor del globo superaban su enfermedad pocas semanas después de pincharse el virus manipulado.

La vida volvió a parecer normal. Papá volvió a madrugar, preparar el desayuno y zambullirse en las tareas del jardín, ignorando los noticieros. En las cafeterías se escuchaban conversaciones que iban más allá de la famosa vacuna. La novedad comenzaba a pasar de largo, a convertirse en algo habitual, algo globalmente asimilado y aceptado. Las familias no ahorraban pensando en un coche o una casa, sino en poder pagar el montante necesario para seguir viviendo libres de cáncer.

El tiempo fue pasando, se aprendió a convivir con aquel concepto, con aquella nueva oportunidad. De tanto en tanto había alguna pequeña rebelión que defendía que la vacuna fuera completamente gratis, pero eran sofocadas sin mayor publicidad.

Parecía una nueva era, plagada de esperanza y tranquilidad.

Por desgracia, aquella fase fue solo una ilusión antes de que comenzase la pesadilla.

Siempre he sido de esas personas cuadrículadas que se sentían responsables de todo, pese a saber que es imposible que haya alguien que pueda tener el control absoluto, siempre hay algo que se escapa, a fin de cuentas, somos humanos. Pero mi cerebro era exigente conmigo: “Lo tenías delante, ¿Cómo no lo viste? En el fondo lo sospechabas, ¿Por qué no hiciste nada más? Habías tenido razón desde el principio y, al final, te diste por vencido”.

Mensajes nocivos que se repetían en mi mente una y otra vez, entrando en bucle y generándome un ataque de ansiedad. Pese a vivir con un estrés constante, solía mantener el pánico a raya, pero aquel día no. Aquel día mis peores presagios se empezaron a cumplir y estaba seguro de que era solo el comienzo de algo mucho más grande.

—¡Markus! —me llamó mi hermana desde el salón mientras distraía a David con sus puzzles favoritos. —Tienes que ver esto...

—¿Ha terminado ya el del zoológico? Ése es el más complicado... —comenté al acercarme y revisar cómo iban los progresos de mi sobrino.

—No. Escucha. —Mía subió el volumen de la televisión y ambos nos quedamos mudos:

“Un brote de extraños ataques caníbales asola el Upper East Side, uno de los barrios más prestigiosos de Nueva York. Al parecer, algunos individuos que siguen siendo buscados por la policía han perpetrado varios ataques en las últimas horas causando a algunos viandantes severas heridas por mordeduras y arañazos en cara, cuello y pecho, principalmente. Según ha podido saber en exclusiva este canal, las cámaras de seguridad de un comercio cercano atestiguan que, dos de esos malhechores serían Louisa Gilbert, ex nadadora olímpica, y Byron Bennet, magnate de Wall Street”.

—No... —balbuceé dejándome caer en el sofá.

—¿No eran esos pacientes tuyos? ¿La medallista y el lobo de las finanzas que fueron pacientes cero al inicio del proyecto? —preguntó Mía con su excelente memoria.

—Sí. Son ellos.

—¿Crees que hay relación entre la vacuna y esos arranques de canibalismo? —quiso saber horrorizada.

—No... No... —el pecho me oprimía, sentía que me faltaba el aire. Las palabras y las imágenes se distorsionaban en mi cabeza. Necesitaba moverme, salir de allí.

Dejé a mi hermana con la palabra en la boca y, atacado por un repentino sudor frío, salí al

jardín y eché a caminar en dirección al pequeño bosque que había detrás de casa. Traté de respirar hondo, pero el oxígeno no llegaba. Me sentía mareado. La información, las preguntas, las dudas y las conclusiones se agolpaban en mi mente con estrepitosa y cruel fuerza. Me senté junto a un árbol abrazando mis rodillas cual niño asustado.

—Tranquilo, será un caso aislado, o una mera coincidencia. No tienen por qué ser efectos secundarios del virus Z105. Será un mal reversible, una especie de gripe pasajera... —me decía entre susurros casi enfermizos, queriendo convencerme de algo que, en mi fuero interno, intuía sería mentira.

No recuerdo cuántas horas pasé fuera de casa, solo sé que, al regresar, mi familia estaba a punto de llamar a la policía. Durante aquel lapso huidizo, apenas tengo recuerdos, me quedé en blanco, en shock, no pude asimilar aquella realidad. Tal vez me estaba preparando para lo que aún estaba por venir, algo demasiado grande como para procesarlo sin traumas.

El caso de Louisa y Byron no fueron aislados. En cuestión de días, todos aquellos famosos y ricos que se sometieron en primer lugar a la inoculación fueron convirtiéndose en una especie de animales andantes sin cordura ni atisbo de humanidad que solo deambulaban por las calles dispuestos a atacar a la yugular y matar por una gota de sangre. Como suele ocurrir, la televisión no escatimaba en imágenes escatológicas y dañinas que empezaron a generar pavor entre la ciudadanía. Nadie se sentía seguro. Todos los enfermos de cáncer que habían sanado con ayuda de la vacuna empezaban a mostrar síntomas de desvarío y, todos aquellos que habían sido atacados por ellos, sufrían las mismas consecuencias.

Intenté contactar con Adam, pero fue imposible. HyunsPharma estaba cerrada a cal y canto, los militares protegían la ciudad de Nueva York y el presidente había decretado el estado de alarma.

Algo no había salido bien, alguna parte de esas mutaciones que creíamos saludables derivaron en algo monstruoso para las células humanas. Sin pruebas de sangre ni sujetos que estudiar era incapaz de demostrar ninguna teoría o buscar soluciones, ya nadie contaba conmigo en la farmacéutica, pero sabía que urgía buscar la raíz de todo aquello.

La gente comenzó a hacer acopio de provisiones y encerrarse en sus casas. Aunque policía y militares fingían tener controlada la situación, la verdad era que la infección se expandía a pasos agigantados. Una pandemia comenzaba a florecer y nadie sabía cómo actuar ante ella.

Creía que el caos generado por el acceso a la vacuna había estado a punto de abocarnos a una tercera guerra mundial, sin embargo, aquello era mucho peor, ponía en juego nuestra existencia. Mi padre decía que estaba siendo catastrofista, que siempre habían surgido graves epidemias que, con el tiempo, terminaban controlándose y desapareciendo. Pero yo sabía que esta vez era mucho peor que todo lo que hubiéramos conocido antes.

Nueva York se vio obligada a blindarse, la población sana fue obligada a evacuar y a todos y cada uno se les realizó exhaustivos controles médicos antes de cerrar las fronteras. Los infectados empezaban a plagar las calles, los más avanzados eran reconocibles por su aspecto pálido, ensangrentado y casi somnoliento. Los que registraban los primeros síntomas se camuflaban entre el gentío y explotaban de golpe creando una oleada de destrucción y sangre.

Un terror mucho peor que el de la guerra amenazaba al mundo.

Habíamos jugado a ser dioses, a engañar a la muerte y, sin embargo, ésta nos había ganado la partida y se proponía dominarnos por completo.

OCTUBRE DE 2026

DESPUÉS DE LA MUTACIÓN

Capítulo 10

La vida sigue, la vida cambia, nada se detiene. Ésas eran las frases típicas con las que la gente solía consolarse o repetir incansable tras una mala racha, tras una tragedia. Nunca pensé que aquella verdad pudiera llegar a ser tan lapidaria. La vida seguía, sí, pero ¿Cómo?

No hubo forma de frenarlo. Cientos de personas se habían vacunado con el producto de HyunsPharma creyendo que vencerían al cáncer y, sin embargo, aquel virus Z105 con el que yo mismo había trabajado había mutado de tal forma que convirtió a todos esos enfermos en completos muertos vivientes. Una infección terrible que anuló sus capacidades humanas y los transformó en monstruos incapaces de pensar o reaccionar, que solo buscaban sangre y destrucción, cual animales cegados y hambrientos. Su camuflaje inicial, la ignorancia generalizada que obligaba a pensar que algo así jamás pasaría, hizo que los infectados caminasen entre nosotros durante las peores horas de su virus, comenzando los primeros ataques y, por ende, los primeros contagios. Un simple arañazo era suficiente para contaminar al prójimo. Poco a poco, la pandemia fue incontenible, la mayor parte de la población estaba enferma, siendo verdaderos demonios enajenados, de ojos inyectados, rostros deformados y piel roída atestando las calles de Nueva York, la primera ciudad en caer.

Como suele pasar, el caos ganó terreno, la gente entró en pánico, las huidas y los saqueos se sucedieron en masa, el gobierno no daba abasto. El descontrol fue tal que, cuando los primeros políticos empezaron a caer infectados o a ser asaltados por grupos rebeldes y manifestantes, el mando del país quedó desierto. Ni presidente, ni vicepresidente, ni ministros, nadie asumió el control, dejando que la nación se convirtiera en una auténtica anarquía regulada, únicamente y en algunos puntos, por grupos militares que se encabezaron como guardianes y policías, quien sabe si por avaricia o por bondad.

En cierto modo, di gracias al cielo de estar en mi pequeña ciudad, con mi familia, refugiado lejos de las grandes ciudades, donde la contaminación era mayor y los ataques, robos y asesinatos aumentaban desmesuradamente. Todos, incluidos Mía, su marido y el niño, nos cobijamos en la vieja casa familiar, apuntalando puertas y ventanas, llenando hasta arriba el trastero de alimentos no perecederos y saliendo solo para lo necesario, rezando para que pasara la pesadilla y alguien, quizá de alguna otra potencia mundial, viniera en nuestra ayuda.

Pero nadie podía salvarnos, porque todos estábamos condenados. Por increíble que fuera, la epidemia traspasó fronteras. Un solo viajero antes de su transformación bastó para desplegar el mal en Europa. Todo el continente americano, Europa y Asia fueron transformándose en un paraje inhóspito lleno de muertos vivientes y humanos que, en su necesidad por sobrevivir, se deshumanizaban cada día más. Solo Oceanía y África parecían estar resistiendo, al menos los primeros meses, después se dejó de tener noticias de ellos, después se apagaron las televisiones, las tecnologías, las grandes comodidades a las que nos habíamos habituado. Supermercados vacíos, escuelas sin niños, oficinas abandonadas, las calles desiertas. Los pocos valientes que se aventuraban a salir eran delincuentes o alborotadores, además de algunos pocos atrevidos movidos por la necesidad que robaban en tiendas y otros hogares descuidados.

—¿Qué haremos cuando ya no quede nada? —resoplaba Mía acariciando asustada la cabeza de David.

—Tenemos que ser inteligentes y organizar bien nuestros recursos. —explicaba papá tratando de mantener la calma. —Tenemos comida para varias semanas, el tanque de agua está lleno, nuestra casa protegida y la huerta aún da algunas frutas y verduras que pueden ser de utilidad.

—Habría que levantar una protección para eso. Aunque se han escuchado algunas revueltas y la mitad de la gente ha abandonado la ciudad no tardarán en llegar saqueadores. —Oliver, pensando en su mujer y su hijo, siempre parecía tener mayor iniciativa y seguridad.

—Me da miedo que salgáis de casa. —lloraba Mia.

—Es el jardín trasero. A plena luz del día, si salimos los cuatro para cubrirnos, podremos trabajar sin problema.

—Tenemos hacha, cuchillos, la vieja escopeta de caza y el revólver del abuelo. —puntualizó Daniel, el siempre protector de la vida y la naturaleza a quien el miedo empezaba a hacer tambalear sus ideales puritanos.

—De todas formas, no habrá más remedio que salir a buscar algo de material para crear ese fuerte. Madera y rejas. Además, necesito salir. —añadí ante la mirada atónita de todos.

—¿A dónde? —quiso saber mi padre con la preocupación descoloriéndole el rostro.

—Sabéis que tengo una cepa del virus en la nevera del garaje. Estas semanas de aislamiento he seguido trabajando en ella, pero necesito más, necesito más detalles sobre esta mutación. Hay un viejo colega médico y científico que ahora trabaja en el instituto de anatomía forense de Dallas con el que estuve hablando sobre el tema. Tengo que ir a verle. —zanjé sabiendo que sería cuestionado de inmediato.

—¿A Dallas? Eso está a cuatro horas y media en coche. ¡No sabemos cómo estará esa ciudad! Me parece una locura. —espetó Mia dejándose llevar por el pánico.

—Sea como fuere, Mia. —miré a todos para, igualmente, hacer entender mi posición. —No podemos simplemente encerrarnos aquí de por vida. Tendremos que buscar formas de seguir subsistiendo con cierta calidad y, lo que es más importante, encontrar soluciones.

—Y tienes que hacerlo tú... —mi padre me miraba con cierta pena, sabiendo la cantidad de pensamientos que amedrentaban mi mente.

—Yo fui parte de la creación de este virus. Tengo que intentarlo. —me encogí de hombros resignado.

—Voy contigo. —Daniel dio un paso adelante.

—Pretendo ir y volver en el día. Mia y papá os necesitan a los dos, me quedaré más tranquilo. —ordené con una entereza hasta entonces desconocida para mí.

—Está bien. Te conozco y sé que no podremos hacerte cambiar de parecer. —mi padre se rindió sin ofrecer más batalla, sabía lo cabezota que podía llegar a ser. —Pero te llevas la camioneta de Oliver y la escopeta. Déjame también que apañe las líneas de comunicación de nuestros walkies para poder estar conectados. Hace días que los teléfonos no sirven para nada.

—Está bien. —sonreí agradecido.

Y es que daba igual si yo sentía miedo o no, tenía que afrontar las consecuencias de mis actos. El mundo se desquebrajaba y yo no podía sino sentirme culpable. Había participado de aquel proyecto tan prometedor que juraba curar la peor enfermedad del siglo XXI y, sin embargo, estaba consiguiendo exterminar a la población. Intuí desde algún momento temprano que algo no iba bien, que las cosas debían hacerse de otra forma, pero no fui capaz de hacer más que irme y permitir que ellos siguieran su codicioso y peligroso camino. Quizá yo fuera el mayor culpable de todos, tal vez la responsabilidad fuera solo mía, que había previsto un mal y no lo detuve, al menos no con la energía y convicción que debía haber utilizado.

No lograba dormir, los remordimientos me corroían. Había fracasado estrepitosamente. Había defraudado la memoria de mi madre y había puesto en peligro el futuro de mi familia. Las últimas imágenes que pudieron verse en televisión fueron devastadoras. Se repetían en mi cabeza

una y otra vez, hablándome, señalándome, acusándome.

Sí, la vida cambiaba y seguía, ésa era la pena, que a partir de entonces era incierto cuál sería el devenir, pero pintaba demasiado oscuro y nefasto. Mi persona daba igual, mis miedos, mis inseguridades, tenía que hacer todo lo posible por encontrar la forma de detenerlo, si no lo hacía yo, quizá no lo hiciera nadie y, en ese caso, el final sería ineludible para todos.

Había intentado contactar con Adam, pero los satélites habían fallado y en varios kilómetros a la redonda nadie podía llamar o mandar un mensaje. Se había comentado que los militares estaban trabajando en restaurarlas, pero hasta el momento no había habido resultado fructífero. Era como volver al pasado, a otra época donde la vida no valía nada y la necesidad movía los impulsos más desesperados y ruines. Mamá no estaba para verlo, para ver lo que su hijo había hecho, en cierto modo eso me aliviaba, la vergüenza se estaba convirtiendo en un peso demasiado grande.

No, no podía quedarme de brazos cruzados en casa, solo los que actúan consiguen avanzar, romper lo establecido, hallar soluciones. Me centré en aquella cepa como si fuera lo único existente en mi vida. Mi viejo compañero de escuela, Taylor, me ayudaría a estudiar mejor la enfermedad. Hacía días que no sabía de él, pero nuestras conversaciones previas fueron claras, sabía dónde encontrarlo. Al igual que yo, era un trabajador e investigador nato, careciendo de hijos y esposa, seguramente no se habría movido del anatómico en todo ese tiempo.

Cuando cogí la camioneta, las provisiones y la escopeta, me temblaron ligeramente las fuerzas al despedirme de los míos. Nunca me había visto en una situación semejante, nunca había sido amigo de las armas, ¿Sabría usarla en caso de ser necesario? ¿Elegiría matar o permitiría que me mataran? Salvo lo que habíamos visto en las noticias no habíamos comprobado de primera mano la realidad de las calles. Estaba a punto de adentrarme en el corazón del infierno.

No arranqué hasta que comprobé que los míos entraron en casa y cerraron bien la puerta y la verja de protección. Respiré hondo, observé una vez más mi vecindario vacío y mudo, y comencé la marcha.

El paisaje que fui encontrando era devastador. Habría sido capaz de llorar, pero tenía que ser fuerte, sabía que la cosa aun podía ponerse peor. Cuando salí de El Dorado me encontré carreteras plagadas de coches abandonados, fábricas tomadas y tapiadas, casas abandonadas y los pocos bares o restaurantes del camino completamente destrozados. La gente había huido en masa de las ciudades, se había abastecido como podía robando y asaltando a su paso.

Bajé ligeramente la marcha, en una estación de gasolina que había sido consumida por el fuego, observé un hombre de mueca torcida, tez amarillada y boca ensangrentada dando vueltas alrededor de un viejo coche. Era uno de ellos. Se me heló la sangre. En un momento determinado, se dio cuenta de mi presencia y sus ojos vacíos atravesaron mi alma. Con paso lento pero decidido comenzó a arrastrar los pies hacia mi dirección. El pánico se mezcló con la pena y aceleré todo lo que pude, tratando de olvidar aquella imagen tan desgarradora. El país se había convertido en un cementerio, un lugar fantasma donde apenas se veía movimiento y la gente que permanecía escondida se moría de miedo y desconfianza. No podía culpárseles, nadie estaba preparado para lo que estaba sucediendo.

Traté de pasar el resto del trayecto recordando escenas felices del pasado, cargándome de energía para lo que me esperaba en aquel día que sería tan largo.

Cuando vi Dallas agrandarse ante mí, la desesperanza seguía creciendo. Me escabullí por calles estrechas para evitar la vigilancia de algunos coches militares que recorrían la ciudad, el único movimiento palpable. Humo, aceras sucias, cristales rotos y sangre por el suelo. Revisé el

mapa extendido en el asiento del copiloto, buscando la dirección exacta del anatómico forense. El mundo estaba plagado de muertos vivientes y yo iba en busca de más, cuánta ironía.

Mi técnica de camuflaje no sirvió de nada al aparcar frente al gran edificio escoltado por varios soldados armados hasta los dientes que, en seguida, me apuntaron con sus rifles y me impidieron el paso.

—Mi nombre es Markus Ward, soy científico y he sido llamado por Taylor Pritch, que trabaja aquí. —grité desde la lejanía con las manos en alto, demostrando ser un humano sano y estable.

Uno de los hombres cogió un walkie y esperó varios segundos una respuesta. Tras un intercambio rápido de impresiones, bajaron las armas y me animaron a acercarme. Abrieron las pesadas puertas de hierro protegidas por tablones y candados y un ambiente húmedo y frío me caló el cuerpo al entrar en el hall.

—Fondo del pasillo a la izquierda. —me señaló con sobriedad dándome un ligero empujón en la espalda.

Las luces fluorescentes del techo temblaban con un incómodo tintineo misterioso y agobiante. Caminé sin prisa, mirando alrededor, adaptándome a la oscuridad reinante y al fuerte aroma a formol. Encontré la puerta entreabierta. La empujé con timidez haciendo sonar un chirrido estremecedor.

—¿Taylor? —pregunté en un hilo de voz.

—Un rostro vivo y conocido al fin, ¡Ven a mis brazos, Markus! —sonó su potente voz lanzándose sobre mí y abrazándome como si fuera el fin del mundo, cosa que, de hecho, era más verdad que nunca.

—Me alegro de verte bien. —le dije comprobando su estado.

—Lo mismo digo. —me miró nostálgico unos segundos. —No sé qué decirte... No hay palabras para hablar de esto... Siento mucho que participaras en esta empresa inmoral, me conmueve que decidas luchar por tu cuenta.

—¿Acaso hay otra decisión coherente? El país está desgobernado y asustado, algunos tendremos que pensar en el futuro.

—Exacto, Markus, exacto. Llevo desde que todo esto estalló analizando cada movimiento, cada síntoma y reacción. Estudio a los enfermos, pero no sé interpretar como tú la bioquímica. —explicó entre entusiasmado y preocupado.

—¿Tienes un laboratorio de contaminados aquí? —pregunté algo incómodo. —¿Por eso los militares?

—Bueno, no te olvides que el alcalde de esta ciudad es mi hermano y, entre su verborrea y mis promesas de estudios médicos, he conseguido protección en este edificio para intentar trabajar y atender a quien lo necesite. No todas las ciudades cuentan con militares dignos, esto se está convirtiendo en una auténtica mafia, la maldad aflora a borbotones, pero nosotros intentamos resistir.

—Tu familia siempre ha sido un gran ejemplo, Taylor. Me alegro de que sigas conservando ese espíritu luchador del instituto.

—Los ratones de biblioteca somos así, ya lo sabes. —sonrió bromista. —En fin... —guardó silencio unos segundos, quizá tratando de encontrar palabras adecuadas o prepararme para el siguiente paso. —¿Estás seguro de lo que haces?

—Vamos allá. —afirmé siguiendo sus pasos hacia la parte trasera del laboratorio.

Taylor pasó su tarjeta por un lector y unas puertas de acero se abrieron dándonos entrada a una improvisada mezcla entre morgue y cárcel. A un lado, los refrigeradores donde se

almacenaban los cadáveres, a otro, tres jaulas reforzadas donde gemían sendos infectados, cada uno de diferentes edades, pero los tres pálidos, ensangrentados, con tiras de piel cayendo y el cuerpo brutalmente encorvado.

—¿Eso es lo que he hecho? —me lamenté entonando el peor “mea culpa” de mi existencia.

—Lo ha hecho HyunsPharma, no tú. —aclaró mi amigo posando su mano sobre mi hombro.

—¿Por qué los tienes aquí?

—Intento analizar su comportamiento y la evolución de la infección. Hasta ahora más suposiciones que pruebas irrefutables, no hay una línea exacta que seguir, aunque sí ciertos patrones. Tengo varias pruebas de sangre extraídas esta misma mañana de seres vivos y muertos para que te lleves en una pequeña nevera y puedas trabajar con ellas. También he preparado un par de informes, por si te son de utilidad.

—Muchas gracias, Taylor. Supongo que todo esto está al margen de la legalidad... —sopesé sabiendo que estaba dentro de la mismísima casa de los horrores.

—La legalidad ya no existe. Tenemos que adaptarnos a esta nueva realidad si queremos sobrevivir y mejorar. No hay que enfrentarnos entre nosotros, como está sucediendo en muchas partes, por desgracia, pero tenemos que olvidar la vida de antes y, aunque tu humanidad despierta la pena al ver a estos individuos... no están vivos, no son humanos, no sienten ni se compadecen. Son puro instinto asesino y no queda nada de la persona que fueron. No tengo pruebas científicas de eso, pero es obvio a simple vista. —explica ante mi respiración agitada.

—¿Podemos ver uno muerto? —quería ir paso a paso, antes de acercarme más a aquellos seres cuyos brazos salían de las verjas reclamando mi sangre.

—Por supuesto. —Taylor se giró y, con gran agilidad, abrió una de las cuadrículas haciendo correr la fría camilla donde un cuerpo, separado varios centímetros de la cabeza, reposaba lleno de cicatrices y decoloraciones.

—¿A qué se debe la decapitación?

—Es la única forma de acabar con ellos, de que mueran definitivamente. Al no estar vivos, cualquier herida les es indiferente. Créeme, lo hemos intentado.

—¿Hay gente ahí fuera degollando a estos seres para sobrevivir? —me parecía surrealista, escatológico y demasiado brutal.

—En efecto, es la única forma de resistir. O matas o te matan. Repito, Markus, ya no están vivos... —reiteró intentando mostrar cierto tacto, aunque era imposible ante semejante tesitura.

—¿Son muy agresivos?

—Indudablemente. Se lanzan como perros, arañazos y mordiscos, son caníbales, terminan devorando un cuerpo humano por completo.

—¿El contagio?

—Avanza rápido, en cuestión de 24—48 horas. Desde la primera hora ya pueden infectar a cualquiera, aunque ellos en apariencia estén aún sanos. Por fortuna, una vez se transforman, pierden agilidad y visión, lo que, pese a su fiereza, los convierte en un blanco fácil que vencer.

—No sé cómo hemos conseguido semejante mutación genética... —me lamenté llevándome las manos a la cabeza.

—Yo tampoco. Confío en que seas capaz, con esta información y las muestras, de resolver algunas incógnitas que nos ayuden a avanzar. Aquí podrás contar siempre con mi ayuda y mis recursos, podías quedarte si quisieras.

—Debo estar con mi familia, pero no perderemos el contacto y, de ser necesario, vendré aquí las veces que haga falta. ¿A qué se debe esta putrefacción que parece carcomerles en tan poco tiempo? —pregunté examinando el cadáver.

—Como te he dicho, mis dotes tienen un límite y necesito alguien como tú capaz de desentrañar los significados de la mutación genética. —se justifica con humildad. —Sobrentiendo que el desgaste y envejecimiento de las células es muy apresurado y, así como la vacuna inicialmente devoraba las unidades cancerígenas, ha terminado engullendo también células de regeneración, glóbulos rojos y blancos... a saber. La funcionalidad del cuerpo es mínima, se trata de una infección veloz y terriblemente destructiva. Confío en que encuentres más respuestas.

—Es una gran responsabilidad, pero no descansaré hasta tener más cosas en claro. —aseguré mientras observaba los seres que, encerrados, gemían lamentosos en busca de carne, golpeándose inútilmente contra pared y rejas. En efecto se les veía carentes de raciocinio, sentimientos, humanidad. Jamás había presenciado algo parecido. —¿Quiénes eran?

—Empleados míos. —se lamentó cabizbajo. —El más pequeño es el hijo del primero... — señaló ante mi asombro. —Markus, la población aún está en shock, creo que no hemos asimilado lo grave y peligroso que es esto. Ten mucho cuidado y no dudes, yo lo hice al principio y casi me cuesta la vida. Una vez son mordidos no hay vuelta atrás. Evitar que siga expandiéndose pasa por tener la entereza de hacerles frente.

—Gracias Taylor por tu ayuda y consejos, espero nos veamos pronto.

—Por supuesto, no dudes en avisarme si necesitas cualquier cosa. Si todo va bien, seguiré en este laboratorio gracias a los militares. Por favor. —añadió preparando un viejo maletín de cuero. —Llévate material de trabajo para tus análisis. Y te guardo también unos pequeños videos que he ido grabando sobre mis impresiones y avances de la desolación en la ciudad y sus habitantes. Las muestras que te llevas son recientes, no sé cuál será su viabilidad en el tiempo, aprovecha ahora que están recién extraídas. Conservaré más en la nevera por si las moscas.

—Cuídate mucho. —le abracé sintiendo que era el apocalipsis, que las despedidas nunca volverían a ser tan banales como un día lo fueron.

—Sé valiente. —me recomendó mientras me veía marchar.

Me subí al coche bajo la atenta y vigilante mirada de los soldados armados. Me habría gustado tener una botella de alcohol cerca, quizá para olvidar lo que había visto, quizá para gestionar tanta información. Tomé aire y masajé mis sienes, ya nada de lo que me rodeaba era como antes, no parecía la tierra ni el mundo que conocía, era como si una oleada de fuego y huracanes hubiera arrasado todo.

Un piloto de color rojo parpadeaba en el walkie mientras una voz carraspeaba al otro lado en lo que parecía la repetición incansable de mi nombre entre la distorsión.

—¿Mía? —pregunté ajustando la señal.

—¿Markus? ¿Markus me oyes? —su voz era débil y lejana, agudicé el oído lo máximo posible intentando descifrar las palabras que decía.

—Sí, Mía, ya voy a regresar a casa, en cinco horas estoy allí. ¿Todo bien?

—No, Markus. Date prisa. —se entrecortó su voz visiblemente angustiada. —Ha pasado algo... —siguió hablando, pero la calidad de la línea cortaba la conversación. Golpeé instintivamente el aparato, moviendo el brazo por el coche buscando la mejor onda.

—Mía, Mía ¿Qué ocurre?

—No pinta bien... —varias palabras incomprensibles y atropelladas se sucedieron entre medias, acompañadas de rasgados ruidos. —Les sorprendieron de repente en el jardín. Han atacado a papá. —fue lo último que llegué a comprender antes de que se cortara la comunicación definitivamente.

Capítulo 11

No es que importara ya, no es que primara la ley y el orden en aquel nuevo mundo vacío y desolado, pero conduje como nunca antes lo había hecho, nervioso, despistado, con el pie al fondo del acelerador, de forma temeraria e impulsiva. Estaba desesperado por llegar a casa, rezando porque todo hubiera sido un malentendido y lo que mi agitado pecho me decía no fuera verdad.

No podía borrar de mi mente la imagen de aquellos infectados entre rejas, carentes de sentimientos, vivos pero exánimes al mismo tiempo.

Los segundos parecían minutos, los minutos horas, la carretera, que parecía siempre la misma, no avanzaba. Aceleré aún más, esquivando coches abandonados, pequeños restos de vehículos en llamas y algún que otro contaminado deambulando ensangrentado por mitad de la calzada.

La entrada a la ciudad era agónica. La energía y luminosidad que antes enmarcaban El Dorado había ahora desaparecido, era un lugar fantasmagórico. Recorrí sus calles chirriando las ruedas contra el pavimento hasta aparcar abruptamente en la entrada de casa. Tras revisar que no había peligro en el exterior, cogí mi bolsa y corrí hasta la puerta principal como alma que lleva el diablo. Mia me abrió con unas marcadas ojeras en su rostro, el pelo revuelto y la boca temblando.

—Menos mal que has llegado... —resopló haciéndome entrar para luego cerrar la puerta y clavar un par de maderos como protección adicional.

—¿Qué ha pasado? —pregunté mirando en derredor, pero no había rastro de mi padre. Solo el pequeño David jugaba aislado al ordenador con unos grandes cascos en sus orejas.

—Daniel y papá estaban recogiendo la huerta, ya sabes, cosas imprescindibles para aguantar la semana sin tener que ir a ningún otro lado. Todo parecía tranquilo, pero de pronto, de la nada, salió una especie de chico poseído, de tez grisácea y con profundas heridas en el cuerpo, gimiendo y abalanzándose sobre papá cual animal. —Mia ahogaba el llanto al recordar la escena. —Oliver salió de inmediato con una pistola y logró espantarlo momentáneamente para que Daniel ayudara a papá a ponerse a salvo, pero tiene una herida muy fea en el hombro y empieza a hacer cosas extrañas...

—No... —musité dejándome caer sobre el sofá con el cuerpo debilitado. La cabeza me daba vueltas. Las respuestas pululaban en mi interior y todas tenían terribles significados y conclusiones.

—Markus... Sé que has averiguado algo con tu viaje, no volverías de vacío. —puntualizó mi hermana mirándome de forma directa y sincera. —También eres el listo de la familia y sé que ya vas conociendo esta pandemia. Dime la verdad, ¿Qué va a pasar?

—Va... va... —balbuceé buscando las palabras, intentando cambiarlas por otras, pero era imposible. —Va a convertirse en uno de ellos. Un ser infectado que se mueve, pero que no tiene vida. Papá, tal cual le conocemos, va a morir. —sentencié dejando que una lágrima cayese por mi rostro. Mia se quedó de piedra. No pestañeó, ni siquiera parecía respirar. —¿Dónde está? —pregunté queriendo recomponerme, no teníamos tiempo que perder.

—Hemos tenido que atarlo a la cama del sótano. Daniel y Oliver le vigilan.

Con cuidado, sabiendo que la imagen que íbamos a encontrarnos sería de todo menos agradable, Mia y yo bajamos los estrechos peldaños al sótano donde los gruñidos de mi enfermo y dolorido padre empezaban a colmar la estancia. Oliver, sentado en una silla, sujetaba su arma con recelo sin apartar la vista de su suegro. Por su parte, mi hermano Daniel permanecía de pie al borde de la cama contemplando cada gesto de papá, como si fuera una ensoñación, una pesadilla,

una actuación irreal. Con sutileza, le aparté sacándole de su ensimismamiento, forzándole a volver a la realidad y alejarse unos metros.

—Papá... —murmuré aproximándome un poco.

—Mar... Markus. —rumiaba entre un parafraseo incomprensible.

Respiré hondo al cogerle de la mano que, sobre su cabeza, permanecía atada al cabecero de la cama. Estaba empapado en sudor, el profundo mordisco que marcaba su hombro se veía amoratado, lleno de pus y sangre. Mi padre estaba frío, blanco como la cal, con los labios y los ojos enrojecidos. Poco a poco, iba perdiendo su aspecto saludable, sano, vivo. Intentaba mirarme a los ojos, pero era como si una fuerza superior a él le impidiera concentrarse, enfocar, hablar. Solo se movía mediante repentinos y dolorosos espasmos. De tanto en tanto, un rugido escapaba sin control de su boca.

—¿Qué me pasa? —logró preguntar en un segundo de lucidez.

—Es la infección, te está transformando... —confesé con dureza. A él no podía mentirle.

—Mat... Mata... —supe perfectamente lo que quería decirme, pero mi padre no lograba hilar las palabras. Su cabeza giraba con brusquedad, intentaba zafarse de sus cuerdas y, puntualmente, mi mirada con profundidad, odio y ansia, como si un demonio ocupase su cuerpo.

—¿Has traído algún antídoto de Dallas? —preguntó Daniel nervioso.

—No. —respondí escuetamente.

—Pero algo tiene que haber. ¿Has hablado con la farmacéutica? Es una epidemia, y las epidemias logran contenerse, ¿Verdad?

—He trabajado con esta cepa, he visto en el microscopio la mutación del virus. Una vez empieza a matar las células sanas, esta infección no tiene marcha atrás, mata todo lo que queda vivo del cuerpo que ocupa, es como un parásito.

—Pero tenemos que hacer algo, no podemos dejar que papá sufra así. —comentó Mia sobre los ruidos guturales que comenzaban a escapar del cuerpo tenso e inquieto de nuestro progenitor.

—Necesito un minuto...

Con la cabeza embotada salí de allí a toda prisa, refugiándome en la planta de arriba, en mi cómoda y conocida habitación de la infancia. Ésa que no había cambiado un ápice desde que me marché.

Enterré mi rostro y mis incontables turbaciones entre mis manos, cobijándome en una esquina como si fuera un niño.

Lo había visto en el laboratorio de Dallas, lo había comprobado con las pruebas científicas, de boca de mi compañero Taylor... No había salvación. El caos que reinaba en el exterior era consecuencia directa de ello. Pensar que mi padre volvería a su sano juicio era de ingenuos.

Dubitativo, marqué los números en el teléfono orando porque la señal se hubiera recuperado, aunque fuera unos instantes. Por fortuna, mis plegarias parecieron ser escuchadas y, en seguida, comenzaron a sonar los primeros tonos.

—¿Markus? —la voz de Adam al otro lado sonó nerviosa y atolondrada.

—Hola, Adam. —saludé apocado. —El mundo se viene abajo.

—Tenías razón, Markus. Teníamos que haberte escuchado. Ha sido un error, ha sido un error fatal... —se fustigaba con tono irregular.

—¿Qué está ocurriendo por allí? —fui directo al grano.

—Creo que lo mismo que en todas partes... Es como una guerra. Supongo que nosotros estamos peor por haber sido los primeros, no reconocerías Nueva York, está casi destruida. Las pocas personas vivas que siguen ocupando las calles son saqueadores armados. Han empezado a formarse bandas. Algunas familias están encerradas en sus casas, si los militares no traen

provisiones muchas morirán sin nada que llevarse a la boca... Nosotros vamos aguantando gracias a la seguridad privada y el dinero del señor Hyun.

—Cómo no... Dinero. ¿Supongo entonces que estáis en la central de la farmacéutica?

—No, en las instalaciones de Edison. La fábrica es más grane y está alejada del gentío. Quedamos unos pocos directivos y empleados. Esto se ha convertido en una fortaleza. —reconoció Adam con cierto matiz de claustrofobia.

—¿Estáis investigando la cura?

—Tenemos algo de material para trabajar, pero no científicos capaces de ponerse con ello. Tampoco tendría sentido, el señor Hyun sabe que su dinero está contado, teniendo en cuenta el apocalipsis, no malgastará un dólar. Creo que tiene otros planes.

—¿Otros planes? ¿Más importantes que una cura a esta pandemia que va a acabar con nuestra civilización? No digas memeces, Adam. —le reproché fuera de mis casillas.

—Ya hemos hablado de esto, Markus. Yo no mando aquí. El señor Hyun está buscando cómo salir y sacarnos a flote aprovechando la tesitura, claramente hay muchas necesidades que cubrir en la calle.

—Lo que dices es inmoral, en vez de colaborar estáis pensando en cómo sacarle los cuartos a la gente en una situación desesperada.

—Nuestra situación también es desesperada. —se quejó mi ex compañero.

—Vosotros sois los culpables de esto.

—Tú también, no lo olvides. —matizó con crueldad.

—Ni siquiera sé por qué te he llamado. —suspiré derrotado a punto de colgar.

—Oye, Markus. Nuestra amistad no debe pagar por los errores de grandes potencias. Solo quiero que te cuides. —suavizó conciliador.

—No te preocupes por mí. —zanjó con la hiel recorriéndome las venas.

Estaba indignado, frustrado, enfadado. Tal vez esperaba un canto de culpabilidad por su parte, una asunción honesta de responsabilidad, un esfuerzo por buscar una salida. Lejos de eso, seguía siendo manejado por una empresa cruel que pretendía escurrir hasta las desgracias para sacar tajada. Si fuera por ellos nada se arreglaría, nadie investigaría. Tenían el dinero y los medios suficientes para buscar una cura y ni siquiera parecían interesados. El mundo entero se estaba muriendo y ellos trazaban una estrategia de marketing para aprovecharlo. Vergonzoso, no podía sentirme más dolido y abandonado.

Había perdido a mi madre, había pasado la vida condicionado por ello, me había esforzado en luchar contra el cáncer para salvar a la humanidad y, después de todo, solo había conseguido empeorar la realidad. Buscando honrar a mi madre, estaba a punto de perder a mi padre. Qué ironía, qué verdad tan cruel y dañina.

Hacer algo... Mia sabía que teníamos que hacer algo para evitar el sufrimiento de nuestro padre, pero ¿Qué? Ninguna de las alternativas era buena, el final era inevitable y yo no era capaz de hacerle frente.

Con el corazón latiendo a mil, conforme los ruidos del sótano se hacían cada vez más fuertes, bajé hasta allí contemplando con nostalgia las fotografías familiares que me encontraba por el camino.

Mia, Daniel y Oliver rodeaban la cama, con varios pasos de seguridad entre medias, mientras mi padre luchaba fuera de sí por zafarse de sus sogas. Mi hermana sollozaba descontrolada, mi hermano estaba en shock y mi cuñado apretaba con fuerza su pistola.

—¿Papá? —susurraba con un hilo de voz Mia, intentando llamar a esa persona que conocía y ahora ya no estaba en ese cuerpo.

—Papá está muerto. —dije con seriedad, con la brutalidad de quien sabe que no hay más, que no hay tiempo para gestionar tanto dolor. —Y como nos acerquemos demasiado y dejemos que nos hiera, correremos la misma suerte.

—Se contagia por contacto entonces... —adivinó Oliver analizando mi semblante.

—Sí, un raspón, un mordisco, cualquier herida...

—Si papá está muerto, ¿Qué es esto? ¿Qué era lo que le atacó? —preguntó mi hermana con rabia, como quien quiere aferrarse a la idea de la humanidad, a un imposible.

—Una especie de muerto viviente, un fantasma, un demonio. —divagué sin apartar la vista de aquel ser extraño y rabioso en que se había convertido la persona a la que tanto había querido.

—Pero seguro que si hablo con él... —Mia intentó acercarse, pero un bufido brutal y descarnado la dejó petrificada en su sitio. Mi padre la miraba mordiéndose los labios, haciéndose sangre a sí mismo, con los ojos rojos y las venas marcando su pálida piel.

—Mia, papá ya no está. —la abracé repitiendo aquella frase con delicadeza, dejándola llorar en mi hombro, asimilar toda esa extraña realidad que parecía sacada de una historia de ciencia ficción.

—¡Atrás! —gritó de repente Oliver empujándonos con brusquedad.

Mi padre, completamente poseído por la infección, con la furia y desorientación de aquellos seres que había visto enjaulados, soltó sus amarres de forma brutal, dejándose las muñecas en carne viva mientras se incorporaba. Con pasos lentos pero decididos, extendiendo los brazos hacia nosotros, buscaba con desenfreno algo a lo que aferrar su mandíbula. Mia gritaba su nombre y lloraba sin control, mientras Daniel se refugiaba tras de mí con el miedo y la inocencia de cuando éramos pequeños.

Oliver, con valentía y decisión, sabiendo cuál era su papel, se puso al frente para ahorrarse sufrimiento a los hijos. Con una silla trató de contener la vehemencia de aquel cuerpo animal, pero, si bien los movimientos de mi difunto padre eran pausados, su fuerza era extrema. Oliver cayó al suelo arrastrado por su fiereza en una lucha donde sólo la frágil butaca de madera les separaba. Sin descanso, mi padre fue directo a abalanzarse sobre él sin que nadie pudiera interponerse, fueron unos segundos eternos que, sin embargo, corrieron en un parpadeo.

Un grito, confusión, un miedo intenso, el sonido del arma disparándose, la bala adentrándose en la carne y el cuerpo descompuesto de quien un día fuera mi adorado padre cayendo de espaldas al suelo. Se hizo el silencio. Durante un par de minutos reinó el más pesado y abrumador de los silencios.

Oliver no tenía un solo rasguño, permanecía sentado en el suelo recuperando el aliento, haciendo consciencia del acto que acababa de perpetrar. Pero la verdad es que poco había hecho. Transcurrido un tiempo de engaño, mi padre volvió a retorcerse en el suelo, reincorporándose con torpeza mientras de la herida de su pecho emanaba un espeso líquido negruzco.

—No puede ser... —balbuceó mi hermana incrédula. La que más deseaba creer que mi padre estuviera vivo, mudó el gesto en terror al comprobar aquella resurrección esperpéntica y putrefacta.

—Ya he dicho que estos seres no están vivos. No se les puede matar tan fácilmente. —expliqué mientras retrocedíamos lentamente para no exaltarlos.

—¿Y ya está? ¿Son inmortales? —quiso saber Oliver volviendo a cargar su pistola.

—No exactamente...

—Markus... si tienes alguna idea, ahora es el momento. —me interpeló Daniel aferrándose

con fuerza a mi camisa.

—No os va a gustar...

—Quiero y he querido a mi padre por encima de todo, habría dado la vida por él. —confesó con firmeza y ojos llorosos mi hermana. —Pero éste de aquí es mi marido, vosotros mis hermanos y el enano que hay ahí arriba es mi hijo... Hay que proteger lo que queda, nuestros padres así lo habrían querido.

—Decapitación. Inutilizar el cuerpo... —murmuré con el estómago encogido ante las muecas de los presentes.

—Id arriba. —ordenó Oliver con gran determinación mientras soltaba la pistola y cogía el hacha que colgaba del armario de herramientas.

—No, cielo, no... —suplicó Mia derrotada, no sé si por miedo a perder de forma definitiva a papá o por temor a que su marido corriera la misma suerte.

—He dicho que subáis. —reiteró con firmeza a la par que los gemidos de mi padre volvían a hacerse guturales, insistentes y anhelantes de carne, arrastrándose con ojos sanguinolentos hasta nuestros pies.

Cogí a mis hermanos por las muñecas y los llevé escaleras arriba. Intentaron ralentizar el paso, hacer algo, pero todos sabíamos que nada podía cambiarse en ese punto. Yo contenía las lágrimas, las ganas de gritar, pero no podíamos permitirnos sufrir, perder la cordura o la determinación. Era una guerra, distinta a las que conocíamos, pero una guerra, al fin y al cabo. Si dudabas, caías.

En el salón, Mia se aferró a su hijo como si hiciera siglos que no le viera, mientras éste seguía enfrascado en sus juegos inocentes, las pantallas tenían ese gran poder de atracción con la infancia.

Fueron escasos minutos, pero los sonidos que ascendían desde el sótano erizaban la piel. Los restos intoxicados de mi padre clamaban sangre, berreaban, gritaban y arañaban las paredes. Al mismo tiempo, se escuchaba la voz de Oliver llamando su atención, supongo que tratando de obtener una posición segura para el ataque, preparándose para dar semejante estocada a su suegro, su familia, un ser querido. ¿Quién puede estar preparado para algo así?

—Lo siento, lo siento. Perdóname. —pudimos oír con voz rota antes de que un silbido afilado cortara el aire.

Inmediatamente después, un nuevo silencio. Mia rompió a llorar, igual que Daniel, quien lo hizo en silencio en una esquina del salón. Los pasos de mi cuñado retumbaron en las escaleras de madera. Apareció con la camisa llena de salpicaduras de esa sangre oscura. Se la quitó rápidamente y la tiró a la basura.

—Voy a buscar unas bolsas y a limpiar el sótano. Después necesitaré que me cubráis para poder enterrarlo en el jardín.

Asentí sin añadir palabras. Poco había que decir.

Éramos huérfanos, de padres, de mundo, de futuro.

El cáncer se había llevado a mi madre y, por ironías macabras del destino, su cura se había cobrado la vida de mi padre.

Capítulo 12

Jamás en mi vida me había inundado un sentimiento parecido. Decepción, rabia, vacío. Pero al mismo tiempo culpa, responsabilidad, obligación de actuar, aunque cada uno de los huesos de mi cuerpo suplicaba por romperse, hacerse añicos al igual que mi corazón y mi alma.

Ya no era solo una noticia de radio o televisión, una prueba en una probeta de laboratorio, una fase de caos generalizado. El infierno se había instalado en la tierra y ninguno estábamos a salvo. Mi familia acababa de pagar las consecuencias. Las consecuencias de la ambición humana, de mi silencio, de mis sueños de sanar al mundo. Qué iluso había sido. Si lo hubiera sabido antes...

¿Habría cambiado algo? ¿Puede un solo hombre marcar la diferencia?

Pese a la gravedad y tristeza del momento sonreí para mis adentros, imaginando cuál habría sido la rotunda respuesta no solo de mi madre, sino también de mi padre.

—Claro que sí, hijo. No te hemos criado para ser un don nadie sin aspiraciones. Si no te crees tú mismo capaz de crear un cambio, ¿Quién lo va a hacer? Si no existiera gente con convicciones locas, ¿Cómo saldríamos adelante? Tú no eres menos que nadie, quizá no llegues a nada, pero ¿pierdes por intentarlo?

Mis padres, tan cabales y buenos consejeros incluso en mis recuerdos, lo único que ahora me quedaba de ellos.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó alicaída mi hermana, sosteniendo con fuerza la mano de su marido, quien ya había cumplido con la terrible tarea de dar sepultura a nuestro padre.

—Esto solo va a ir a peor. No estaremos a salvo aquí. —comentó Daniel inquieto.

—Quizá estéis mejor que en el exterior. No creo que exista ya un lugar seguro. —remarcó sabiendo que la pandemia era irrefrenable.

—¿Estéis? —Mia me miró con recelo, adelantándose, como siempre, a mis propios pensamientos. —¿Y tú? ¿Qué estás tramando, Markus?

—Yo... —dudé unos instantes. No sabía realmente si tenía un plan, pero un pensamiento certero sí que rondaba mi mente. Ya tenía poco que perder. El riesgo estaría en todas partes, ¿Qué más daba ir un paso más allá teniendo en cuenta las pocas alternativas existentes? —Tengo una cepa del virus original que robé en su momento de HyunsPharma, dispongo de muestras de sangre de infectados... Tengo quizá la capacidad suficiente para intentar buscar una solución, aunque me faltan medios.

—¿Por qué tienes que abanderarte tú como el héroe? —bramó Daniel incómodo, dejándose llevar por el dolor y la rabia más que por el raciocinio.

—Porque he sido el villano que ha participado en esto. —reconocí encogiéndome de hombros. —Porque la vida, tal cual la conocíamos, está desapareciendo y el declive no va a cesar a menos que luchemos por hacer algo. Yo he estado dentro de todo este huracán, me corresponde intentarlo.

—Iremos contigo. —afirmó Mia levantándose.

—No, de ninguna manera. Es muy peligroso. Habéis apuntalado bien la casa, ya sabéis a que nos enfrentamos. Estaréis a salvo aquí, no dudéis en usar las armas, sed cuidadosos con los ruidos, administrar bien los alimentos y salid solo cuando sea imprescindible y con un buen plan trazado. Si vamos todos a Nueva York será un suicidio...

—¿Y yendo solo no? —Oliver, bruscamente envejecido y cansado, ironizaba con mis

palabras.

—Puede que sí, pero una sola persona vale menos que cuatro. Alguien tiene que tomar el riesgo. Quiero hacerlo por vosotros, por papá, por mamá...

—Prométeme que contactarás cada día. —Mia sabía que tenía razón, que había que decidir, moverse, actuar. Sabía también que era cabezota y que no sabría quedarme de brazos cruzados. — Confío en ti y sé que, si alguien puede hacer algo, eres tú. —sus ojos claros me atravesaron con amor y orgullo, como esas despedidas tácitas que nadie quiere reconocer, pero en las que deja toda su alma por si acaso no quedan más oportunidades.

—No seas siempre el héroe... Intenta mantenerte a salvo. —dijo mi hermano con la boca pequeña y el ceño fruncido. No hacían falta más palabras, sabía que para él eso era lo mismo que decirme que me quería, que se preocupaba por mí.

Nunca había sido una persona excesivamente sentimental, pocas veces había llorado en público, ni siquiera cuando vi expirar a mi madre. Sin embargo, mientras contemplaba a través del retrovisor cómo se empequeñecía el hogar que me vio crecer, una flecha se clavó en mi corazón haciendo que mis ojos se empañasen. Un par de besos, un abrazo y una sonrisa inocente de mi pequeño sobrino fue lo que me llevaba como despedida. Todos nos habíamos quedado en shock, devastados. Aun no asimilábamos lo que estaba pasando. En cierto modo mi cerebro creía que, si volvía a cruzar aquella puerta, vería a mi padre preparando los copiosos desayunos de siempre y que, cuando recorriera la plaza central del pueblo, los vecinos de toda la vida me sonreirían amables. Pero nada de eso era cierto, por imposible que fuera de gestionar. Las calles desiertas, la tierra inerte y coloreada de rojo, almacenes asaltados, coches abandonados, muertos vivientes caminando sin rumbo. Incluso el cielo parecía haberse oscurecido ligeramente. Ya no era azul celeste, parecía teñirse de negrura, resultando más sombrío y borroso.

Quise buscar alguna emisora cuya música me distrajera de mis pensamientos y de las imágenes con las que me cruzaba en mi recorrido hacia la gran manzana, pero solo encontré silencio. Era como si el mundo moderno y las comunicaciones hubieran desaparecido. Pese a que habitualmente el ruido grumoso del vacío de las emisoras era insoportable, ahora se me antojaba incluso agradable, así que dejé una al azar sintiéndome más acompañado.

Era la primera vez en mi vida que transitaba una carretera tan despejada. Antes de salir de casa, gracias al buen pensar de mi cuñado Oliver, cargué en el maletero un par de garrafas de gasolina.

—No creo que sea aconsejable que pares en ninguna estación, estará tomada por infectados o, peor aún, por rebeldes y ladrones. Esos salen como ratas en cuanto prima el caos. —dijo con gran sabiduría guardando el combustible y una goma para hacer el trasvase.

—¿Quién dijo que los campamentos de verano no eran útiles? —bromeó Mia con el rostro congestionado por la preocupación, forzando un poco de humor negro para evadirse de mi marcha.

Efectivamente, las pocas estaciones que me iba cruzando estaban atestadas de infectados. Aminoré la marcha para contemplar el horror. Caminaban con los ojos en blanco, la cabeza ladeada y las bocas llenas de sangre. Algunos arrastraban algún miembro medio amputado, con la ropa hecha jirones y la piel descolorida hasta adquirir la tonalidad de la muerte. Gruñían apagada e incansablemente, sin trazar palabras comprensibles, sin parecer racionales o humanos.

“¿Cómo hemos podido llegar a esto?”, me pregunté en un suspiro, recordando cómo, hace escasos días, la vida era tan apacible como siempre. Al final, jugar a ser Dios nos había pasado factura. Una factura que nos decía que el remedio había sido mucho peor que la enfermedad, que queriendo ganar al mal, éste se había multiplicado.

Las horas fueron pasando, entre podredumbre, vacío y soledad. Pueblos fantasma, algún

grupo de moribundos, otros de supervivientes armados hasta los dientes recorriendo las pocas casas o tiendas que seguían enteras. En un momento dado, el indicador de la gasolina se encendió, obligándome a parar cuando el atardecer empezaba a enrojecer el horizonte. Divisé un desvío hacia un apartado boscoso con merenderos, no tenía más remedio que parar cuanto antes para evitar ser pillado por el anochecer. Tomé una gran bocanada de aire antes de abrir la puerta. En mi cinturón, el viejo revólver de mi familia; en mi mano derecha, el bate de béisbol de mi hermano. Con sigilo, haciendo el menor ruido posible, saqué el bidón de gasolina y empecé, de forma rudimentaria y lenta, a llenar el depósito. No quería desperdiciar ni una gota pese a que me temblaba cada músculo del cuerpo.

El crujir de una rama me sacó de mi perfecto vertido y me hizo derramar parte de aquel preciado elemento. Sin comprobar si había gasolina suficiente, cerré el depósito y guardé a toda prisa el bidón casi vacío en el maletero. Ceñí mis manos con fuerza al bate cuando unos pasos lentos comenzaron a escucharse entre las hojarascas de los árboles próximos. Dos figuras algo deformes, obesas y fantasmales, avanzaban hacia mí con los brazos al frente, los ojos ávidos y los dientes anhelantes. Una gota de sudor resbaló por mi frente, sin apartar la vista de ellos di pasos cortos hacia la puerta para subir al coche. Tiré del pomo y me dispuse a huir cuando unas manos gélidas se cerraron en torno a mi cuello y un aliento putrefacto me llegó con gran intensidad mientras unos labios húmedos rozaban mi nuca. El cuerpo de aquel infectado era fuerte, pero sus movimientos lentos me ofrecían una ventaja que, pese a lo asustado que estaba, traté de aprovechar a base de empujarle apartando su cabeza de la mía, haciendo fuerza como podía con mis manos sobre su frente. Se revolvía como una lagartija, dando bocados al aire y profiriendo sonidos guturales y profundos buscando mi carne. Cada músculo de mi cuerpo temblaba activamente en el forcejeo, sabiendo que, si me debilitaba, si daba un movimiento en falso, sería el fin. Fueron décimas de segundo, pero pude vivirlo a cámara lenta, pudiendo fijarme en cada detalle: su tez pálida, enfermiza y descolorida, sus labios amoratados, las manchas de sangre llenando sus ropas, sangre propia o de otras víctimas, sus ojos ennegrecidos y vacíos de vida y emociones. Recordé a mi padre, quien también mostró esa nada tan abismal en su mirada después de ser infectado. Tuve miedo, debo reconocerlo, pero pensar en mi familia y en mi objetivo de no dejar que la culpabilidad por haber sido parte de ese desastre me venciera, hicieron que una energía desconocida me inundase. Tal vez fue valentía, tal vez todo lo contrario, la desesperación de quien se aferra a la vida antes de un último suspiro, pero conseguí zafarme de sus brazos la distancia justa para asir mi bate y, sin dudarle, propinarle un golpe magistral en su ladeada cabeza, haciéndola quedar más desfigurada de lo que ya estaba. El sonido de la madera chocando contra su cráneo se clavó en mis tímpanos. Jamás había sido alguien que peleara, alguien afín a las discusiones. En ese instante me di cuenta de que mis valores ya daban igual, era la ley de la selva, comer o ser comido, literalmente.

Con el bate teñido en escarlata, antes de que los otros dos muertos vivientes me dieran alcance, subí al coche, giré la llave y, derrapando como si estuviera en un rally, salí de allí a toda velocidad con el corazón al borde de los labios.

Un tic nervioso comenzó a pestañear en mi párpado izquierdo. Nunca había pegado a nadie, aquella había sido mi primera vez y, por desgracia, intuía que no sería la última. Mirase donde mirase, a pocos kilómetros aparecían casas quemadas, abandonadas e infectados deambulando. Era el fin del mundo, el inicio del apocalipsis tal cual lo describía trágicamente la Biblia. Y era aún peor una vez llegué a Nueva York.

La gran Manzana, la ciudad de las oportunidades, de los negocios, de las fiestas glamurosas

en el Upper East Side, del parque más famoso de las películas. La ciudad que nunca dormía ahora vivía encerrada en una pesadilla.

Las carreteras, siempre tan congestionadas de coches fuera la hora que fuese, aparecieron desiertas. No había tráfico, ruido de claxon. No había ciclistas ni hombre trajeados cruzando las calles. No fui capaz de reconocer aquella urbe que tantos quebraderos de cabeza me había dado. Desolación era la única palabra que me venía a la mente. Comercios con los cristales rotos, ventanas y puertas de viviendas selladas con tablones, fuertes verjas protegiendo edificios y senderos de fuego para evitar que los contagiados penetraran en las pocas zonas donde aún quedaba gente sana. Era más grave de lo que nunca habría imaginado. Detuve el coche cuando comprobé, desde la lejanía, que la salida que debía tomar para llegar hasta la farmacéutica estaba flanqueada por numerosos militares armados. Tampoco tenía provisiones suficientes para merodear por un sitio como aquel durante más de dos horas. No tenía bebida, medicamentos ni garrafas de agua para poder refrescarme o asearme. También necesitaba un arma afilada, un cuchillo largo tal vez, para poder seguir las indicaciones de mi compañero de Dallas, Taylor, y cortar la cabeza de mis atacantes en caso de ser necesario. Sonreí para mis adentros al descubrirme pensando en cómo decapitar a otros seres que, en su día, fueron humanos. Cómo había cambiado el mundo, cómo me cambiaba eso a mí.

Por fortuna, había un supermercado en la misma esquina donde aparqué el coche. Bate en mano, me dispuse, cual vergonzoso ladrón, a hacer acopio de todo lo que fuera necesario. El centro estaba oscuro, las estanterías casi vacías y ni un solo empleado. ¿Tan malo era coger lo que otros ya no usaban?

Me esforzaba mucho en mandarme mensajes positivos, justificaciones convincentes que respaldasen mis actos, pero en el fondo de mí me sentía terriblemente humillado. Sentía pena por mí, por haber llegado a ese punto, pero no tenía más remedio.

Mirando en todas direcciones, me adentré cauteloso entre los pasillos en busca de cualquier cosa que guardar en la mochila. Finalmente escogí un par de latas de pasta y legumbres, una botella de isotónico, una botella de leche, un pequeño neceser de urgencias con tiritas, vendas, esparadrapo, betadine y antibióticos y, por supuesto, un cuchillo de cocina.

—Lo que estás haciendo se llama hurto... —escucho tras de mí cuando me las prometía tranquilo, casi a punto de terminar mi compra gratuita.

—¿Eres... la dueña? —le pregunto echando un vistazo al desamparado supermercado. Aquella joven, de no más de veinticinco años, tenía una mirada felina, un aspecto guerrero y una sonrisa traviesa. Me sentí confundido, no sabía si temerla o reírme de su burla.

—Podría serlo. —dijo con media sonrisa mientras pasaba una mano por su larga coleta castaña.

—¿Y qué más daría? Te habrás dado cuenta de cómo está el mundo, solo intento sobrevivir. Unas pocas cosas básicas y me marcharé. —asegué con convencimiento, no dejándome amedrentar por ella.

—¿Y a dónde piensas ir? Como bien dices, hay pocos lugares a los que huir. Los andantes están en todas partes.

—¿Andantes?

—Sí, los zombies, los muertos vivientes, los infectados por la farmacéutica capitalista. —explicó con desdén y cara de asco. Por supuesto decidí omitir quién era, de dónde venía y qué me arrastraba hasta Nueva York.

—No tengo tiempo para esto, debo cruzar la ciudad. —traté de ser simpático, pero claramente mis palabras sonaban bastante descorteses. No quería perder el tiempo, como bien

decía la desconocida, el peligro acechaba y yo necesitaba encontrar a Adam, conseguir entrar en HyunsPharma y empezar a trabajar en una cura.

—No eres de por aquí, ¿Verdad? —me escudriñó con el ceño fruncido mientras se abría una lata de Pepsi.

—¿Por qué lo dices? —le devolví el gesto, no terminaba de convencerme su chaqueta marrón, sus pantalones de combatiente y su hacha colgada del cinto.

—Nueva York está completamente cercada y controlada por los militares. Un capitán con ínfulas de rey se autoproclamó encargado de la seguridad de la ciudad en cuanto políticos, policía, gobernantes y demás responsables se desentendieron del tema. Ha convertido esto en su pequeño bastión. Permanece bien resguardado en la zona centro y ha cortado numerosos accesos para evitar la llegada de andantes y rebeldes. Ten cuidado, primero disparan y luego preguntan. — la muchacha dio media vuelta y, con paso relajado, comenzó a alejarse, dejándome con el interés por saber más.

—¿Eres una rebelde?

—¿No lo somos todos en cierto modo? —sonrió ligeramente entristecida, como si se hubiera dado cuenta de que no tenía más remedio que ser de aquella forma, aunque no le gustara. — Sobrevivir no ha sido sencillo. Hemos visto perecer a gente muy cercana, gente a la que queríamos, gente de la que dependíamos. Los que nos hemos quedado solos nos hemos encontrado en un lugar catastrófico donde unir fuerzas es la única alternativa. No somos beligerantes, pero sí hemos formado un grupo capaz de enfrentarse a la tiranía de los militares. Si no nos han matado los infectados no dejaremos que lo hagan ellos.

—¿Tan mal está la cosa?

—Reina la tiranía. Los militares se han insensibilizado, es lo que tiene no saber si vas a llegar a mañana. Al menos ellos tienen asegurado el pan y el techo, nosotros nos las vemos y deseamos para aguantar un día más. —miró mi bolsa cargada de comida y utensilios robados. — Por esta vez te dejo que te lleves eso, es un gesto de buena fe, pero este sitio es parte de nuestro hogar y no nos gustan los intrusos. —advirtió forzando un tono amenazante.

—Gracias... —fui capaz de decir.

—¿Quieres quedarte? No nos vendrían mal dos manos más.

—No, lo siento, estoy de paso y prefiero viajar solo.

—Entonces no llegarás muy lejos, pero suerte... —se burló ofendida.

—¿Cómo llego a Edison? —insisto antes de marcharme.

—No puedes, a no ser que seas capaz de comprar a alguno de esos militares armados hasta los dientes. A no ser que seas el mejor amigo del capitán Richards o el perrito faldero del presidente de HyunsPharma, que es quien mueve la pasta.

—Ya... —susurré sin informarle de nada más. No era necesario hacerle saber mi historia, claramente no sería tan cortés conmigo de saber que trabajaba en HyunsPharma. Sin embargo, su información era de gran utilidad, pues me permitía acceder a aquel círculo exclusivo de la ciudad donde, con total seguridad, se encontraría el señor Hyun y Adam, donde quizá podría encontrar la forma de investigar y acceder a los laboratorios. —Gracias de nuevo por tu amabilidad... — levanté la mano para estrechársela, animándola a presentarse oficialmente.

—Laia. —rumió con desconfianza.

—Markus. Mucha suerte, espero que vuestro grupo... tenga éxito. —animé tontamente, no se me ocurrió nada mejor que decir. No sabía si temer más a los militares comprados, o a los grupos de insurgentes capaces de luchar contra ellos.

Salí de allí sabiendo que aquellos ojos verdes atravesaban mi nuca conforme caminaba y que, probablemente, desde el exterior alguno de sus compañeros de rebeldes analizaban cada uno de mis pasos. Me mantuve firme, no sabía de donde sacaba la entereza, pero el instinto de supervivencia me mantenía con la cabeza lo suficientemente fría, o al menos ése era mi convencimiento. A ojos de cualquier otra persona la idea que rondaba mi sesera habría sido toda una locura. Con imaginación podía escuchar con nitidez los reproches de mi hermana.

—¿Te has vuelto majara? ¿Cómo se te ocurre hacer algo así? Es la peor idea que has tenido nunca. ¿No te hemos dicho que no vayas de héroe? ¿En qué clase de película de Bruce Willis crees que vives?

Sonreí divertido. Realmente era algo que Mia podría haberme dicho sin problemas. Pero Mia no estaba allí, ni nadie que pudiera regañarme por ser temerario, así que, tomando a pies juntillas las palabras de Laia, que de hecho rezaba porque fueran ciertas, con la salvedad de que los militares disparasen antes de preguntar, avancé decidido hacia la calle amurallada y protegida fuertemente por remolques y tanques del ejército.

Como había leído en muchas historias, se me ocurrió sacar un kleenex, hondeando la bandera blanca en son de paz.

Cuatro hombres corpulentos asomaron sus robustas cabezas por encima del vallado, mientras otros dos sacaban sus brazos por las ventanillas de los vehículos.

El sonido metálico y frío de seis armas apuntándome hizo que, instintivamente, levantara los brazos en gesto de rendición.

—Soy amigo y colaborador del señor Hyun, tengo algo que podría interesarle. ¿Podrían decirle que Markus Ward ha vuelto? —dije alzando la trémula voz, esperando que, antes de que una bala me atravesase, mi propuesta pudiese ser considerada.

Capítulo 13

Uno de los militares, el de aspecto más recio, hizo un gesto de la mano que obligó de inmediato a sus compañeros a bajar las armas. Vi cómo pronunciaba unas palabras sobre su walkie talkie y esperaba sin apartar sus ojos enfurecidos de mí, como si fuera alguna clase de delincuente.

De pronto, otro sonido, que ya empezaba a resultarme familiar, comenzó a levantarse a mis espaldas. Un grupo de infectados se aproximaba hacia donde yo estaba, alentados por el calor humano y el ruido de mis gritos. Su paso era lento, pero sus murmullos y rugidos hacían temblar el suelo. Miré con cierto compungimiento a los hombres armados apostados frente a mí. Ninguno pareció inmutarse, de hecho, me pareció percibir una leve sonrisa divertida en uno de ellos, como si la escena contrarreloj fuera de lo más entretenida. El hombre del walkie no tenía la más mínima intención de invitarme a entrar hasta recibir respuesta de quien fuera que había al otro lado de la línea. No les importaba verme morir devorado.

Tragué saliva mientras contaba los metros que me separaban, cada segundo un poco menos, de aquellos seres furibundos. Di un paso al frente, queriendo, impulsiva e inconscientemente, marcar mayor distancia, pero el chasqueo de los fusiles levantándose de nuevo contra mí me frenaron en seco.

Laia no había errado en su crítica, el ejército se había hecho despiadadamente con la ciudad, escogiendo quién vivía y quién no, restándole valor a la muerte, acostumbrándose a ella.

Una gota de sudor frío resbaló por mi frente, tal vez no hubiera sido una decisión sensata, no solía jugar mis cartas de manera tan arriesgada, empezaba a arrepentirme.

—Sí. En la entrada oeste. Entendido. Ahora mismo. —escuché que decía el militar con gesto serio. Una burbuja aprisionaba mi pecho, notando la cercanía de los contagiados que, en pocos centímetros, podrían darme alcance. O moría de un disparo o de un mordisco, muy alentador. —Dejadle pasar. —bramó molesto hacia los dos francotiradores de los vehículos de la entrada.

En ese mismo instante, antes de que me diera tiempo a reaccionar, varias balas cortaron el aire dirigiéndose directamente a las cabezas de los andantes que se ubicaban ya detrás de mí. Me quedé helado, pensando que aquello había sido osado, ¿Y si erraban el tiro? Prácticamente había sentido el aire del proyectil soplando mi oreja.

—Markus, muévete. —me indicó de mala gana haciendo aspavientos con las manos.

Sin dudar, cual niño que ha sido regañado por la maestra, agaché la cabeza y aceleré el paso hasta atravesar el fortín militar, escoltado de cerca por dos hombres que parecían estar pegados a sus fusiles de asalto.

Girando a la izquierda, entramos en un edificio acristalado cuyo interior parecía un campamento base de Bagdad: planos, militares dibujando tácticas de ataque, puliendo sus armas, entrenando... De los allí presentes muchos tenían clara formación militar, mientras que otros, por edad, escaso desparpajo y tembleque, parecían recién reclutados. Pobres niños que debían aprender tan jóvenes el arte de matar y la resignación de morir.

Tras una extenuante subida por las escaleras hasta la planta 14, abrieron con llave el viejo candado que bloqueaba una puerta de hierro. Me hicieron pasar y, aunque dudé unos instantes, pensando que era una trampa y su intención era encarcelarme, entré sin rechistar. Como en las salas de interrogatorio de las películas, me senté en una fría silla de hierro frente a una mesa vacía y un espejo y aguardé lo que tuviera que suceder. Pasaron varios minutos hasta que la puerta chirrió dando paso a un circunspecto señor Hyun.

—Markus, curioso reencuentro. —saluda estrechando mi mano con escaso entusiasmo.

—Sí, bueno... —balbuceo incómodo. —Las circunstancias mandan... Lamento que todo haya salido de esta forma.

—¿Seguro? ¿No te alegras de tener razón en tus dramáticos vaticinios? ¿O de haberte ido de un día para otro de mi empresa robando en mi laboratorio? —me atravesó con una gélida mirada. Carraspeé pensando bien lo que podía decir en mi defensa.

—Nunca me alegraré del mal ajeno, y mucho menos de algo tan nefasto como lo que ha sucedido. Y sí, no me avergüenza reconocer que me llevé una pequeña muestra para seguir investigando, y eso es precisamente lo que me trae hasta aquí. No vengo con ánimo de entablar una guerra, no ahora que se batalla una ahí fuera. —argumenté con seriedad, tratando de apaciguar a aquel hombre cuya rígida cultura y visión de la vida le hacían juzgar y dudar todo cuanto veía y escuchaba.

—Ya no vivimos en un mundo en el que pueda denunciarte. —ironizó con malicia. —Me parece entender por tus palabras que vienes a... ¿Ayudar? —preguntó alzando una ceja.

—Sí. Veo que han sabido mantenerse pese a la destrucción reinante. Con vuestros medios y algo de tiempo, creo que puedo intentar reunir un grupo de profesionales para buscar una cura.

—Una cura... —reflexionó paseándose por la pequeña sala. —¿Quién te ha dicho que quiera una cura?

—Parece lo más... lógico y necesario. —murmuré confundido.

—Oh, Markus, tan débil como siempre. No he construido este imperio para rendirme y dejarlo caer. Puede que hayamos cometido algunos errores, pero vamos a sacar provecho de esto. Ahora, junto con el ejército, tenemos el control de la ciudad, los medios y los recursos. Puede que lo que haya pasado no haya sido casualidad, sino necesidad, y yo me adapto a ella, HyunsPharma se adapta a ella para seguir creciendo. —sus ojos enloquecidos me pusieron la carne de gallina.

—¿Crecer a costa de la muerte de otros?

—Es la ley de la selva, los más débiles caen, los fuertes subsisten.

—No... no puede creer realmente lo que dice.

—Siento que hayas hecho el viaje en balde, pero aquí todos tenemos muy claro cómo debe ser el futuro. La clave está en hacer de la tragedia una oportunidad. —entrelazó las manos tras la espalda mientras, mirando al espejo, hizo un gesto con la cabeza. En pocos segundos, la puerta se abrió de nuevo. Contuve las ganas de levantarme y zarandear a aquella persona que ya no reconocía, me mordí el labio, apreté los puños, contuve las ganas de gritar.

—Hola, Markus. —me saludó en tono cortante.

—Hola, Adam, veo que has sabido conservar tu puesto en la empresa. —dije con absoluta malicia y doble intención.

—No seas tan crítico, hombre... —salió el señor Hyun en su defensa. —Puede que, cuando veas todo lo que tenemos para ofrecerte, cambies de opinión...

Me di cuenta en ese instante, antes que de nadie volviera a hablar, de que mis intenciones jamás se verían cumplidas, al menos no con su colaboración. Lo vi en sus ojos, en sus gestos, en esa expresión de superioridad y dominio que, de pronto, surcaba el rostro de aquellos con los que había trabajado codo con codo, supuestamente, buscando salvar a la humanidad. No, ése ya no era su objetivo, ahora solo eran personas que, lejos de ayudar a los demás, solo querían someterlos para encumbrarse ellos mismos.

—¿Jonathan no está por aquí? —pregunté hilarante, mi superior no se habría perdido aquello por nada del mundo, era el más ambicioso de todos y el que, sin duda, más inquina me tenía.

—Lamentablemente Jonathan ya no está entre nosotros. —respondió el señor Hyun con gran sobriedad.

—Vaya... Lo lamento.

—En la vida hay que hacer algunos sacrificios... —añadió con gran crueldad. No sospechaba hasta dónde podía llegar su falta de humanidad. Nunca había parecido un hombre cercano, pero las nuevas circunstancias habían desarrollado en él una tiranía desmedida.

—¿Qué haces aquí, Markus? —me preguntó Adam con cara de cordero degollado, como si se debatiera entre la amistad o el deber, como si el miedo fuera demasiado fuerte, como si ni siquiera él supiera bien lo que estaba haciendo.

—Quiere ser el salvador del mundo... —rumió el presidente alzando una ceja.

—Típico... —murmuró mi viejo amigo con recelo.

—Pensaba que estaríais aquí afincados, en el origen de todo, buscando una solución a esta pandemia, buscando recuperar la paz y el mundo de antes.

—A veces los cambios no son tan malos. En la naturaleza siempre ha primado la ley del más fuerte. Esto ha supuesto una purga inintencionada que nos ha convertido en el centro del planeta, en los únicos supervivientes con poder, dinero y recursos. Ahora podemos moldear la civilización a nuestro antojo, ¿No es eso una ventaja que deberíamos aprovechar? —el señor Hyun hablaba de sus negras fantasías ante un silencioso y cabizbajo Adam.

—No sé qué civilización hay que dominar si termina completamente exterminada.

—No seas tan exagerado Markus, no somos el demonio. Tenemos grandes planes que harán que esta sociedad sea mejor, más llevadera, más fácil.

—Tendremos que acostumbrarnos a convivir con esta enfermedad. Ahora la configuración de nuestro mundo es diferente, las reglas han cambiado y adaptarse es una necesidad. —puntualizó con cierta suavidad Adam. —el señor Hyun cree que la búsqueda de una vacuna no es necesaria, pero sí todo lo contrario.

—¿Lo contrario? —pregunté escandalizado, sin dar crédito a que Adam se hubiera convertido en el loro parlanchín del poderoso japonés.

—Ofrecer un remedio cuando el mal ya está hecho no tiene sentido ni beneficio para mí, pero ofrecer una amenaza sí. Mis investigadores están trabajando sobre la mutación para generar, no un antídoto, sino un veneno que, inyectado, tarde escasos diez minutos en transformar al sujeto. —explicó con sonrisa triunfante.

—No veo el objeto de ello...

—¡Poder, Markus! ¡Poder! Qué simple e ingenuo eres. —se burló con desdén. —Ahora nosotros somos la raza superior, ¿No ves cómo hemos moldeado Nueva York? La ciudad es nuestra y el resto de habitantes debe ceñirse a nuestras reglas. Nosotros proveemos, protegemos y construimos a cambio de un pequeño precio, que por supuesto puede ser económico o en especie. Mis sucursales en el resto de países están funcionando igual, dentro de poco iré escalando posiciones, ampliando territorios y siendo el único capaz de dar y quitar. —enfaticó con malicia. —Podemos crear un hueco de privilegio para ti. Debo reconocer tu valor, has sido uno de los mejores científicos que he tenido, sé que podrías ayudarnos en nuestros estudios. Tanto tú como tu familia estaríais a salvo y tendríais un buen futuro.

—Siento mucho lo de tu padre... —se lamentó Adam posando su mano sobre mi hombro.

—¿Cómo sabes... ? —vocalicé anonadado.

—Te lo acabo de explicar. Ahora nosotros estamos en la cúspide de la pirámide. Hazte una idea del poder que ejercemos y de lo que podrías llegar a alcanzar.

Tratando de hilar aquellas declaraciones infernales, de creerme la perdición a la que estábamos abocados y del fracaso de mis heroicas intenciones, me dejé caer sobre el asiento de cuero buscando un poco de aire fresco que insuflase calma a mi pecho.

Todo parecía una horrible pesadilla. A lo largo de la vida había aprendido que el género humano podía llegar a ser perverso, pero aquello alcanzaba límites insospechados. Ahora comenzaba a comprender el misterio y el rechazo que encerraban las palabras de Laia. La gente de Nueva York debía estar sufriendo ante aquella tesitura.

—Creo que aún no conoces oficialmente a mi buen aliado, el capitán Richards. —prosiguió el señor Hyun dando paso al fornido militar que, walkie en mano, me había dado paso a la fortaleza. Su mirada era regia y desafiante, su mueca de desagrado constante y su voz, grave y áspera, chirriaba aún más en las distancias cortas.

—¿Otro listillo que quiere subirse al carro? —preguntó mirándome con asco.

—Este hombre fue quien, técnicamente, creó el carro. —Comentó Adam con un deje de sorna para mi humillación y pesar.

—Es muy simple Markus, o estás con nosotros o, como toda esa panda de muertos de hambre e ilusos de la calle, contra nosotros. —advirtió el señor Hyun yendo directo al grano, empezaba a verse impaciente y cansado de tanta charla. —Supondrías un activo valioso para nuestra empresa y la realidad que estamos conformando y, como tal, serías recompensado, no tendrías que preocuparte por nada. ¿Qué me dices?

Y ahí estaba la gran encrucijada, ése momento que, teniendo en cuenta el mundo catastrófico en el que vivíamos, podía determinar mi salvación o mi condena. No sabía cuál era la decisión correcta, mi moral y mis valores parecían haber quedado obsoletos. La filosofía que antes me guiaba era inútil ya. Si aceptaba, quizá sería tan cruel y ruin como ellos, pero tendría la posibilidad de vivir en paz, de asegurar el bienestar de mi familia y ver crecer a mi sobrino. Si me negaba, sería un enemigo acérrimo de la poderosa farmacéutica, un peón más que, si daba problemas, sería rápida y fácilmente eliminado de la partida. Me vería sin remedio abocado a vivir en las calles, luchando por sobrevivir, por encontrar agua y alimento, cobijo y un arma lo suficientemente buena para estar protegido de ataques de andantes, siempre con un ojo abierto.

Fueron unos segundos que pasaron fugazmente, pero en los que pude recorrer mi vida, mi infancia, las lecciones que me dieron mis padres. Tuve la oportunidad de rememorar el lugar de donde venía, la persona que era y la que quería llegar a ser, la que mi familia se había esforzado en educar y hacer libre.

Era libre, ésa era la clave, no podía dejar de serlo ahora. Pese a todo, el precio a pagar sería demasiado alto. Imaginé que mis padres estaban allí, qué me dirían, cómo me mirarían. Lo tuve claro. Contuve una pequeña lágrima, un pequeño suspiro de resignación y pedí disculpas en silencio a mis hermanos, a las personas que quería y que, hiciera lo que hiciera, sentía que dejaba en la estacada.

—Lo siento, señor Hyun, pero, por tentador que suene, no me rebajaré nunca a ser su pequeña concubina, no le temo tanto a lo que hay ahí fuera. Mejor ser fiel a mí mismo que venderme para pisotear al resto de la humanidad. —Adam, confuso e indignado, posó su mano derecha sobre su frente y negó con la cabeza.

—Realmente no esperaba otra respuesta... —rumió el presidente con media sonrisa cínica.

—Siento mucho verte así. —añadí mirando fijamente al que un día fue mi amigo.

—Quizá ése haya sido siempre el problema, que te has lamentado demasiado por los demás. —se despidió marchándose con un portazo de indignación.

—Supongo que mi cometido es enseñarle amablemente el camino de salida y, por supuesto, memorizar su rostro para no volver a dejarle pasar. —sonrió el capitán con sonrisa maliciosa mientras posaba su mano sobre la pistola del cinto.

—Richards, de todos aquellos que tenemos en nuestra lista de indeseables, pon al señor

Markus en el primer puesto, puede hacer peligrar nuestros intereses. Por el momento te doy el voto de confianza y te dejo en paz, quizá te necesite más adelante, quizá esté practicando algo de misericordia... —comentó condescendiente el señor Hyun. —Pero recuerda quien tiene la bota puesta y quien es una simple hormiga fácil de pisar... —amenazó antes de retirarse y dejarme en manos del militar quien, ni corto ni perezoso, optó por esposarme para conducirme al exterior.

No había vuelta atrás, me había metido en la boca del lobo y no había salido bien parado. Mi viaje a Nueva York, el epicentro de la tragedia, había sido en balde. No solo había fracasado en mi objetivo de luchar por una cura, sino que había conseguido enemistarme con los nuevos regidores del mundo, con los únicos que, en semejante realidad de dolor y apocalipsis, ejercían el poder, ostentaban el liderazgo y poseían el dinero.

Curiosamente existían más personas sin escrúpulos de las que pensaba. Militares, científicos, administrativos y otras tantas personas vendidas que ofrecían sus servicios, o más bien su esclavitud a cambio de protección, colmaban aquel recinto tapiado y salvaguardado por cientos de hombres armados.

Había pasado tan solo una hora y parecía que llevaba ahí dentro una eternidad. Qué decepción ver a Adam vendido, qué decepción saber con tanta certeza que estábamos perdidos. ¿Cómo podría sin HyunsPharma obtener un antídoto?

Los cadáveres de los andantes que a punto estuvieron de matarme antes de los tiros certeros de los militares plagaban de sangre el asfalto. Una vez liberado de las esposas, impulsado por el brusco empujón del capitán Richards para alejarme lo máximo posible de su línea de seguridad, caminé cabizbajo hasta la calle contigua, divagando, pensando y lamentándome de mi suerte.

Ahora que había llegado hasta allí, ¿Qué podía hacer? Volver a casa con las manos vacías y semejante humillación suponía una derrota demasiado estrepitosa. No, no podía permitir dar media vuelta sin al menos haberme dejado el alma en intentarlo. A fin de cuentas, poco tenía que perder. Si seguíamos la estela que marcaba la pandemia y el endemoniado señor Hyun, no había mucha vida a la que querer aferrarse. Tenía mis manos, mis conocimientos, mis ganas y una cepa del virus original, algo se me tendría que ocurrir si lograba sobrevivir pues, para mi desgracia, el huraño capitán había confiscado mi cuchillo y mi pistola.

Resoplé contrariado sintiéndome desorientado y solo por primera vez en mucho tiempo. No tenía claro lo que debía hacer, simplemente me dejaría llevar por el instinto.

Estaba a punto de anochecer, claramente quedarse como vagabundo por la gran manzana era poco inteligente, necesitaba encontrar un lugar seguro, algo que cubriera mis espaldas. Necesitaba un grupo.

Me adentré sin dudarle más en el viejo y destartado supermercado, repasando las estanterías que hace escaso rato habían estado ligeramente más llenas. Recorrí un par de pasillos sumidos en la oscuridad haciendo ruido para despertar a quien pudiera estar cerca, rezando porque fuese alguien vivo y no infectado. Tuve suerte, su voz resonó con cierto deje de dulzura a mis espaldas.

—¿Otra vez por aquí, cowboy solitario? —preguntó Laia alzando una ceja, con esa típica expresión de quien sabe que tenía razón desde el principio.

—Vuelvo con el rabo entre las piernas, buscando formar parte de esa comunidad de la que hablabas. Tenías razón, no es sensato estar solo.

—Suelo tener siempre razón. —sonrió complacida mientras me ofrecía uno de sus machetes como arma de defensa. —Sígueme.

Capítulo 14

Dejando atrás los oscuros pasillos, más allá de las neveras y la sección de pescadería, llegando a los grandes almacenes y garajes de la parte trasera del edificio, apareció ante mis ojos un auténtico campamento habitado por gente de lo más dispar. Laia abrió los brazos mostrándome con orgullo la comunidad creada. Era un modo de vivir humilde y austero que recordaba a una isla desierta, quizá a las viejas e inhóspitas aldeas de lugares montañosos. Tablones de madera protegiendo ventanas y puertas. Pequeños hornillos de gas, hogueras en cubos de basura, tiendas de campaña y colchones roídos, espacios separados a base de endeble cortinas y una organización meticulosa por grupos, familias y servicios. Comprobé que los niños permanecían reunidos en una esquina bajo la supervisión de dos mujeres que les leían cuentos y les ayudaban a realizar multiplicaciones y divisiones sencillas. En otro lado, varios hombres repartían y guardaban con cuidado la comida en recipientes frigoríficos. También había una pandilla de jóvenes que, como militares profesionales, permanecían en formación escuchando las lecciones de un anciano que bien podía ser un veterano de guerra y que les enseñaba a portar un fusil y usar un cuchillo.

—Veo que no se os escapa nada... —comenté comprobando con sorpresa que su estructura era más seria y jerarquizada de lo que podía haber imaginado. Al referirse a ellos como rebeldes, al ver su aspecto algo dejado y conflictivo, cualquiera podía pensar que no eran más que cuatro vándalos desesperados. Nada más lejos de la realidad. No había medios, pero sí gran determinación e inteligencia, aquel grupo era más fuerte de lo que parecía.

—Hay que estar unidos y preparados si queremos sobrevivir no solo a los contaminados, sino a la tiranía de HyunsPharma. Las viejas leyes de convivencia o civismo ya no nos sirven. Ahora, ser metódicos y disciplinados como un ejército es imprescindible. Orden, estructura, mando, especialización, respeto y generosidad. Ésos son los valores que nos rigen. —explicó con determinación y orgullo, como quien quiere conquistarte o venderte las maravillas de ese producto que no te decides a comprar.

—¿El único objetivo es sobrevivir? —me interesé por ese detalle pues, en apariencia, parecía que aquellos hombres y mujeres estaban impulsados por algo más que la mera supervivencia.

—La idea es luchar por recuperar la vida de antes.

—Eso no parece posible...

—No me refiero a la infección, aunque sí tendremos que adaptarnos a ella, intentar manejarla, gestionarla y evitarla de forma efectiva. No, no es la enfermedad el problema, es la ambición. Lo que queremos es una sociedad unida que no se pisotee ni chantajee, que convivamos en paz y en colaboración, la situación ya es bastante mala de por sí como para que alguien se autoproclame rey, nos amenace, detenga e incluso asesine. —rumió chirriando los dientes con odio.

—¿Asesinato? ¿Ha sido capaz la farmacéutica de llegar a tanto?

—¿De dónde demonios crees que hemos salido? ¿Por qué crees que nos hemos visto obligados a juntarnos y enfrentarnos, cueste lo que cueste, a ella? —su mirada mostraba una profunda indignación. —En poco tiempo su tiranía y crueldad ha sido tal que hemos corrido un peligro mayor que enfrentándonos a los infectados. El presidente de la farmacéutica se ha proclamado el rey del mundo y todo aquel que ha osado contrariarle, reclamarle o pedirle ha desaparecido extrañamente. Ellos nos han conducido a este apocalipsis y encima quieren sacar

tajada de ello, hay que pararles los pies... —se quejaba con el ceño fruncido. —Hablando de... —me miró de soslayo bajando la voz. —Te seguí, ¿A qué ibas a la fortaleza? —tragué saliva nervioso, pensando con rapidez mi respuesta, sopesando qué podía beneficiarme y qué podía perjudicarme. No me podía permitir ser tan ingenuo como en mi visita al señor Hyun, no podía hacer más enemigos.

—Un viejo amigo trabajaba allí, viéndome solo pensé que podría reencontrarme con él y pedirle ayuda para volver a mi casa, hace días que no sé nada de mi familia... —mentí con tono compungido, pensando que, un matiz de pena afianzaría mi historia y me abriría las puertas del grupo. En realidad, era solo una mentira a medias. Si supieran que yo mismo había trabajado en el virus, probablemente me matarían con sus propias manos, sería el cabeza de turco que pagaría los pecados de toda la compañía. Además, tampoco yo sabía aún si podía fiarme de ellos, guardarme algunos secretos era lo más inteligente. —Pero al llegar he descubierto que no quedaba rastro de él... Nadie sabe qué ha podido pasarle y, quienes trabajaban con él han intentado chantajearme para que me convirtiese en uno de los lacayos de su causa.

—Te habrás negado, por supuesto. —se adelantó Laia con gran indignación.

—En efecto. Han sido muy descorteses, por un momento pensé que no me dejarían salir.

—Has tenido suerte.

—Y por eso estoy aquí, recordé tus palabras y, después de comprobar yo mismo lo que está sucediendo, quiero ayudar. —Escuchaba mis palabras, pero no podía reconocer esa desfachatez para mentir que salía de mi boca con tanta facilidad. Por un segundo me pregunté, ¿Si sobrevivíamos al apocalipsis, lo haría también mi antiguo yo?

—¿Y éste quién es? —un hombre de no más de treinta años, cuerpo atlético y cabello largo ondulado se acercó por mi espalda escudriñándome con desagrado. Sus ojos azules eran fríos y mostraban una enorme desconfianza.

—Alex, se llama Markus, nos hemos conocido por casualidad en el exterior, cuando los hombres de HyunsPharma intentaban acabar con él. Es un aliado. —me presentó con amabilidad, guiñándome sutilmente un ojo para que le siguiera el juego, dándome a entender que, el tal Alex, era un hueso duro de roer.

—Mucho gusto, me alegra poder unirme a vosotros en busca de un fin común. —me atreví a decir alargando una mano que nunca recibió respuesta.

—Hay que tener cuidado con los perros que se recogen de la calle, te lo he dicho muchas veces. No quiero más problemas, Laia. —su voz era grave y seca. Me sorprendió que, siendo tan joven y apuesto, pudiera ser tan cortante. Sin duda aquella guerra que nos envolvía no solo me estaba endureciendo a mí.

—Confío en él, tengo buenas sensaciones, fíate de mí por una vez... —rogó ella acariciándole el rostro con cariño.

—Me fio de ti demasiadas veces, sabes que no lo haría con nadie más. —sentenció regalándole un beso frugal y marchándose tras una nueva mirada de advertencia hacia mi persona.

—No te preocupes, Alex es un poco complejo al principio, pero tiene buen fondo.

—¿Es tu novio? —la pregunta salió como un resorte, realmente no me detuve a pensarla, normalmente nunca habría sido tan curioso o impertinente, pero Laia me resultaba extrañamente familiar y cercana, como si no tuviera que preocuparme en exceso de lo que decía o hacía delante de ella. Parecía alguien que no juzgaba, alegre, risueña, con determinación y firme capacidad de comprensión. Tenía un toque de magnetismo que no lograba descifrar, quizá algo de misterio. Me arrepentí en seguida de mi pregunta, pero, a fin de cuentas, si íbamos a convertirnos en compañeros, tampoco estaría de más saber con quién me relacionaba.

—¿Acaso importa? Alex es el responsable de nuestra comunidad. Es un buen líder, por ahora es todo cuanto debes saber. No te metas con él. —sonrió bromista. —Ven, voy a presentarte a los demás para que te hagan un hueco donde instalarte. ¿Eso es todo lo que traes? —señaló la pequeña mochila que llevaba a las espaldas.

—Sí, apenas un par de mudas y un cepillo de dientes. —evidentemente no me atreví a decirle que, debajo de eso, llevaba una pequeña nevera con una cepa del virus Z105. Tendría que mantener aquel equipaje bien vigilado.

Como si de un tour turístico se tratase, Laia hizo de guía mostrándome cada recoveco de aquel enorme almacén convertido en un improvisado pueblo donde no faltaba nada de lo indispensable. Las tareas se veían perfectamente divididas y estructuradas. Había quien se responsabilizaba de la seguridad y las armas, quien se encargaba de las tareas de colada y limpieza, quien atendía las necesidades de niños y ancianos, quien repartía la comida y cocinaba. El ambiente era sereno, pacífico y, por lo que pude comprobar, pese a parecerme terriblemente arisco, Alex levantaba pasiones entre los habitantes. Todos le saludaban con gran alegría al verle pasar, intercambiaban algunas palabras e incluso acudían a él en busca de palabras de consuelo y orientación. Aunque su semblante seguía siendo frío, una característica imborrable de su persona, sus gestos denotaban amabilidad e incluso cariño. Sin duda era un líder nato, alguien a quien aferrarse en momentos de desconcierto, alguien a quien seguir cuando no se veía la senda. Sin embargo, no lograba comprender el tándem que él y Laia conformaban, parecían demasiado distintos, una combinación que a la larga no lograría cuajar.

Aparté los enredados pensamientos en cuanto me di cuenta de que parecía una de aquellas vecinas que jugaban a adivinar el futuro de todas las personas que veían pasar, basándose únicamente en su apariencia o vestimenta.

Me centré en lo que tenía entre manos, hacerme un hueco en aquella comunidad, conocer de cerca los planes que tenían y los medios de los que disponían. Quizá con su ayuda lograrse acercar posiciones a la farmacéutica (aunque fuera clandestina e ilegalmente), para lograr avanzar en mis investigaciones e intentar dar con una cura que terminase con la pesadilla. Primero quería ser cauteloso, conocer el entorno, saber en quién podía confiar y después, sobre la marcha, según se desarrollasen los acontecimientos, ir jugando mis cartas. ¿Cuáles eran éstas? Aún no lo tenía del todo claro, pero fueras cuales fueran, sabía que volver a esconderme en casa no era una opción. El mundo moría y todos lo haríamos con él a no ser que intentáramos algo diferente. No, no quería abanderarme como héroe, tal y como algunos me echaban en cara, simplemente, ya no vivía en una realidad donde cupiesen las opciones.

Los días eran altamente rutinarios en el Underground, como Laia denominaba a su comunidad. Era un término algo oscuro y cariñoso a la vez, la muestra de que funcionaban al margen, bajo una realidad completamente diferente, con unas esperanzas e ilusiones desconocidas que quizá jamás llegaran a cumplirse, escondidos de todo lo que acechaba ahí fuera.

Todos se levantaban temprano, antes siquiera de que saliera el sol. Me sorprendió comprobar lo entregados que estaban al trabajo. Hace tan solo unas pocas semanas nadie se hubiera esmerado tanto en sus labores de oficina, el miedo a la muerte saca caras inimaginables de las personas. Gracias a algunos de sus miembros, la comunidad disponía de una pequeña granja que se cuidaba con meticuloso cariño, a fin de cuentas, solo tenían cinco gallinas, dos ovejas y cuatro cerdos para nuestro consumo.

—Aumentar el número de animales es nuestra prioridad para poder subsistir, estamos intentando que críen. —sonrió Laia mientras me presentaba a los susodichos, todos con nombre propio, por supuesto. Fue realmente divertido escucharla diferenciar, como si fuera la mar de obvio, a las distintas gallinas. Mery era de un color más pardo, Viola tenía las plumas más brillantes y así sucesivamente. Yo escuchaba con atención, aunque la ganadería nunca fue objeto de mi devoción, quería mostrarme tan implicado como ella.

—Por supuesto, cuanto más ganado más posibilidades de obtener alimento. —asentí por decir algo.

—¡Oh! —gritó entusiasmada. —Todo esto me recuerda que en un par de días vamos a hacer una excursión. —Laia me tenía desconcertado, por momentos parecía la mujer más madura y comprometida del planeta, mientras que, a ratos, su mirada era el puro reflejo de una dulce e inocente niña.

—¿Excursión? —pregunté contrariado. —¿Con los militares y los andantes plagando los alrededores?

—No risk, no glory, ¿Te suena? —bromeó sonriente. —¿Cómo quieres que subsistamos si no nos aventuramos a luchar por los recursos? La idea es dirigirnos a las afueras de la ciudad, algunos compañeros le tienen echado el ojo a una gran parcela de tierra fértil que sería excelente para plantar algunas frutas y verduras. Se trata de una vieja casa colonial ya abandonada.

—¿Queréis apropiaros de ella y convertirla en tierra de cultivo?

—Exacto. ¿Tienes algún conocimiento del tema?

—Ni el más mínimo. —respondí con sinceridad.

—¡Estupendo! Seguro que sabes cavar y usar la pala, tanto para la tierra como para los infectados. —me guiñó un ojo y echó a andar. La seguí de cerca asustado, debo reconocer que el plan no me gustaba, además estaba muy alejado de mis intenciones de disponer de tiempo para investigar una posible cura.

—¿No es un poco arriesgado que vaya yo? Ni siquiera sé bien cómo enfrentarme a esos seres... Creía que disponíais de un grupo formado en técnicas de lucha para este tipo de cosas... —En seguida me di cuenta de que mi voz sonaba como la de una colegiala en plena edad del pavo.

—Es una oportunidad excelente para que te involucres y aprendas con nosotros. No temas, yo también iré, incluso puede ser que Alex nos acompañe.

—Ya... —susurré sin saber si eso me reconfortaba o me asustaba aún más.

—Por supuesto no faltará el gran Jetta. —dijo estirando su mano en dirección a un corpulento hombre de espaldas anchas, piel oscura, pelo ensortijado y mirada negra y recia como el azabache. Tuve que elevar ligeramente la cabeza para mirarle.

—Hola. —saludé algo cohibido.

—Suele pasar que Jetta impone, es un viejo militar de las fuerzas del Congo, pero por dentro es un tío muy sensible. —explicó Laia golpeando el pecho de su compañero.

—También tengo mi corazoncito. —añadió con voz profunda mientras que, con una amplia y blanca sonrisa, estrechaba mi mano. —Encantado, ya me han puesto al corriente de tu llegada, bienvenido.

—Gracias. —miré de reojo las dos pistolas y el largo cuchillo que llevaba atado a su cinturón.

—Jetta, encárgate de explicarle a Markus lo básico sobre defensa contra los andantes. Tampoco te olvides de enseñarle a disparar.

—¿Disparar? ¿No es mejor cortarles la cabeza? —aunque ya había empuñado un arma, no me agradaba la idea, seguían pareciéndome peligrosas, demasiado letales, además, había

comprobado que, contra los infectados, poco hacían.

—Son para los militares del presidente. —aclaró Laia muy seria, refiriéndose a mi viejo conocido, el señor Hyun.

—Por supuesto. —carraspeé tratando de disimular mi nerviosismo.

—Estupendo, novato. —dijo Jetta sacando su pistola y queriendo animarme con un manotazo sobre mi hombro. —Pongámonos manos a la obra, el tiempo es oro.

No pude negarme y, como si el tiempo corriera a la velocidad de la luz, llegó la madrugada en la que partíamos hacia aquellas tierras que pretendíamos colonizar. Era como haber retrocedido en el tiempo, valorando las gentes, las necesidades y las oportunidades como si viviéramos en pleno siglo XV.

En el lapso de aquellos dos breves días, pude conocer a muchos otros rebeldes cuyos ideales y motivaciones no distaban demasiado de los míos. Robin era una mujer madura que había abandonado un trabajo esclavo por cuidar a sus hijos y su marido enfermo. El banco estaba a punto de quitarle la casa cuando el apocalipsis estalló. Curiosamente la tragedia le dio una nueva oportunidad. Ahora vivía al día, la preocupación no había menguado, pero el dinero ya no tenía valor. Poderoso y odioso dinero, ése que tanto condiciona y ata. Todos los miembros de la comunidad pertenecían a estratos de clase media o baja, gente trabajadora que siempre soñaba con un mundo mejor, donde los principios y el esfuerzo fueran recompensados justamente.

Paul era un jubilado que había dedicado su vida a Wall Street y, aunque había ganado muchos miles de dólares, había perdido con la misma rapidez el amor y la paciencia de su familia. Cuando se dio cuenta del error ya era demasiado tarde. Ahora estaba solo y dedicaba todo cuanto le quedaba a recomponer su conciencia y ayudar a quien lo necesitase.

Eran buena gente, todos parecían tener algo especial, una historia cargada de verdad, amor y dolor. Reflexioné mucho sobre aquello, había permanecido tan aislado en el trabajo los últimos años que se me había olvidado cómo se sentía la vida real, con todas sus emociones buenas y malas.

Mientras preparábamos nuestras mochilas a las cinco de la mañana, haciendo acopio de munición, semillas y víveres, Laia también se abrió a mí. Al parecer, mi carácter pacífico y silencioso invitaba a todos a tomarme como confidente.

—¿Los echas de menos? —me preguntó perdiendo la mirada en el horizonte. —¿A tu familia?

—Muchísimo. —declaré recordando la ausencia de mis padres.

—Tiene que ser bonito echar de menos algo. —sonrió decaída. —Parece que soy de las pocas aquí que no tenía nada a lo que aferrarse.

—Todos tenemos algo que nos mantiene esperanzados, algo por lo que luchar. —comenté con inocencia, no queriendo indagar con descaro, dejando que ella misma relatase cuanto quisiese.

—No, yo no. Crecí en casas de acogida. Aunque he tratado de encontrar a mi familia biológica, todas mis investigaciones han acabado en nada. No sé de dónde vengo realmente. He vagado de un lado para otro, saltando de trabajo basura en trabajo basura, apartamentos de mala muerte y pésimas compañías. Puede que esto sea solo más de lo mismo. —dijo encogiéndose de hombros, comparando su antigua vida con la amenaza letal a la que nos enfrentábamos diariamente.

—¿Y qué tipo de compañía es Alex? —las palabras surgieron sin pensar, hilando su narración y cuestionándome sus decisiones cual amigo protector que quiere entender cada hecho y motivación. Si su vida había sido tan dura, era comprensible que buscara atarse a algo que reportara seguridad, sin plantearse si era bueno o malo. Yo no era psicólogo, pero a lo largo de

los años había aprendido mucho del comportamiento humano gracias a las anécdotas de mi hermana siendo maestra y de mi madre siendo doctora.

—A Alex lo conocí en mi último trabajo. Además, me salvó la vida justo cuando creí que un infectado acabaría conmigo de forma horrible. Siempre ha velado por mí, le debo mucho. —explicó cabizbaja.

—Deber no es amar. —sentenció con media sonrisa burlona. Cogiendo esa confianza que Laia parecía darme.

—Menos mal que Alex no viene con nosotros en esta ocasión... No seas tan malo... —murmuró restándole importancia. —¿Y tú qué, listillo? —quiso saber esquivando el tema, aunque sus ojos mostraban un brillo divertido.

—Debo reconocer que he sido un afortunado. Una familia llena de amor, una vida apacible, un trabajo estable, nada que destacar...

—Tendrás unos padres orgullosos, tienes pinta de ser un empollón de los buenos. —se burló con media carcajada.

—Lo estaban. —dije recordando aquellos tiempos donde sacar la mejor nota de la clase era lo más complejo que podía preocuparme.

—Vaya... Lo lamento. —se corrigió entristecida.

—No te preocupes, la vida es así. Pero sí, debo reconocer que he sido una persona bastante disciplinada y recta.

—¿Ya no lo eres?

—Estoy intentando corregirme. —sonreí complacido de mis propias palabras, sorprendido de mi nueva versión, una más desenfadada que, para mi alivio, resultaba altamente sencilla y placentera. Laia me devolvió el gesto a la par que ceñía la mochila a sus hombros.

—¿Preparado? —se interesó antes de hacer el gesto afirmativo a Jetta, ése que daba el pistoletazo de salida a nuestra expedición.

—No, pero supongo que da igual. —reconocí resignado. Ya no podía ceñirme a normas, usos, rutinas o moralidades, debía adaptarme y renovarme si quería sobrevivir, si quería hacerle frente a aquel endemoniado virus.

Laia y yo intercambiamos una mirada cargada de complicidad que me provocó un temblor en el pecho, hacía tiempo que no sentía a nadie tan cercano como a ella. Era como si nos conociéramos de otra vida, no podía explicarlo, simplemente había ese “algo”, ese “no sé qué”, que provoca una gran conexión.

—Bien dicho, da exactamente igual. No temas, novato, yo te guardaré las espaldas. —su melena trajo hasta mí su dulce perfume cuando dio media vuelta y se encaminó con paso decidido hasta el retén que aguardaba en el portón de salida.

Por primera vez en toda mi existencia, me lanzaba al vacío, a la aventura y el riesgo, al punto de no retorno.

Capítulo 15

Un grupo de valientes formado por un ex militar africano, una joven sin identidad, una madre de familia numerosa, un jubilado, un par de universitarios, un hombre aficionado a la botánica y la agricultura y, un servidor, científico solitario, corrimos las puertas de nuestro refugio y salimos a los peligros del exterior. Dos viejas furgonetas nos esperaban en el exterior. Para mi sorpresa, ambas arrancaban y tenían el depósito lleno.

—No pongas esa cara, mi padre era mecánico, de los de la vieja escuela. Puedo hacer que ande cualquier cacharro. —me explicó Paul al percatarse de mi mueca.

—Me alegra saber que voy rodeado de gente útil.

—¿Eso te convierte a ti en un inútil? —preguntó Archie, uno de los jóvenes estudiantes de ingeniería.

—Más o menos... —reconocí subiéndome al vehículo cuando Jetta, tras un vistazo de reconocimiento, nos indicó que partiéramos a toda prisa.

—Aún no me has dicho a qué te dedicabas. —se interesó Laia una vez nos pusimos en marcha. Ella conducía mientras yo iba de copiloto. Paul y Jetta ocupaban los asientos traseros.

—Me dedicaba a la medicina, pruebas de laboratorio. —otra mentira a medias. Si hubiera revelado mi profesión, las preguntas no habrían tardado en llegar, dando pie a sospechas que podrían haberme dejado expuesto.

—Suena bastante aburrido. —añade con una mueca de desagrado.

—A ti todo te parece aburrido, Laia... —se chanza Jetta mirándola de reojo.

—Soy una soñadora, qué le vamos a hacer. —se encoge de hombros. Su sonrisa infantil me contagia parte de su entusiasmo, es innegable que Laia desprende luz.

El alba nos fue sorprendiendo en poco tiempo, descubriéndonos, como en mi viaje anterior, un paisaje desolador. Nueva York no había sido nunca tan solitaria y decadente, mientras dejábamos atrás aquella ciudad ruinoso que un día fue resplandeciente, pensé en cuál sería la situación en las zonas más rurales. Si apenas había habido salvación en un lugar como aquel, plagado de medios, recursos y fuerzas especiales, ¿Cómo podían existir supervivientes en pueblos lejanos y pequeños?

La respuesta no tardaría en llegar, conforme la tierra y los árboles comenzaron a inundar el recorrido el silencio era terriblemente abrumador. Bajé la ventanilla, no se oía nada. Apenas corría el aire, no circulaba ningún otro coche, no se escuchaban los pájaros ni indicio alguno de vida en los alrededores.

—Es desolador... —Paul pronunció las palabras que, probablemente, todos estábamos pensando.

—Mirad ahí. —Jetta señaló una caravana apartada en el arcén.

—¿Tendrá gasolina? —Laia miró a través del retrovisor a su compañero que, en silencio, le contestó de forma que ella supiera lo que tenía que hacer. Comenzamos a aminorar la marcha.

—¿Vamos a parar? —pregunté ligeramente asustado. —Estamos en medio de la nada.

—No podemos permitirnos perder oportunidades. Esa caravana es grande, quizá quede algo de combustible que podamos aprovechar, recambios, ropa, víveres... —Jetta permanecía con el semblante serio mientras observaba desde la ventanilla el exterior, queriendo comprobar si había peligros acechando.

No añadí nada más, no quería parecer inseguro o cobarde, aunque en el fondo era innegable

mi miedo. Veía a Laia tan valiente y segura que sentía una mezcla de admiración por ella y vergüenza por mí mismo que me atolondraba.

—Tened vuestras armas a mano. —indicó Jetta bajando del coche.

La caravana parecía haber sido sacudida por un huracán, las ruedas estaban pinchadas y los laterales aparecían descoloridos con profundas abolladuras. La puerta del conductor estaba ligeramente entreabierta. Laia tomó la delantera y, empuñando con fuerza su machete, con la espalda pegada al metal de la caravana, se acercó con sigilo agudizando el oído. Las manos me temblaban, pero, curiosamente, la templanza de Laia me contagié calma. Se asomó con determinación y se relajó al comprobar que no había nadie en su interior. Con un gesto de la cabeza, tras asomarse y comprobar los indicadores, animó a Jetta a sacar los bidones y absorber la gasolina que aún quedaba en el depósito.

En ese instante llegaron el resto de compañeros que, viendo que teníamos la situación controlada, aguardaron a pocos metros sin salir de la furgoneta.

—¿Crees que podrías sacar los asientos? Nos vendrían bien como sofás.

—Por supuesto, estas manos consiguen lo que tú quieras, querida. —sonrió Paul sacando su pequeña caja de herramientas y poniéndose manos a la obra.

—¿Qué ocurre? Te veo serio. —me preguntó Laia acercándose cariñosamente.

—No estoy acostumbrado a esto. Aun intento procesar toda la situación. Nunca había sido un forajido, un ladrón... No sé ni cómo calificarlo, es como vivir en la selva. —pasé los dedos por mis sienes, la realidad me sobrepasaba.

—Los inicios son duros, pero con el tiempo, el instinto de supervivencia será más fuerte que tus pensamientos o culpas y crearás que ésta ha sido tu vida de siempre. —posó su mano en mi mejilla y me miró con dulzura. Un escalofrío recorrió mi columna. —Ahora ya no estás solo.

—Esto es pan comido, vamos a tener dos asientos nuevos para nuestros chicos. Tienen pinta de ser la mar de cómodos... —comentaba Paul mientras giraba los últimos tornillos.

—¿Qué es eso? —preguntó Jetta aferrándose a su arma.

—¿El qué?

—¿No lo oléis?

—Bueno, no es que sean sillas precisamente nuevas, pero tampoco huelen tan mal... —se justificó el hombre a la par que pasaba la mano sobre el cuero roído. —Con un poco de agua y jabón haremos que queden lustrosas...

—¡Paul! —exclamó Laia con gesto de terror.

Pero el grito llegaba demasiado tarde. De pronto, de la parte trasera de la caravana, se lanzó un infectado entre gemidos y gritos que helaban la sangre. Con sus manos putrefactas y plumizas se enganchó a la cabeza de Paul, quien luchaba desesperadamente por zafarse de él y salir del vehículo. Jetta corrió de inmediato a la puerta opuesta con la intención de atacar al ser moribundo y herirle antes de acabar con él.

Un grito desgarrador salió de los labios de nuestro compañero, un profuso hilo de sangre comenzó a manar de su frente. Laia gritaba su nombre desesperada mientras tiraba de él intentando sacarle de ahí, pero los esfuerzos eran inútiles. Yo me quedé petrificado y solo pude salir de mi ensimismamiento cuando Robin y los estudiantes Adrian y Archie chocaron conmigo al acercarse corriendo a la caravana.

—¡Paul, aguanta! —gritaban yendo tras Jetta para ayudarle.

El andante lanzaba mordiscos por doquier, se movía con suma agitación y emitía un insoportable olor pútrido. Tras el sonido afilado de un cuchillo cortando la carne, el rostro de Paul se dibujó de rojo y los gritos cesaron. Laia le ayudó a sentarse en el suelo mientras tapaba

con la mano la profunda herida que dibujaba la frente de su compañero.

Las palabras sobaban. De pronto el silencio parecía mucho peor que el ruido de muerte que había precedido. Todos sabíamos lo que aquello significaba, incluido Paul que, con la mirada perdida, respiraba relajado con media sonrisa de resignación.

—He tenido una vida suficientemente larga, supongo... —bromeó ante las lágrimas de Laia.

—Paul... Lo siento... Ha sido culpa mía, tendría que haber verificado mejor el interior. —se lamentó entre sollozos que hacían casi incomprensibles sus palabras.

—No te preocupes mi niña, todos sabemos que cada día puede ser el último, no es culpa de nadie... —la tranquilizó en tono paternal.

—Tal vez podamos arreglarlo, tal vez podamos hacer algo... —susurró más como un ruego desesperado que como un razonamiento lógico.

—Laia... —Robin se agachó y puso sus brazos sobre ella para consolarla y obligarla a apartarse.

—No, no podemos dejarle...

—Laia, mírame. —le dijo Paul con gran seriedad, suspirando cada vez con más dificultad. —No tengo miedo. Debes irte, el virus me cambiará en cualquier momento, no quiero que eso llegue a pasar.

—No, no... Ha sido culpa mía. —Laia no encontraba alivio y se negaba a separarse de él.

—Jetta, llévatela. —indicó Paul con mirada fría, con el gesto de alguien que sabe que toma su última decisión. —No puedo estar más agradecido de haberos encontrado, pero ahora, debéis dejarme...

Jetta, sin más miramientos ni delicadezas, tomó a Laia por las axilas y la obligó con rudeza a levantarse, cediéndole su custodia a Adrian y Archie, los dos muchachos la agarraron de los brazos y la arrastraron hasta el interior del coche entre lamentaciones.

—Jetta... —suspiró Paul mientras la sangre seguía brotando de su frente, cada vez más espesa y blanquecina, el virus comenzaba a hacer efecto. —Voy a necesitar quedarme con una de tus pistolas.

Dudó unos instantes, pareció rezar entre murmullos alguna oración en su idioma y, arrodillándose junto a Paul, ciñó los dedos del moribundo en torno al mango del revólver.

—Solo una bala. —le dijo sacando las restantes y guardándolas en su bolsillo. —Que allá donde vayas, hermano, halles paz. Eres un buen hombre.

—Tú también, Jetta. Cuida de todos ¿Eh? —bromeó en una vaga sonrisa.

No pude articular palabra. Le dirigí una mirada cómplice de tácita despedida y volví a la furgoneta. Esta vez, Robin se había puesto al volante y Laia permanecía empapada en lágrimas y encogida en sí misma en el asiento trasero. Me subí a su lado e, instintivamente, le di un abrazo al que se agarró como si fuera el fin del mundo.

Robin puso en marcha el motor y, entre una gran polvareda, fuimos dejando atrás aquel trágico tramo de la carretera.

—Tranquila, Laia, tranquila. —le decía con voz pausada mientras acariciaba su pelo.

—No termino de acostumbrarme a esto, a perder gente. Lo hago lo mejor que puedo, pero... Siempre hay peligros, siempre cae alguien...

—El mundo ya no es como lo conocíamos y no podemos dejar que estas emociones nocivas nos destruyan, sino será imposible seguir adelante. Todos sabemos a lo que nos enfrentamos, debemos ser fuertes... —No estaba seguro de si mis palabras buscaban calmarla a ella o a mí.

—No quiero ser una llorona. —me dijo secándose las lágrimas, avergonzada de mostrar su fragilidad ante mí.

—¿Estás loca? ¿Llorona? ¿Tú? Te he visto desde el primer instante como una mujer fuerte, valiente y luchadora. Me haces sentir un don nadie acobardado. —confesé con una sonrisa divertida a la que ella respondió alegre.

—Gracias... Al menos lo estás intentando, nunca nadie me ha dedicado tanto tiempo. —reconoció con voz triste.

—Pues te recuerdo tus propias palabras, no estás sola, todo irá bien.

En la lejanía, entre el silencio de la conducción, pude escuchar el helador silbido de un disparo que reverberó entre las montañas que nos abrían paso hacia nuevos peligros.

Capítulo 16

Tras un recorrido de 40 kilómetros que se me antojaron eternos, pudimos estacionar sin más altercados dentro de la finca objeto de nuestra misión. El vallado estaba roto en varios puntos, no parecíamos los primeros en haber invadido la zona. La vegetación de alrededores aparecía quemada y talada, y un par de caravanas abandonadas habían sido saqueadas en las inmediaciones.

El sendero que conducía a la vivienda estaba seco y dibujado con algunas manchas de sangre, un escalofrío recorrió mi cuerpo mientras apretaba con firmeza el hacha que Jetta había tenido a bien regalarme viendo mi incomodidad hacia otras armas.

Efectivamente se trataba de una antigua casa colonial de hermosa estructura que debía llevar varios años abandonada y que, tras la pandemia, muchos habían tratado de ocupar.

—Mi pregunta es... —comencé diciendo como si de una reflexión personal se tratase. —Si esta tierra es tan productiva, la vivienda es grande y resistente... ¿Cómo es que nadie la ha tomado aún? Parece que, al menos, lo hayan intentado.

—Bueno... Puede que no te diera todos los detalles sobre esta zona... —reconoció Laia en un avergonzado susurro.

—Dios santo... No sé si quiero escucharlo.

—Tienes que hacerlo, por tu bien. —se burló Archie pasando a mi lado mientras su compañero Adrian me daba una palmada de consuelo en la espalda.

—Estamos en zona peligrosa ¿Verdad? —quise saber ante un encogimiento de hombros de Laia.

—Hay un pueblo a escasos 4 kilómetros de aquí que tuvo la desgracia de ser de los primeros infectados. No hubo ningún superviviente y el contagio se extendió como la peste. Incluso algunos cuentan que han llegado a ver animales contagiados... Puede que esta zona, aunque rica en recursos, también sea rica en andantes.

—Espera... ¿Animales contagiados? —repetí ignorando el resto de la información, sacando a relucir mi interés científico. Por fin un dato que podría servir en mi investigación. —¿Es eso posible?

—Eso parece, aunque yo aún no he visto ninguno...

—Silencio. —ordenó Jetta parándose en seco delante nuestra.

—¿Eres gafe, Laia? —murmuró Adrian con el ceño fruncido.

—Si no habías visto ninguno antes, ahora ya podrás decir que sí... —Archie, con sumo cuidado, desenvainaba la espada de samurái que llevaba a la espalda. Supuse que sería el típico regalo decorativo que se colgaba en la pared y que, en momento de guerra, había pasado a tener una nueva utilidad.

Y allí estábamos, siete personas inmóviles frente a un voraz corcel de ojos ensangrentados que, resoplando agitadamente, nos observaba con detenimiento desde el lateral de la vivienda, cerca de las derruidas caballerizas. Su cuerpo, de potente musculatura, brillaba con los rayos de sol, resaltando su pelaje color canela. Las venas se le marcaban de forma desmesurada y, el aliento agitado y arrítmico, iba acompañado de desconfiados relinchos y espesos espumarajos.

—¿Alguien sabe cómo matar a ese bicho? —preguntó Robin ligeramente atemorizada. —¿Garret?

—¿Yo? —respondió con voz temblorosa. —Soy biólogo, agricultor como mucho... No tengo ni idea de veterinaria.

—Adrian, muévete despacio y colócate en el flanco derecho. Yo iré al izquierdo. Archie, ¿Sabes usar esa espada? —Jetta, acariciando su escopeta, comenzó a organizar la táctica de ataque. —El resto seréis el cebo.

—Fantástico... —murmuré sin pensar, mezcla de asustado e indignado.

—Corréis como alma que lleva el diablo y, cuando el animal vaya detrás vuestra, Archie y yo le debilitamos a base de balazos. Cuando aminore la marcha, Adrian, será tu turno. Prepárate.

—Esto está chupado. —comentó sonriente antes de retirarse pausadamente hacia una zona rocosa que acabábamos de dejar unos metros atrás.

—A la de tres... —avisó Jetta levantando los dedos de su mano izquierda. —Uno... Dos... —tomé aire y me santigué pese a no ser creyente. —Tres... ¡Ahora! —gritó como si de un pistoletazo de salida se tratase.

Echamos a correr, Laia, Robin, Garret y yo movimos las piernas como, probablemente, jamás lo habíamos hecho. Yo miraba de reojo a mi derecha, verificando que Laia seguía mi ritmo y no se quedaba atrás.

Pude escuchar el relincho enfurecido del caballo cuando, en medio de una polvareda, seguía nuestros pasos. El tiroteo comenzó, rompiendo el aire con sus rápidos y penetrantes fogonazos. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis y hasta diez balas. Algunas se perdieron en el aire, pudimos oír como otras parecían dar en el blanco. El rugir del animal se hacía cada vez más denso y frustrado, comenzó a disminuir su velocidad a consecuencia de una herida en el lomo.

—¡Archie! ¡Ahora! —volvió a indicar Jetta desde su posición.

El universitario, agarrando con vigor su katana, tomó aire antes de salir de su escondite de un salto, dispuesto a interceptar al animal en su carrera moribunda. Desde su lateral, se adelantó rápidamente con la intención de cortarle el paso y, haciendo refulgir su acero en una estocada letal, le asestó un corte profundo en el cuello. De inmediato, el caballo detuvo su trote y cayó, casi decapitado, en un enorme charco de sangre.

—Por poco... —resopló Archie limpiando las salpicaduras de su chaqueta.

—Podías haberme hablado de esto antes. —le reproché a Laia.

—¿Habrías venido? —enarcó las cejas y frunció los labios.

—Listilla... —fue lo único que acerté a espetar ante su sonrisa divertida. No quería darle la razón, pero efectivamente había que estar muy loco para ir allí a sabiendas de lo que esperaba. —¿Alguien puede contarme el verdadero plan?

—El plan es el mismo. crear aquí una asentación con la idea de cultivar la tierra y, si fuera posible, incluso criar animales al aire libre.

—Animales no infectados. —matizó Adrian observando el cadáver equino.

—¿Y cómo pensáis hacer eso si este Estado está repleto de contaminación?

—Bueno, es un riesgo que se debe correr. No hay terrenos semejantes tan cerca y tenemos que buscar la forma de subsistir y abastecernos. —se defendió Laia.

—Hay mucho trabajo que hacer, pero se puede conseguir. Lo primero es reparar el vallado y, por supuesto, fortalecerlo con tablones y muros más elevados, quizá incluso algunas zanjas embarradas para evitar el paso de andantes. —Garry, contemplando con minuciosidad el campo, enumeraba las tareas a acometer. —Después, haremos que la casa sea útil, repararemos puertas y ventanas y veremos si podemos hacer algo con su sistema de tuberías y electricidad. Sería fantástico funcionar con energía solar. Después prepararemos la tierra y plantaremos las pocas semillas que tenemos, algunos árboles frutales y unas pocas matas de verduras de rápido crecimiento.

—No olvides reparar las caballerizas, podría servir de granja. —puntualizó Robin.

—¿Vamos a hacer todo eso nosotros solos? —pregunté incrédulo, no es que me diera pereza el trabajo, pero aquello parecía misión imposible para nuestro reducido grupo.

—No, la caballería vendrá en cuanto comprobemos que todo está despejado.

—Somos una avanzadilla, los pringados que van delante para comerse la porquería... —farfullé molesto, adivinando el motivo por el cual Álex, el vanagloriado cabecilla, había preferido no venir.

—Es un trabajo en equipo, pensado para el bien general, no seas infantil. —Laia me regañó como si acabara de leer mis pensamientos.

—Me gustaría examinarlo. —dije frente al caballo, cambiando radicalmente de tercio para no rizar más el rizo. —Puede que encontremos algo interesante.

—¿Cómo qué? —el escepticismo era palpable en la voz de Adrian.

—Markus era médico de laboratorio. —explicó en resumen Laia. —Puede que sepa hacer algo. —Garry, quédate con él mientras nosotros vamos a la casa.

Me habría gustado objetar algo, la sola idea de quedarme en medio de ese campo infernal me aterrorizaba, pese a la compañía de Garry, no me sentía excesivamente seguro. Además, también temía lo que pudieran encontrarse dentro de aquella vivienda abandonada, ¿Y si le pasaba algo a Laia? De pronto aquella posibilidad me heló la sangre. Tragué saliva, tenía que tranquilizarme, cuanto antes empezara, antes terminaría, así que me puse manos a la obra.

Rescaté del coche mi mochila y, con discreción, para que Garry no viera todo lo que había en su interior, extraje un par de tubos de ensayo, jeringuillas y líquidos de análisis.

Me arrodillé junto al animal que ya comenzaba a destilar un olor nauseabundo. Una vez la infección dominaba la sangre del ser original, el paciente cero moría, era solo un reflejo de lo que era, un fantasma, un cuerpo poseído que, una vez inutilizado, dejaba un cadáver que llevaba tiempo pudriéndose. Era un tanto escabroso, pero era la realidad, la única conclusión lógica que podía extraer después de observar cómo morían aquellos seres.

Con cuidado, tomé muestras de sangre y de tejido. Hice varias fotografías con mi móvil y analicé con detenimiento las marcas de mordiscos que plagaban sus patas. Me propuse, en algún momento de calma, si es que tenía la suerte de disfrutar de tal cosa, ponerme a analizar toda aquella información y ponerla en contraste con la que ya tenía. No era mucho, pero por algo se empezaba.

—¿Qué pretendes hacer? —quiso saber Garry quien, de pie junto a mí, se movía pistola en mano atisbando la cercanía de algún enemigo.

—No lo tengo claro. —reconocí abiertamente. —Una vez lleguemos al campamento me gustaría aislar las muestras y ver si el virus evoluciona de manera diferente en animales y en personas.

—Ya... —afirmó como quien da la razón sin prestar la más mínima atención.

—También es interesante saber qué lleva a los andantes a atacar a los animales, comprender su funcionamiento y el porqué de sus ataques...

—Ya... Markus... —susurró Garry posando su mano en mi hombro. —Creo que ya has hecho bastante aquí.

—Un poco más... —rogué estudiando con mis gafas cada parte del cuerpo del caballo.

—No hay tiempo. —dijo de forma imperativa, obligándome a levantar la mirada y comprobar cómo un puñado de infectados se acercaban, lento, pero decididamente, hacia nosotros. —Vayamos a la casa. Es hora de avisar a los demás y que vengan refuerzos.

—¿Tú crees? —pregunté retórica e irónicamente, dejando claro que la idea de haber ido hasta allí sin todo el equipamiento posible me parecía lo más temerario del mundo.

Corrimos hacia la entrada principal y, por el camino, entre los gemidos ansiosos de las andantes que nos perseguían y el jadeo cansado de nuestros pasos, varios tiros y gritos salían del interior del lugar al que nos dirigíamos. Mi primer pensamiento fue para Laia. Aceleré el paso, un gesto tonto e incontrolado, como si acaso ella no supiera defenderse sola, o al menos mucho mejor de lo que lo haría yo.

Al entrar, Garry y yo cerramos la puerta colocando como cerrojo un viejo aparador que había en el pasillo principal. Adrian apareció al escucharnos apuntándonos con su arma.

—¡Somos nosotros! —estalló Garry impulsivamente mientras levantaba los brazos.

—Por poco os pego un tiro. —bromeó Adrian con una gran sonrisa.

—Se acerca un grupo de infectados. —le dije invitándole a asomarse por la ventana.

—No creo que sean muchos más de los que acabamos de matar aquí dentro. Era como un puñetero hormiguero.

—¿Estáis todos bien? —pregunté mirando en derredor en busca de Laia.

—¡He matado al más grande! —saltó ella apareciendo desde la cocina con la ropa teñida de rojo. —Ha estado cerca, pero nos hemos librado.

—Archie y Jetta están sacando los cuerpos por el jardín trasero. ¡Robin! —llamó a su compañera. —Hay unos cuantos andantes más para aniquilar. ¿Venís? —nos preguntó preparando su arma para recibir a los infectados que se aproximaban a la casa.

—Sí, claro... —rumié con escaso entusiasmo. ¿Cómo iba a negarme y quedar de cobarde delante de todos?

Por fortuna, en ese instante, el rugido de varios motores asomó por el campo trayendo a la caballería pesada. Respiré aliviado al ver a los jóvenes del campamento, los que estaban siendo formados como soldados, apearse de las furgonetas y atajar a los contaminados que seguían su lento pero incesante paso hacia nosotros.

—Parece que ya no hace falta salir. —comenté visiblemente alegre.

—¡Qué bien que haya venido Álex! —se emocionó Adrian saliendo a toda prisa.

—Sí, qué bien. —musité contrariado.

—No te preocupes, Markus, no le diré a nadie que estás muerto de miedo. —susurró Laia bromista, guiñándome un ojo.

—Todo un detalle, gracias... —suspiré algo incómodo. —¿Está todo despejado?

—Completamente. Ya sé lo que estás pensando. En el piso de arriba hay un gran comedor con una enorme cocina repleta de utensilios. Hay mucho espacio, creo que te servirá para trabajar. Le diré a los demás que no te molesten mientras nos asentamos.

—Sí, creo que darle prioridad a la ciencia podría ser de ayuda... —afirmé encaminándome a las escaleras, agradecido por disponer de un poco de tiempo para mí mismo, sin peligros, sin terceras personas, sin sobresaltos.

Sin perder tiempo, todos nos metimos de lleno en nuestros quehaceres. La comunidad tardó poco en establecerse, ubicando un nuevo centro de mando en la planta baja. Los soldados más jóvenes y fuertes se afanaron en reparar el vallado y hacer turnos de vigilancia. Los más veteranos, junto con Garry, se apresuraron en inspeccionar la tierra y decidir cuáles serían las mejores técnicas y medidas para comenzar los cultivos. Nadie descansaba. Otro pequeño pelotón, liderado, cómo no, por Álex, custodiaba la parcela alejando a los andantes que, de tanto en tanto, se acercaban alertados por el ruido y el olor de la sangre viva.

Mis medios eran rudimentarios y escasos, pero hice cuanto pude por extraer información

básica de mis muestras, aunque a posteriori tuviera que hacer conjeturas. Pese a lo mucho que lo odié durante la universidad, ahora me alegraba de las lecciones a la vieja usanza del Doctor Larry, quien estaba empeñado en convertirnos en científicos capaces de experimentar y pensar al más puro estilo MacGiver.

Respiré profundamente, me temblaban las manos. Puse mis ojos sobre el pequeño telescopio portátil y fui anotando el comportamiento de las células extraídas del caballo contaminado.

—¿Qué avances tiene, doctor? —preguntó Laia irrumpiendo en mi creciente frustración.

—Nada. —respondí de mala gana.

—¿Qué ocurre?

—Exactamente lo mismo. No hay diferencias entre las muestras humanas y la animal. El virus se comporta de la misma forma y convierte cualquier célula, del tipo que sea, en un ente infectado de las mismas características, imponiéndose a la raza o cualquier enfermedad previa que pudiera existir. Es un auténtico parásito que convierte cualquier ser vivo en un monstruo, el mismo monstruo. No he podido sacar ninguna conclusión fructífera que me ayude a entender nada... Al menos nada nuevo. —me lamenté enterrando la cabeza entre mis manos.

—Te veo muy involucrado. Buscas una cura, ¿Cierto? —la miré ligeramente sorprendido, dudando de si, acaso era tan evidente, o es que ella podía leerme como un libro abierto.

—Es lo que tenemos que hacer ¿No? Es algo que se me suele dar bien. Pensé que podría descubrir algo... Hacer algo.

—Solo los trabajadores de HyunsPharma tienen poder y conocimientos para eso. Nos resignamos hace tiempo. —reconoció con una mueca de desprecio. Agaché la cabeza de inmediato, avergonzado, pensando que, si ella supiera la verdad, me odiaría.

—¿Y ya está? ¿Ésas son las únicas opciones que tenemos?

—El tiempo lo dirá. Sé que Álex tiene en mente, algún día, derrocar el poder de la farmacéutica. Nuestro objetivo no es solo sobrevivir, sino poder terminar con esta tiranía. No sé cómo ni cuándo, pero algún día habremos de levantarnos.

—Será un baño de sangre.

—Como siempre ha sido en las grandes revoluciones de la historia. —la voz de Laia sonaba tan firme que casi asustaba. No dejaba de impresionarme su determinación, la confianza plena en sus principios, aunque supusieran consecuencias nefastas.

—No risk, no glory ¿Eh? —repetí sus propias palabras con media sonrisa. Ambos nos miramos en silencio, podía sentir mi estómago retorcerse, mi pecho acelerarse, ¿Qué tenía Laia que me inquietaba tanto?

—El vallado está listo, toca cambio de guardia. —la voz penetrante de Álex nos sorprendió, sacándonos bruscamente de nuestro ensimismamiento. —¿Interrumpo? —preguntó con mirada desafiante.

—Estaba intentando animar a Markus, no ha conseguido lo que esperaba. —explicó Laia con gesto inocente.

—Qué lástima... A ver si hay más suerte en otra ocasión. —añadió por mera formalidad. —Laia, te esperan fuera. —ordenó haciéndola salir, despidiéndose de mí con un leve gesto de la cabeza.

Álex me atravesó con la mirada, como si quisiera leer a través de mí. Frunció el ceño y observó con cuidado todo mi material científico.

—Puede que Laia confíe en ti, pero a mí me pareces demasiado inocente como para ser verdad.

—No sé a qué te refieres, solo estoy intentando encajar en esta comunidad.

—Pues no hace falta que te esfuerces tanto. Laia no necesita más problemas.

—No sabía que yo lo fuera. —rebatí orgulloso. Su presuntuosidad y afán de poder empezaban a crisparme.

—Ve con cuidado, novato. Te tendré vigilado. —amenazó antes de irse con paso férreo, marcando con sus gruesas botas un sonido rítmico y amedrentador sobre la madera vieja.

Era evidente que ni Álex me gustaba a mí ni yo a él. No me daba buena espina, algo en él me resultaba peligroso, me generaba desconfianza. Tal vez fueran mis incipientes sentimientos hacia Laia, ¿Podría ser tan inmaduro? Quizá solo tuviera que darle algo más de tiempo y aprender a respetar la realidad que ya estaba establecida cuando yo llegué. Laia y yo solo éramos amigos, y Alex, con su soberbia y engreimiento, manejaba los hilos de aquella comunidad que ahora era mi casa.

Las horas y los primeros días pasaron rápido, todos teníamos muchas tareas que hacer, pero dejamos aquella vieja casa colonial como un auténtico hogar, un lugar que, cuando tuviese huerto y animales, sería lo más parecido a la antigua vida que podríamos esperar, el refugio perfecto al apocalipsis.

De reojo, siempre veía cómo Laia trabajaba con sus compañeros, cómo paseaba al lado de Álex y cómo sonreía cuando pasaba tiempo ayudando a los demás.

A ratos nos tocó colaborar juntos restaurando las caballerizas y el granero. Yo no podía evitar bromear, me hacía feliz verla alegre y, entre nosotros, la naturalidad y espontaneidad fluían solas. Era como si no existiera el exterior, la desgracia o el peligro, por unos instantes, con nuestras charlas y esas miradas que lo decían todo, podíamos ser quienes realmente éramos, podíamos fingir que el mundo no se estaba despedazando.

Hablaba de todo con ella, familia, amigos, sueños, miedos, futuro, pasado. Cada día era más difícil ocultarle la verdad, una parte de mí se había olvidado de HyunsPharma, se había creído el personaje. ¿Podría vivir ocultando aquella parte de mí?

No compartí con ella, sin embargo, mis dudas acerca de Álex. En más de una ocasión, a altas horas de la noche, le vi escabullirse de la casa con un puñado de jóvenes con los que se reunía a escondidas frente a unos planos donde hacían marcas y repartían trabajos. No sé si se trataba de algo relacionado con la comunidad, el nuevo terreno ocupado o algún nuevo proyecto, pero me olía a chamusquina tanto secretismo.

Tal vez simplemente tenía que relajarme, dejar de mirar con tantas suspicacias a todo el mundo cuando yo era el primero que tenía mucho que perder. Me propuse olvidarme de todo, buscar la forma de traer a mis hermanos y, quién sabe, pensar en un futuro juntos allí, con un grupo que pudiera protegernos.

Pero todas mis divagaciones sobre el futuro estaban a punto de truncarse en aquella semana que acababa de comenzar y que traería consigo una incisiva cadena de desdichas que, sin saberlo, comenzaron con una simple llamada de teléfono.

—¿Diga? —contesté contrariado, pensando lo difícil que era encontrar buenas comunicaciones tal como estaban las cosas.

—Hola, Markus.

—¿Qué diablos quieres?

—No tengo tiempo para que juegues a hacerte el digno. Solo llamo para advertirte. —la voz de Adam sonaba diferente, avejentada, endurecida. —Los intentos de ese grupo rebelde con el que ahora te mueves por irrumpir en nuestros terrenos empiezan a tocarnos las narices. A la próxima no habrá piedad, vamos a ir contra vosotros y ese cabecilla chulesco que no hace más que mandar niñatos a morir en manos de nuestros militares. Si queréis guerra, tendréis guerra.

—¿Así que ahora eres el tío de las amenazas?

—Esa casa colonial que ocupáis sin vergüenza alguna, era la casa familiar del señor Hyun.
Dime, Markus, ¿Crees en las casualidades?

Capítulo 17

No, no creía en las coincidencias, pero cuando Adam colgó y me dejó en la incertidumbre, lo primero que hice fue buscar justificaciones lógicas a tal hecho. ¿Sería una táctica cuyo objetivo no era tan siniestro como parecía? ¿Sería una trampa que me tendía mi viejo amigo? ¿Se trataría solo de una tonta venganza personal de Álex? ¿Lo sabía Laia?

Lo que más me escamaba de todo era, ¿Por qué Adam contactaba de nuevo conmigo? ¿Por qué me avisaba? Aquel mensaje, algo confuso e incompleto, tampoco tenía gran utilidad, ¿Cuál era el fin de todo y cómo me había visto envuelto de pronto en semejante batalla?

No sabía qué hacer, claramente no podía contárselo a Laia, buscar que desconfiase de su novio era un motivo claro para que comenzase a desconfiar de mí. Opté por guardar silencio, mantener vigilado al grupo, principalmente al líder sabelotodo y, en el momento que tuviera alguna explicación coherente, darla y sacar a la luz los planes secretos que había estado tramando. Claramente, si le preocupaba el bienestar de la comunidad, lo había demostrado muy mal llevando a todos a territorio enemigo, era una auténtica declaración de guerra. ¿Cómo se le podía haber ocurrido? ¿Serían acaso aquellas tierras fértiles o era solo una treta para despistar a los suyos?

El agobio me invadió, me sentía impotente y culpable, como si tener aquella información fuese una bomba de relojería.

Ya me estaba resignando a encontrar una cura, no tenía medios, material ni ayudas, tal vez tenía que seguir la filosofía de Laia, subsistir y buscar vivir en paz. Ya que no podía acabar con la pandemia, al menos buscaría un mundo mejor en el que vivir, donde no nos hiciésemos entre nosotros más daño del ya infligido.

Estaba convencido que se me notaba en la cara, en el gesto, en los silencios asustados, pero mordí mi lengua y fingí normalidad, no quería precipitar el conflicto.

—Te noto un poco serio, ¿Decepcionado por lo de la cura? —se interesó por mí Laia mientras nos calentábamos frente a la chimenea.

—Supongo que estoy decepcionado con todo.

—¿Con todo? Eso es muy tétrico y negativo. —bromeó regalándome su brillante sonrisa.

—Bueno, no con todo. Me alegro de haberte conocido y que podamos estar juntos. —reconocí inocentemente, sin darle un segundo pensamiento, si lo hubiera hecho, probablemente no lo habría dicho.

—Juntos ¿Eh?

—No juntos, juntos, quiero decir, juntos como amigos. No... Bueno... —balbuceé nervioso.

—Tranquilo, te he entendido. Y sí, creo que encontrarte robando ha sido una de las mejores cosas que me han pasado últimamente. —añadió ella para mi sorpresa y entusiasmo. Allí, con el sutil baile de las llamas, el cálido ambiente, la soledad que nos envolvía, habría sido capaz de dar un paso al frente y besarla, olvidando todo lo que me atemorizaba, pero, cuando mi cerebro dudaba entre quedarme quieto o lanzarme, la realidad vino a interrumpirnos.

—¡Andantes! —se escuchó un grito encolerizado bajando por las escaleras. —¡Han roto el vallado!

En seguida echamos a correr, todos los miembros de la comunidad cogieron sus armas y salieron al exterior, dispuestos a frenar la pequeña invasión que se nos echaba encima. Nadie supo cómo, pero de alguna forma los infectados encontraron una parte débil en nuestra improvisada frontera por la que fueron colándose como silenciosas y pequeñas hormigas, hasta que al menos unos cincuenta nos rodeaban.

No hubo tiempo para planes ni estrategias, simplemente quedaba luchar. Con Jetta al frente, como de costumbre, buscamos frenar el avance del enemigo antes que fuera tarde. Pistolas, espadas, bates, todo valía. Con suma determinación y fiereza, todos, daba igual el sexo o la edad, combatían defendiéndose con uñas y dientes. Yo no era muy diestro en ese arte, pero, contagiado por el espíritu de supervivencia, me lancé, hacha en mano y fui capaz de embestir y derrocar un par de andantes. Lejos de sentirme mal por ello, un chute de energía me invadió. Podía hacerlo, podía ayudar y sobrevivir, podía hacer frente al terror y no solo salir corriendo.

Gritos, el acero afilado cortando el aire, empujones, caídas, polvo flotando, gruñidos y sangre, mucha sangre.

Estábamos ganando terreno, podíamos con ellos, la unión, sin duda, hacía la fuerza. Mientras reducíamos a los contagiados otro grupo de jóvenes buscaba la fuga para reparar el vallado y evitar nuevos ataques.

Ya nadie se abalanzaba sobre mí, el ruido de guerra había disminuido, solo unas pocas voces permanecían en la batalla. Entre ellas, una que reconocí al instante y que erizó mi piel.

—¡Laia! —grité contemplando cómo sus fuerzas flaqueaban frente a un andante de gigantescas proporciones, visiblemente más fuerte y pesado que ella.

—Markus... —resopló agotada, tumbada en el suelo, mientras usaba su escopeta como protección, recibiendo el nauseabundo olor del aliento de su oponente.

Corrí hacia ella, ¿Dónde estaban todos? De pronto la ayuda estaba demasiado lejos, ni Jetta, ni Adrian, ni Robin estaba lo suficientemente cerca para auxiliarla.

La confusión era palpable, el miedo, la inseguridad, el recelo de recibir un golpe por la espalda. Era difícil atender a todos los detalles que reinaban en aquella noche de terror.

Corrí, pero parecían separarnos cientos de kilómetros. Laia seguía esforzándose por apartar la dentadura del infectado, pero cada vez estaba más cerca.

No lo dudé, me abalancé desde el lateral contra aquel ser moribundo y rodamos por el suelo enzarzados en un baile de gruñidos y mordiscos. Pude esquivarlos, pero me llevé incontables golpes en la cara. Tirados en el suelo, conseguí sentarme sobre él y apuntar mi arma sobre su frente. Cuestión de segundos. En seguida aparecieron Adrian y Archie para encargarse de él. Volví cojeando al lado de Laia, quien intentaba incorporarse con una mano sujetando su brazo derecho.

—Deja que te ayude, ¿Estás bien?

—Markus... —balbuceó con los ojos empapados en lágrimas, repitiendo mi nombre con anhelo, dulzura, abrazándose a mí con desgarro.

—Laia, Laia, mírame. —le pedí desenterrando su rostro de mi pecho y apartando el pelo de su frente. Quería comprobar que estaba bien.

—Lo siento. —se disculpó terriblemente entristecida antes de mostrarme su brazo cubierto de sangre, su sangre, la que emanaba del mordisco que el infectado acababa de hacerle.

Me quedé sin aire, el golpe de un martillo taladró mi pecho. No sabía qué hacer, no sabía que decir.

—¡Laia! ¡Laia! —la llamaba Álex acercándose a nosotros.

—Ya me encargo yo, ¿Dónde narices estabas? —le espeté con brusquedad mientras tomaba a la desfallecida Laia entre mis brazos.

Yo no era ninguno de esos miembros de la comunidad que vivían encantados bajo su dominio y su yugo. Aún no le había visto luchar, proteger a los suyos. Solo había visto palabrería, fanfarronería, nada tangible. ¿Dónde estaba para salvar a su novia?

Llevé a Laia al interior de la casa, apenas le salía la voz y su respiración era cada vez más entrecortada. Me encerré con ella en el piso de arriba, cerré la puerta y prohibí la entrada a todos

los demás. Estaba enfurecido, dolido. Sabía cómo terminaba aquello, lo había vivido con mi padre, no estaba dispuesto a que alguien viniera y quisiese atajar el problema antes de tiempo. Nadie más que yo había visto la mordedura, nadie más que yo estaría con ella en el proceso. Después, ya decidiría qué hacer.

—Esto acaba mal para mí... —murmuró en sus últimos alientos, aferrándose a mi mano.

—Creo que acabará mal para todos, ¿Has ido a la ciudad últimamente? —bromeé usando su típico sentido del humor.

—El señor empollón sabe hacer chistes.

—He aprendido de la mejor.

—Siento que no hayas podido hacerlo. —dijo mirándome con cariño.

—¿La cura? Olvídalo, eso ya es cosa del pasado...

—No. —sonrió con picardía, incluso cuando su rostro palidecía estaba preciosa. —Que no hayas podido besarme.

—¿Quién es ahora la listilla? —respondí no queriendo darle la razón a bocajarro, de todas formas, no hacía falta, ella podía leer a través de mí. —Laia, por favor, aguanta...

—Ojalá... —su cuerpo empezó a convulsionarse ligeramente. —Ojalá... —su voz se apagaba cada vez más. —Ojalá lo hubieras hecho. —consiguió decir antes de cerrar sus ojos y sumirse en la inconsciencia.

Tiempo, ése cruel y despiadado villano que siempre se queda corto. Tiempo, necesitaba más tiempo.

Recé, rogué, lo que nunca antes había hecho ni siquiera por mis padres. El cuerpo de Laia aún estaba caliente, un mínimo pulso se marcaba en sus venas, pero yo sabía que la vida se apagaba lentamente en su interior. ¿Qué debía hacer? Me negaba a que el engreído de Alex decidiese sobre aquello.

No, saldría por la ventana, cogería una de las furgonetas y huiría. Sabía que Laia no tenía posibilidades, pero le daría el mejor final posible, uno digno, sin prisas, con el amor que se merecía.

Preparé todo en cuestión de segundos, guardé mi material en la mochila, mis pocas pertenencias, me apropié de unas cuantas cajas de munición y verifiqué desde la ventana que la mayoría de la gente estaba en la parte delantera reparando los daños y sacando los cuerpos de los infectados caídos.

Me dispuse a coger a Laia, arrastrarla de medio lado fingiendo un ligero desmayo y aprovechar cualquier descuido para huir. Era un plan cargado de fisuras, pero no tenía tiempo para pensar nada más elaborado.

Me acerqué a ella, puse mi mano bajo su cabeza y busqué su brazo para apoyarlo sobre mí. La solté al instante, mezcla de esperanzado y asustado. De pronto ella respiró agitada, como quien despierta de una pesadilla. Su pecho se infló y sus ojos fueron abriéndose poco a poco, recuperando su tez el color habitual.

—Markus... ¿Qué ha pasado?

—Te han mordido... —respondí entrecortadamente.

—¿Qué? ¿Dónde? ¿Cuándo? —se incorporó hasta sentarse frente a mí. Comenzó a palpar su cuerpo en busca de cicatrices. —¿Dónde, Markus? —reiteró la pregunta.

—En... el brazo... —susurré con un nudo en el estómago señalando aquella marca de la que ya no emanaba ni una gota de sangre. —Tienes buen aspecto. —resoplé confundido, sabiendo que, en cuanto un contaminado ataca, la persona entra en una caída sin retorno que, claramente, en Laia

brillaba por su ausencia. —Te ha mordido un infectado en el brazo derecho. —repetí en voz alta tomando su rostro entre mis manos.

—Markus, me siento fresca como una lechuga. —verificó reconociendo palmo a palmo sus brazos. —¿Seguro que no estás desvariando?

—Puedo jurarte que no. Te ha atacado, y no estás en transición. Es como si hubieras resucitado.

—¿Qué diantres significa eso?

—Que eres inmune.

Capítulo 18

—¿Qué se supone que debemos hacer? —Laia, una vez incorporada, palpaba su cuerpo dudando de su suerte. Supongo que no sabía discernir si, el hecho de haber sobrevivido a una mordedura era un sueño o una pesadilla.

—¿Sinceramente? No tengo ni idea. —reconocí sonriendo de forma nerviosa.

—No es tranquilizador. —se quejó con el miedo surcándole el rostro.

—Laia... —le dije acercándome a ella y tomándola de los hombros. —Lo que acaba de pasar es una bendición. Ahora mismo deberías estar contagiada, muerta, fuera de ti, pero eso no ha pasado. No solo no has muerto, sino que quizá, gracias a eso, podamos encontrar respuestas a esta pandemia.

—¿Una cura?

—Tal vez, no quiero pecar de optimista. Pero claramente tu sangre, tu ADN, tiene algo que vence al virus Z105. Debemos averiguar qué es. ¿Quieres ser mi conejillo de indias?

—¿Es una propuesta indecente?

—¿Te gustaría que lo fuera? —le sonreí con picardía, a lo que ella respondió con una carcajada divertida. —Me has dado un susto de muerte... —le confesé poniéndome serio, con la voz ligeramente temblorosa y el corazón latiendo a mil por hora.

—Lo sé, yo también he tenido miedo, ¿Quién te habría enseñado a ordeñar las cabras? —se burló riéndose desenfadadamente, aunque pude ver cómo una pequeña lágrima escapaba de sus ojos.

—¿Qué habría sido de mí... —murmuré reconociendo mi torpeza.

En ese momento, mutando la sonrisa de Laia en una mueca de compungimiento, se abalanzó sobre mí y me abrazó como si el mundo fuera a acabarse en ese mismo instante. La electricidad inundó mi cuerpo. Ceñí mis brazos en torno a ella y me aferré a su cuerpo, agradeciendo que estuviera conmigo. Se apartó ligeramente, dejando su rostro a pocos centímetros del mío. Me embriagué con su aroma, con su nariz rozando la mía, sintiendo su respiración agitada, la calidez de su piel. El tiempo se detuvo. Solo estábamos nosotros, con las manecillas del reloj en pausa, mirándonos a los ojos como si no nos hubiéramos visto en la vida.

Varios golpes fuertes resonaron contra la puerta.

—¿Laia?! ¿Estás ahí? —Alex la reclamaba entre voces exasperadas.

Entramos momentáneamente en pánico.

—¿Qué hacemos? ¿Se lo decimos?

—¡Ni de broma! —le susurré con premura. No quería narrarle mis desconfianzas sobre Alex, no era el momento, pero prefería tener más tiempo antes de que nadie se enterase de la inmunidad de Laia, quizá no sabrían gestionarla.

—Pero es... él es... —Laia balbuceó algo incómoda.

—¿Tu novio? —pregunté con cierto matiz de rencor en la voz.

—El líder de la comunidad. —me corrigió ofendida.

—Cuanta menos gente lo sepa, más segura estarás. —quise convencerla ignorando aquellos sutiles reproches que, de pronto, nos habían separado kilómetros de distancia después de habernos sentido tan cerca.

—Estamos aquí, ¿Qué pasa? —preguntó Laia con naturalidad cuando abrió la puerta. Alex la miró confundido, observando todo alrededor, escudriñándola de arriba abajo.

—¿Estás bien?

—Sí, ¿Por?

—Ha sido una batalla intensa, al no verte pensé que habría pasado algo...

—No, simplemente me colapsé y, en un forcejeo, Markus tuvo que ayudarme a deshacerme de un andante. Me he hecho un pequeño rasguño en la mano con el cuchillo corto que llevaba, me estaba ayudando a curarlo, ¿Verdad? —buscó mi aprobación.

—Sí, sí... —asentí rápidamente, siguiéndole el juego. —Un poco de Betadine y una venda, nada grave... —Alex nos fulminó a ambos con una mirada de desconfianza. Fijó la vista en el suelo durante unos segundos de silencio que parecieron eternos.

—Os esperamos abajo, hay cosas que hacer para asegurar el terreno. —fue todo cuanto dijo con sequedad antes de dar media vuelta y bajar las escaleras a toda prisa.

—Si mi inmunidad puede ayudar a los demás no sé por qué no podemos decirlo.

—Precisamente porque aún no sabemos si realmente puede ayudar. Hay un virus generalizado, Laia. Sí tu representas la única cura para el planeta, ¿Cuál crees que puede ser tu suerte? —por duras que fueran mis palabras, quise hacerla reflexionar. Su seguridad estaba en juego. —Vivimos en un mundo desesperado, ahora ya no hay amigos ni aliados.

—¿Y por qué debo confiar en ti?

—Supongo que tendrás que hacer un acto de fe ciega. Además, sé que me conoces, sé que sabes que soy la única persona en la que puedes confiar. No te hagas tanto la dura, sé que sabes que habría preferido mil veces ser atacado yo antes de que nada malo te pasase a ti.

—Yo... Yo... No me hago la dura... —respondió algo avergonzada, sin saber muy bien qué más añadir.

—Dame unos días para analizar unas muestras de tu sangre y ver qué se me ocurre. No cuentes nada a nadie. Después ya veremos que hacemos. —cambié de tercio nervioso, evitando el sentimentalismo que tanto nos incomodaba.

—De acuerdo. Iré con Alex antes de que empiece a sospechar y hacer preguntas.

—Sí, ve con él... —el solo hecho de pronunciar el nombre de aquel chico me hacía daño. Una parte de mí sabía que aquella relación era inexistente, que entre Alex y Laia no había sentimiento alguno, eso me daba fuerzas y confianza, pero, por otra parte, la incomodidad y los celos me corroían y debía esforzarme por mantenerlos bajo control.

Laia se fue de la habitación, dejándome solo con mis pensamientos, mis miedos y mis esperanzas, resurgidas como un torbellino ahora que se atisbaba la posibilidad de hallar un remedio. Tomé mi cuaderno y comencé a escribir un decálogo de pasos que debía dar para trabajar. El material y el margen de error era escaso, debía proceder con cautela, ser riguroso y cuidadoso. A partir del día siguiente me encerraría en el laboratorio y no saldría hasta tener respuestas. Tal vez, gracias a Laia, estuviéramos cerca de cerrar las puertas del infierno.

Los siguientes días fueron una sucesión incansable de sustos, tensión y conflictos. Los infectados rodeaban el terreno, queriendo siempre atravesar el vallado. Tenía que haber en todo momento hombres armados vigilando el perímetro. Los primeros conflictos surgieron de puertas para adentro, muchos no estaban satisfechos con la nueva vida.

—Alex, puedo entender por qué hemos venido aquí... Pero está siendo palpable que el peligro es mucho mayor que en Nueva York, quizá deberíamos volver... —comentaba Robin apoyada por unos cuantos miembros insatisfechos de la comunidad.

—Nueva York no tardará en caer. Allí nos enfrentamos no solo a los infectados, sino a los hombres de HyunsPharma. Quieren tomar la ciudad y expulsar, por las buenas o por las malas, a todo aquel que no sea aliado.

—¿Cómo puedes saber eso? —pregunté siendo el foco de todas las miradas, como si mi atrevimiento fuera una osadía imperdonable y arriesgada.

—¿Crees que liderar este grupo es fácil? ¿Crees que podrías hacerlo mejor?

—Yo no he dicho eso, solo quiero mejores explicaciones.

—No me dedico a la vida contemplativa, precisamente. Tengo contactos, indago, investigo, cueste lo que cueste recabo información para saber cómo no errar en el paso siguiente.

—O sea, que tienes algún hombre de confianza dentro de la farmacéutica... —aquellas palabras cayeron como un jarro de agua fría sobre los presentes. Como si mi desafío fuese brutal e inconcebible, una ofensa de proporciones descomunales. Todos miraron a Alex ansiando una negativa por su parte.

—Hago lo que es mejor para todos. Debemos ser pacientes. Sé que todo mejorará. Y ahora, a trabajar, no podemos permitirnos el lujo de perder tiempo... —bramó molesto retirándose sin dar opción a más cuestionamiento.

El ambiente empezaba a caldearse, podía notarlo. Había muchos rebeldes, Robin, Garry y Jetta, entre otros, que no estaban convencidos de aquel nuevo rumbo. Por mi parte, veía a Alex demasiado indescifrable, opaco. No quise pensar que fuera solo cosa de mis sentimientos hacia Laia, pero la actitud de aquel prepotente líder era bastante reprochable. Apenas aparecía cuando las cosas se ponían feas. Se le veía siempre deambular, analizar todo con escandalosa minuciosidad, desaparecer repentinamente sin explicar a dónde iba y hablar demasiado por el teléfono que guardaba con mucho recelo en su riñonera de cuero desgastado.

Tampoco quise envenenarme demasiado con conjeturas, a fin de cuentas, yo también era una especie de espía doble que se encerraba en el laboratorio a trabajar en secreto.

Una vez obtenida una muestra de sangre de Laia, me puse manos a la obra. Con la cepa congelada del virus, comencé a hacer pruebas sobre distintas gotas, inoculando el virus y viendo cómo reaccionaba el ADN de Laia ante el ataque.

Tuve que revisar las muestras una y otra vez, era simplemente fascinante. Las células de Laia se protegían ante el virus con la misma eficacia con la que, en otros seres, éste atacaba. Al principio, una pequeña parte de los componentes malignos parecían introducirse en cada unidad debilitándola ligeramente para, luego, expulsarla como si de un órgano incompatible se tratase y proceder a devorarla, haciéndola desaparecer.

—¿Y bien? —me preguntó Laia llevándose las manos a los bolsillos en gesto de impaciencia.

—Parece que tu sangre coge lo bueno del virus y lo usa en su contra. Eres toda una superheroína...

—Ya, no sé si lo entiendo bien, pero vale.

—El virus entra en tu cuerpo, trata de atacar las células, pero, en lugar de transformarlas y matarlas como hace con el resto, solo logra debilitarse. Tomas la parte más fuerte de ese virus, como si hicieras una autovacuna con él, como si descubrieras sus secretos y puntos débiles una vez que lo has dejado entrar y, después, lo aniquilas. No solo acabas con él, sino que te vuelves más fuerte. —lo expliqué de forma coloquial, queriendo que fuese lo más sencillo de entender posible.

—Autovacuna... Vale, ¿Y podrás crear un antídoto con eso?

—Sé cómo hacerlo, pero nosotros no tenemos los medios.

—Deberías hablar con Álex, quizá él podría conseguirlos. No creo que debamos guardar este secreto mucho más.

—Quiero averiguar un par de cosas más sobre cómo podría crear dicha cura, prometo que después estudiaremos las posibilidades juntos. —ni siquiera yo sabía si la estaba mintiendo o diciendo la verdad, solo sabía que no quería que Alex tuviera poder sobre mi descubrimiento.

Laia me dejó unos días de paz, sin más presiones ni interrogatorios, para trabajar y aclarar mi propuesta e ideas.

Pedí ayuda a los universitarios y a Jetta para encontrar una línea móvil con la que poder llamar, quería saber cómo estaba mi familia. Curiosamente, los ingenieros no solo establecieron una conexión segura para hablar, sino que habían creado un cargador universal que funcionaba con energía cinética.

Cuando marqué el teléfono de casa me temblaba el pulso, temiendo que quizá no me cogiesen la llamada, o que quizá las noticias fueran nefastas. Escuchar la voz de Mia y Daniel me dio paz, energía, alegría. Estaban bien, sanos y salvos. Se esforzaban por ello cada día, pero al parecer nuestro pueblo no estaba tan infestado como los alrededores de Nueva York. Quisieron hacerme volver, realmente estaba tentado a ello. No les dije nada sobre mis descubrimientos, no quería darles falsas esperanzas.

Cuando colgué, sentí cierto vacío.

—Seguro que muy pronto podréis estar todos juntos. —me dijo Robin con ternura.

—Ojalá... —recé entristecido antes de que mi teléfono comenzara a vibrar entre mis manos.

Un número desconocido llamaba insistentemente.

Me aparté del grupo para descolgar y tener intimidad.

—¿Diga? —imaginaba quién podría estar al otro lado de la línea.

—Seguís en nuestras tierras ¿Eh? —preguntó Adam en tono de comadreo.

—¿Nuestras? Creía que eran del señor Hyun.

—Mira, la llamada del otro día fue ruda y descortés. Quiero pedirte disculpas. Hemos sido amigos durante mucho tiempo y, ahora que el mundo se va a la mierda, no quiero que estemos así. Quizá estemos enfocando mal todo esto...

—¿Y cómo deberíamos enfocarlo?

—Buscando puntos en común. Dejar de ser enemigos, trazar alianzas. —parecía seguro, convencido... Pero le conocía demasiado bien. Aquella conversación rítmica y aparentemente fluida con tono cordial era la típica charla de comercial que quiere vender la moto. Desconfíe en seguida.

—¿Propones una tregua? ¿Una unión? ¿La disolución de vuestra dictadura?

—Tampoco vayas tan rápido, Markus. Propongo hablar, ayudar. Tienes un don innato para el trabajo de laboratorio, en los tiempos que corren, con el virus que domina la tierra, alguien como tú tiene un valor incalculable.

—Adam, no entiendo a qué viene tanta simpatía... —su cordialidad comenzaba a crisparme.

—Creo que, llegado el momento, trabajar juntos será lo más idóneo.

—No pienso colaborar en vuestros trabajos inmorales para esparcir el miedo y el horror.

—Bueno, bueno... relaja el tono. —advirtió con ironía. —Puede que estemos replanteándonos nuestros métodos...

—Sé más claro, Adam. —rogué perdiendo la paciencia, empezaba a hartarme de las amenazas y los juegos de superioridad.

—Puede que crear una vacuna no sea tan retorcido, puede que saquemos beneficio de ello, a

un precio justo.

—Pensé que recuperar el mundo de siempre, ése en el que hay igualdad y competitividad era algo que no interesaba al señor Hyun, ahora convertido en amo y señor del universo.

—El mundo que recuperemos jamás será el mismo. Si obtiene beneficios suficientes antes, tendrá más margen que nadie para seguir siendo el líder, el que mueve el cotarro. —la voz de Adam sonaba tan prepotente que me provocaba náuseas.

—¿Y cómo pretendéis obtener una cura? ¿Acaso es viable? —conforme hice la pregunta, mi mente comenzó a echar humo, a buscar respuestas, misterios, sospechas, intereses. Algo hizo clic, pero parecía demasiado retorcido.

—Con tu ayuda seguro que pronto encontraremos la manera. Has estudiado y trabajado muchos años en este campo, sabes que cada virus tiene siempre un punto flaco. Con los recursos adecuados, podrás encontrarlo. Queremos darte eso.

Colgué el teléfono. Me estaba quedando mudo, blanco, sin palabras. Necesitaba pensar, silencio.

No, no creía en las coincidencias y aquello parecía demasiada casualidad. ¿Justo cuando descubro que Laia es inmune, HyunsPharma me reclama en busca de una vacuna? Era tan sospechoso que daba miedo. Pero carecía de sentido, sólo yo y Laia sabíamos lo que había pasado y ella, pese a ser impulsiva, no se pondría en semejante peligro de forma tan absurda.

Algo estaba mal. Quizá solo eran mis paranoias, pero no podía ser que todo girara en torno al señor Hyun de aquella forma, el terreno propiedad de su familia, las repentinas llamadas de Adam, la idea de la vacuna...

Un mal presentimiento me invadió. Me quedaba sin salidas, sin alternativas. Claramente, alguien conocía mi pasado. No podía dejar que Laia se enterase en boca de otros, no podía dejar que alguien la viese como un mero medicamento, como un experimento. Aun corriendo el riesgo de decepcionarla, llegaba la hora de decirle la verdad.

Aquella noche la encontré en la sala común, avivando el fuego y charlando desenfadadamente con algunos compañeros. Había poco tiempo para el descanso, era agradable ver a la gente alejada de las armas, aunque fuera por unos minutos.

—Laia, necesito hablar contigo.

—Dime. —me miró sonriente.

—¿Podría ser en privado?

—Alex está algo molesto conmigo por las confianzas que nos traemos, mejor no llamar más la atención, ¿No crees? Nadie nos escucha, cuéntame. —me animó haciéndome un hueco junto a ella en el sofá.

—Es algo delicado... —dije con tono inseguro, mirando de reojo a Alex, que seguía cada uno de mis movimientos con gran seriedad.

—Creo que entre nosotros la palabra delicadeza ya no existe, hemos superado esa fase... —bromeó con su espléndida alegría habitual.

—Creo que hay alguien más que sabe lo que pasó, que sabe lo de tu... lo de tu... —no sabía cómo dar con las palabras adecuadas que no delatasen tan fácilmente su significado. —Lo de tu capacidad especial. —dije al fin entre susurros.

—¿Se han enterado de que puedo tocar el piano con los pies?

—Laia... hablo en serio. —le atajé. Por mucho que me encantara su humor, me lo estaba poniendo difícil.

—Markus, si alguien lo supiera tampoco creo que fuera tan grave. Ésta es mi familia y, si mi

“capacidad especial”, o como quieras llamarlo, puede ayudar, estoy encantada.

—Creo que las cosas no funcionan así.

—Eres demasiado catastrofista y mal pensado. Además, ¿Por qué narices piensas eso?

—He recibido una llamada sospechosa. —y ahí estaba yo, en la encrucijada, en el momento que sabía cambiaría nuestra relación de forma irremediable. —Laia, yo solo quiero que entiendas que intento protegerte. Y que todo este tiempo he intentado protegernos, protegerme a mí mismo, saber en quién podía confiar. Me conoces, ¿Verdad?

—Markus, empiezas a asustarme. Esto me huele a chamusquina, ¿Qué pasa? —comenzó a alterarse, alejándose ligeramente de mí.

—Hay algo que no te he contado, pero quiero hacerlo ahora porque sospecho que alguien de la comunidad quiere usarte como moneda de cambio. Hay un topo entre nosotros que colabora con HyunsPharma. Y creo que sé quién es.

—¿Quién?

—Álex.

—¿Estás loco?! ¿Es algún rollo de pretendiente celoso o algo así? —espetó visiblemente ofendida.

—¿Qué? Tranquilízate, no es nada de eso. Han pasado cosas extrañas y todo le señala a él.

—Él me ha dado un hogar, una segunda oportunidad. Le debo todo. Tú no sabes cómo de dura ha sido mi vida, él me ha ayudado. No podrías entenderlo...

—Claro que lo entiendo. —quise empatizar. Sabía que la influencia que Alex ejercía sobre ella era fuerte, tal vez una especie de síndrome de Estocolmo, algo que escapaba a mi lógica pero que me esforzaba por comprender.

—¡No! Ahora ya no sé si de verdad me entiendes, o si acaso me conoces...

—¿Qué ocurre? —Alex se acercó al ver desde su posición que nuestra charla comenzaba a acalorarse.

—No pasa nada. —bufó Laia apartando la mirada.

—Lo viste todo ¿Verdad? —le encaré poniéndome en pie. —Viste lo que pasó el otro día. El ataque del andante.

—Eres un tío de lo más peculiar. —murmuró con una sonrisa pedante. —Te advertí sobre él. Está mal de la cabeza y solo quiere colarse bajo tu falda.

—Alex, por favor, no seas grosero. —reclamó ella avergonzada.

—Este terreno es propiedad del presidente de HyunsPharma. Y sé que es algo que sabías. ¿Se lo explicas? —le desafié creyéndome poseedor de la verdad absoluta.

—¿De qué está hablando? —Laia se puso inmediatamente en alerta.

—En este juego pierdes tú. —Alex se acercó a Laia, pasó la mano por su cintura y, aunque ella quiso alejarse, él la asió con fuerza. —Tranquila, estoy de tu lado, pero él no tanto, siento que tengas que pasar por esto, siento tener que decírtelo yo... Pero Markus es un traidor, nos está usando. Dile... Dile cuál es tu trabajo real.

—Hace tiempo que ya no tengo trabajo. —mascullé temiéndome lo inevitable.

—Dejaos de rodeos y decirme de una maldita vez qué pasa. —clamó Laia matándonos con la mirada.

—Tu amiguito Markus era un esbirro de HyunsPharma, trabajaba en los laboratorios. De hecho, de sus manos salió el virus. —Y se me heló la sangre, se detuvo el tiempo en ese instante en el que pude ver el horror en los preciosos ojos de Laia, que me miraba como a un desconocido, como a un enemigo. Salió corriendo sin querer escuchar mis explicaciones, huyendo de mí, partiéndome el corazón.

—Creo que los dos sabemos quién es el malo en esta historia. —le dije a Alex, cargado de rencor.

—Pero lo importante es que ella no lo sepa. —susurró con crueldad.

Fui tras ella, sintiendo la mirada despiadada de Alex, disfrutando de aquella escena con una gran sonrisa y gesto de suficiencia. Mis pensamientos no eran erróneos, había conseguido calar a aquel hombre desde el primer momento. Tras aquella fachada de líder solo había maldad y ambición. Pero era su palabra contra la mía y, la acusación que acababa de verter contra mí era demasiado fuerte como para pasarla por alto.

Encontré a Laia en el piso de arriba, mirando mi laboratorio improvisado con decepción, buscando entre mis cosas, buscando una prueba que demostrase que, de verdad, yo era el enemigo.

—¿Por qué? —espetó llena de rabia. —He sido tu amiga, te he protegido, me he abierto a ti, ¿Por qué me has mentado? ¿Qué buscas? ¿Te mandan ellos? ¿Es un plan para acabar con nosotros?

—¿Cómo puedes decir eso? El Markus que has conocido es el único que hay. Dónde haya trabajado es secundario, no soy como ellos. No estoy con ellos.

—¿Es verdad? ¿Creaste tú el virus? —las lágrimas comenzaban a resbalar de sus ojos frustrados.

—Yo no lo sabía. Pensé que estaba trabajando para obtener la cura del cáncer. Ésa era la idea inicial, pero ellos tenían prisa y, pese a mis advertencias, ignoraron los peligros y los protocolos de seguridad. Yo no estaba de acuerdo con aquella política, así que me fui antes de que la vacuna saliera a la venta. Laia, no soy como ellos. Me conoces, me conoces de verdad. —supliqué tratando de defenderme. —¿Puedes decir lo mismo de Alex?

—¡Vaya técnica tan ruin! —exclamó apartándome de ella de un empujón. —Salvar tu pellejo acusando a otro. Sé honesto por una vez...

—¡Estoy siendo sincero!

—¿Y por qué no me lo contaste?

—Temía que me prejujuaras. Que no me aceptarais en la comunidad por el mero hecho de haber tenido relación con HyunsPharma. Quería respuestas, acercarme a la farmacéutica, buscar un antídoto a esta pandemia. No sabía en quién podía confiar.

—¿Eso soy ahora para ti? ¿Un antídoto? —la tristeza era tan intensa en su rostro que dolía.

—Sabes de sobra lo que eres para mí, no hace falta que te lo diga.

—Ya no estoy segura de nada.

—Laia... —Alex irrumpió en la habitación escoltado por dos jóvenes armados hasta los dientes. —Creo que, dadas las circunstancias, lo mejor es que Markus abandone el grupo...

—Sabes perfectamente que la historia no es como la cuentas, Alex. No puedes salirte con la tuya. —le acusé mientras sus secuaces me sujetaban por las muñecas y me arrastraban al exterior.

—Yo no cuento historias, me limito a dar a conocer datos reales y contrastables, ¿Puedes hacer tú lo mismo?

No, no podía demostrar nada. En verdad no estaba seguro de si mis sospechas podían corroborarse. Tal vez Alex solo estaba celoso, tal vez no trabajaba con la farmacéutica, tal vez era solo un hombre codicioso, dominante y receloso que no quería competidores en su entorno. Tal vez yo estaba completamente paranoico. Él no era un buen hombre, eso estaba claro. Su amor por Laia no era amor, era solo poder, dominación. Ahora había conseguido quitarme de en medio. Seguramente llevaría semanas investigándome, hasta dar con algo que pudiera resquebrajar la relación tan estrecha que había trazado con Laia. No sabía qué pensar, todo parecía demasiado

retorcido. Demasiado complejo como para ser cierto.

Pero, la realidad era que, de pronto, estaba en la calle.

—No creas que soy el demonio... ahí fuera hay demasiados... —se burló Alex mientras la verja se cerraba en mis narices, dejándome en el exterior a merced del mundo en caos que ardía plagado de andantes. —Este cuchillo puede serte de utilidad. —me lanzó un arma blanca de mango descolorido y hoja algo desgastada.

—¿Y mis cosas?

—Si te refieres a tus probetas, tubos de ensayo, cuadernos y esa nevera de juguete de la que no te separabas... Ahora ya no te harán falta, puede que nosotros le saquemos mejor provecho.

Me quedé allí varios minutos, sin saber qué hacer. El aire comenzaba a azotar con fuerza y, en el horizonte, el sol amenazaba con ponerse. Solo, a merced de cientos de infectados hambrientos o de malhechores sin escrúpulos que serían capaces de cualquier cosa por un par de zapatos.

Sin teléfono, sin agua ni comida... ¿Qué posibilidades de supervivencia tenía?

Me senté junto a una roca tratando de meditar, quizá algo en mi interior mantenía la esperanza de que Laia saliera en mi busca, que reflexionase y me diese otra oportunidad. Pero nadie vino a buscarme. No tenía mucho tiempo que perder, debía tomar una decisión, fuera cual fuera. Ya no tenía cartas bajo la manga, el juego había terminado, solo quedaba rezar por sobrevivir y volver con mi familia, olvidando todo lo demás.

Me derrumbé echándome a reír en un bucle de resignación. ¿Cómo iba a llegar hasta El Dorado? Nos separaban miles de kilómetros. Me arrepentí en ese instante de haber renegado de los Boy Scouts, puede que hubiera aprendido algo de utilidad para circunstancias extremas.

No, no tenía alternativas. Yo no era esa clase de hombres fornidos y valientes capaces de encender un coche con dos cables, matar a sangre fría, encontrar agua en los árboles y caminar semanas enteras sin desfallecer. Solo había una cosa que podía hacer si quería volver a ver a mis hermanos y mi sobrino. Me daba vergüenza, no me llenaba de orgullo y pocas ganas tenía de agachar la cabeza, pero no me quedaba más remedio. Era eso o la muerte.

Me levanté y sacudí el polvo de mis pantalones. Me quedaban largas horas de caminata, Nueva York estaba a unos 30 kilómetros, seguiría la carretera y sus señales hasta allí, sin parar, esperando no encontrar demasiados contagiados por el camino. Solo podía recurrir a una persona en esos momentos, por cercanía, por lógica, por desesperación. Adam era mi única baza. Volvía a HyunsPharma.

Capítulo 19

Jamás había vivido una noche tan larga. No todo fue mala fortuna, la luna estaba llena, alumbrando ligeramente mi camino, permitiéndome tener algo de visibilidad, una nimia ventaja frente a los andantes que, entre susurros de muerte y pasos debilitados, acudían al sonido de mis botas sobre el asfalto.

La adrenalina, el miedo quizá, me hicieron recorrer aquella distancia en tiempo récord. El corazón me latía a toda prisa, parecía desbocado, nervioso, asustado. Cada centímetro que avanzaba miraba en varias ocasiones hacia todas partes, en la cuneta, entre las ramas, en la lejanía, por si el enemigo acechaba. La lentitud de los contaminados me daba ventaja. Estaba en constante alerta, así que podía escuchar cada susurro, cada brizna de hierva meciéndose por el aire. Cuando alguno de ellos aparecía en medio de la carretera sabía que podía ser mi último respiro. Me hice con un palo grueso del que, junto con el cuchillo de misericordia, no me separaba. Cada uno aferrado con fuerza en una mano, me servían, primero para golpear y atontar, y después para degollar. Nunca imaginé que semejantes palabras entrasen en mi vocabulario. Pero allí estaba, haciendo frente a seres moribundos que me miraban como si fuera un trozo de pollo.

Cuando llegué a Nueva York las piernas me temblaban y la mente comenzaba a fallarme debido al sueño y el cansancio.

Ahí estaba de nuevo, frente a aquella fortaleza del gigante farmacéutico. El piloto rojo se movía de mi pecho a mi cabeza. Alcé las manos en señal de rendición. Los militares del señor Hyun me miraban con desconfianza, casi con odio.

—Soy Markus. Busco a Adam. Él me llamó. —grité como un loco que clama al aire.

—El hijo pródigo regresa de nuevo... —la voz del capitán Richards resonó en la desierta calle. Vi su boina asomar del tanque que custodiaba la entrada.

—Buenos días. —saludé mientras le daba tiempo a que consultase si matarme o darme acceso.

—¿Adam? —le escuché preguntar buscando la señal en su walkie. —Adelante... Otra vez será... —rumió con decepción mientras bajaban las armas y se abría el portón.

En tan solo unas semanas, conforme la ciudad había ido vaciándose, cayendo en el apocalipsis y ennegreciéndose, las instalaciones de HyunsPharma se habían colmado de gente de lo más variopinta, habían aumentado los recursos, naves, vehículos y, por supuesto, alimentación, pues pude ver una gigantesca cafetería improvisada en la planta baja que vendía café a precio de oro.

—¡Markus! —Adam apareció tras las puertas de un ascensor. —¡Has venido! —se lanzó a mis brazos con una sonrisa de oreja a oreja. —No estaba seguro de que fueras a acceder a mi reclamo.

—No era mi idea inicial, créeme... —respondí con voz apagada.

—Sea como fuere, estás aquí. ¿Ves lo que hemos hecho? —preguntó señalando en derredor. —Hay una opción de vivir bien, incluso con estas circunstancias nefastas. Y, además, ahora que contamos contigo, quizás podamos seguir cambiando el mundo a mejor, mejor incluso de cómo era. Tienes una pinta horrible... —puntualizó escrudiniando mis ropas sucias y roídas.

—Capitán, denle a este buen amigo una habitación como Dios manda en el ático. Que se asee y descanse. Nos reuniremos a medio día en la sala de juntas. Date un tiempo para recomponerte, no quiero agobiarte. —Adam era todo condescendencia y mandato, como si fuera el amo y señor

de todo. Sus gestos y movimientos habían cambiado, más refinados, más exagerados, más falsos. Su forma de hablar, atropellada e imperativa, me puso nervioso desde el minuto uno, pero decidí no añadir palabra y acatar sus indicaciones, realmente necesitaba dormir y, por descontado, una ducha era imprescindible.

No logré conciliar el sueño, Laia no salía de mi mente. Ahora ya no estaba con ella, ¿Y si alguien trataba de hacerle daño? Había conocido de cerca la codicia humana, fue lo que pasó con la vacuna que llevaría al mundo al desastre. ¿De qué no sería capaz el ser humano si descubriera que una persona tenía la clave de la curación?

Estaba perdido, no sabía cuál era el siguiente paso. Una parte de mí sentía que ya solo quedaba resignarse, deshacerse del orgullo y de los principios que ya no tenían cabida en la decadente sociedad y hacer como los demás, hacer lo que fuera por mantenerse vivo.

—El señor Hyun dudaba de tu lealtad, pero yo siempre albergué la esperanza de que volviéramos a formar equipo. —me dijo Adam con entusiasmo al reunirnos a la hora citada.

—No te confundas. No tengo intención de seguir trabajando aquí, solo quiero volver a casa. Enterrar el hacha de guerra, olvidarme de todo, vivir tranquilo...

—No sé si te has dado cuenta, Markus, pero la palabra “Tranquilidad”, ya no existe. —se mofó con media mueca. —Además, pensé que querías encontrar una cura, ¿No vas a ayudarnos?

—Dudo de que vuestras intenciones sean filantrópicas... o humanas.

—Ya somos los reyes de esta nueva civilización. Por mucha vacuna que creemos, el miedo y la decadencia ya están instalados. Nada volverá a ser como antes, será como nosotros queramos que sea. Podemos crearlo de cero, ¿De verdad no quieres participar?

—No hay nada que pueda hacerse... —me encogí de hombros, dando la búsqueda del antídoto por perdida.

—Markus, querido, siempre tan optimista... —saludó el señor Hyun entrando con paso firme a la sala de juntas.

—Presidente. —me incliné con forzada formalidad.

—Es bueno verte de nuevo en nuestro equipo.

—No estoy en el equipo. —recalqué molesto, harto de tanto repetirlo.

—Oh, claro que lo estás. A no ser que no te importe que mis hombres acudan a El Dorado, a tu preciosa casa de campo y tomen a tu hermana, tu cuñado, tu hermano y tu pequeño sobrino como experimentos. —sus ojos se tornaron oscuros, despiadadamente firmes.

—No seríais capaces... —aquella frase era más un ruego que una afirmación. Miré a Adam con desconcierto. Todo era una trampa, una encerrona. Querían convertirme en su prisionero, en su esclavo.

—No, claro que no. No tiene que ser así.

—Dos militares de confianza vigilan a tu familia. Estoy harto de juegos, esta vez se hará lo que yo diga. —el señor Hyun no quería perder más tiempo en palabrerías, parecía decidido a cumplir sus deseos y sus amenazas.

—Te daremos el material necesario. Sé que primero necesitas aislar las células de las cepas contaminadas y luego encontrar una sana, solo una célula superviviente al virus con la que poder trabajar.

—¿De dónde sacaréis eso?

—Hemos estado haciendo algunas pruebas... —dejé de escuchar en ese instante. No quería ser partícipe de las atrocidades que habrían cometido buscando que alguien resistiese al virus, a cuantos inocentes habrían inoculado la infección y encerrado como animales para analizar su

evolución.

—Tú tienes que limitarte a trabajar con lo que hay en el laboratorio. Lo demás es cosa nuestra. Adam... —el señor Hyun extendió una pulsera de metal con una luz parpadeante que mi compañero cogió con poca convicción.

—Lo siento... —susurró antes de ceñirla a mi tobillo.

—Estarás rastreado en todo momento. No podrás salir de aquí, la orden expresa es la de matar a un miembro de tu familia en cuanto pongas un pie fuera de esta planta. Antes de que llegues al sótano todos estarían muertos. —se levantó abotonándose con sobriedad la chaqueta. — De nuevo... Un placer contar contigo en el equipo. —sonrió maliciosamente.

—¿Cómo has podido hacerme esto? Es ruin incluso para ti. —le reclamé a Adam casi escupiéndole las palabras a la cara.

—Lo mismo que has hecho tu viniendo aquí es lo que hago yo, sobrevivir.

—También hay algo de ambición.

—No puedo negar que el poder me gusta. Vivo mejor ahora de lo que lo he hecho jamás. ¿Tan malo es? La ley de la selva, los más fuertes y capaces resisten.

—No, solo los que tienen más dinero y más agallas para matar.

—Llámalo como quieras.

—Pagarás caro por esto. Como algo le pase a mi familia...

—Tranquilo. Si te portas bien tu familia estará a salvo, no sé, sin embargo, si tu amiguita la rebelde tendrá tanta suerte...

—¿De qué diablos hablas? —me levanté del asiento impulsado por el miedo, dispuesto a abalanzarme sobre Adam, pero una ligera descarga eléctrica sacudió mi tobillo. Como un imán, la silla reclamó que volviese, tembloroso, a mi posición. Adam me mostró un pequeño mando en su mano.

—La tecnología es fascinante... —susurró victorioso.

—Dejar a Laia en paz. Ella no tiene nada que ver con el resentimiento que tenéis hacia mí.

—Por supuesto que no tiene nada que ver con eso, y lo sabes. —La mirada de Adam era afilada. Tal vez estaba buscando alguna confesión por mi parte, pero yo, precavido, prefería no decir nada de lo que pudiera arrepentirme. Esperé unos segundos en silencio a que hablara, pero desvié la mirada y dejé el tiempo correr, cuanto más caso hiciera a sus amenazas más se crecería. —Deberías estar trabajando ya, pierdes un tiempo valioso.

Adam se marchó, dejándome solo en aquella sala de juntas que tantas otras veces había considerado mi hogar, mi motor, el motivo de mi lucha. Lejos quedaban los sueños laborales de convertirse en el creador de la vacuna contra el cáncer, en ser el salvador de la humanidad. Ahora era un simple peón de una potencia despiadada y dictatorial. Estaba atrapado, no me quedaba nada y, las únicas personas que aún conservaba dependían de mí y mi sometimiento para seguir vivas.

Un grupo de científicos entró en la sala y, con gran educación, me invitaron a seguirles hasta el laboratorio, donde se me dio un dossier y se me explicaron los pormenores del nuevo proyecto que debíamos acometer.

—El presidente quiere que trabajemos en dos vertientes, una vacuna que prevenga, y una cura que, tras un ataque, pueda revertir el mal causado. —explicó uno de los jóvenes de bata blanca. Por su apariencia y cómo miraba el material, debía de ser becario o no haber salido tan siquiera del instituto, se le veía ciertamente perdido y sobrepasado.

—No sé cuál de las dos es más difícil... —mascullé dejando caer mi cabeza sobre una mano, recostándome rendido sobre la mesa central.

—Podrás usar todo el material disponible en esta planta y, si necesitaras algo más, solo

tienes que pedirlo. Diariamente se te subirán diversas muestras de sangre para que puedas analizar, extraer y concluir

—¿Cómo te han engañado para trabajar aquí? —le pregunté al muchacho de gesto temeroso.

—Bueno... Yo no llevo una pulsera en el tobillo, pero también aspiro a vivir mejor, aunque me conformo solo con vivir. —murmuró con cierta vergüenza.

—No sé a qué se debe este cambio. El hecho de querer ahora una cura...

—Dicen que el señor Hyun, viendo la imparable expansión de la enfermedad, tiene miedo de que, de alguna forma, el virus traspase sus muros y no poder controlarlo.

—No hay nada que le ponga más nervioso que perder el control.

—Aunque encuentre una vacuna no la compartirá con el mundo. La usará para aumentar su dominio y mejorar su protección, poco más.

—Menudo desgraciado. —la ira empezaba a inundar cada poro de mi cuerpo.

—Creo que es mejor que no hables así una vez llegue tu compañero. Él es muy afín al presidente, su padre fue compañero de universidad del señor Hyun, son casi como familia. —me explicó el becado que, según su placa brillante, se llamaba Bryan.

—¿Compañero? Creí que trabajaría solo. —no podía creer que, a cada segundo, hubiera nuevas sorpresas.

—Quiere tener controlados tus avances con alguien de confianza que entienda lo que haces y pueda reportarlo sin esconder nada. —se encogió de hombros como si la explicación fuese de lo más lógica.

—No se les escapa nada.

—Pero no te preocupes, el doctor Meyer es excelente, además es un tío de lo más simpático, la gente le adora, seguro que disfrutas conociéndole.

—Seguro que sí. —escuché aquella afirmación provenir del umbral de la puerta, con tono engreído y divertido, como quien se regocija del sufrimiento ajeno. Se me erizó la piel. Entrecerré los ojos deseando que no fuera verdad. Me giré despacio conteniendo la respiración, apretando los puños para no volverme loco de rabia.

—Alex... —rechiné los dientes mientras le veía erguido, repeinado y formal en su nuevo aspecto con bata blanca y aires de intelectual, muy alejado de su personaje de líder rebelde.

—Apenas me ha dado tiempo a echarte de menos. —se burló con sonrisa triunfal.

Capítulo 20

—Realmente llegué a creérmelo. Te pegaba el papel de chico malo. —mascullé echando chispas.

—No estés tan molesto, Markus. Tú también tenías una doble vida.

—¿Quién diablos eres? —pregunté sintiéndome tonto por haber caído en tamaña trampa. Desde el principio, todo había sido un juego de títeres.

—Soy doctor en químicas, llevo un par de años trabajando en la sede alemana de la farmacéutica. Mi padre y el señor Hyun eran uña y carne. Todo lo que sé lo aprendí de ellos.

—¿Y Laia? Creía que te conocía de hacía tiempo.

—Eso fue solo una historia que inventamos para cubrir la verdad que tanto le avergonzaba. Sí, salvé a Laia. Sí, fuimos los primeros en formar ese dichoso grupo rebelde. Pero todo fue muy rápido, al poco tiempo de estallar el caos. Ella no estaba siendo atacada por nadie, nadie que no fuera ella misma, claro. Estaba desesperada. Había sobrevivido a una vida caótica de soledad y drogas y tenía demasiado miedo para encarar el apocalipsis. Iba a suicidarse cuando la encontré, pensé que sería una buena presa, además es preciosa ¿Verdad?

—De alguna forma, antes o después, acabaré contigo.

—No seas tan posesivo, toda tuya. Yo ya he tenido bastante con tanta chusma alrededor. Un sacrificio hecho para ayudar a la farmacéutica y a mi buen amigo. En cuanto surgió el primer caso de infección viajé desde Europa y comenzamos a pensar cuáles serían las posibles consecuencias.

—Preveíais el descontento popular y qué mejor que fundirse con él para controlar a la masa.

—Un plan sin fisuras. —su gesto pedante me ponía cada vez más enfermo. —Y ahora trabajaremos juntos para conseguir esa vacuna.

—¿Y si me niego?

—No creo que Laia aguante mucho tiempo como rata de laboratorio... Quiero decir, una cosa es que sea inmune y otra que soporte eternamente que la dejemos seca o que probemos sus capacidades encerrándola en una habitación llena de infectados, ¿No? —alzó una ceja aguardando expectante mi reacción.

—¿Dónde está?

—A buen recaudo. Tranquilo que, si haces bien tu trabajo, ella tendrá más probabilidades de sobrevivir. O al menos de no sufrir...

Tragué saliva y me mordí la lengua, de haber podido, habría saltado sobre él y le habría arrancado la cabeza. Lástima que eso solo pase en las películas de vampiros. Tomé aire, claramente mis opciones eran escasas. Oponer resistencia solo conseguiría que me matasen y, por ende, Laia quedase en manos torpes y maliciosas. Nuestra única alternativa era someterse, o al menos fingir hacerlo hasta que un nuevo plan tomase forma en mi mente. Estaba solo, no podía contar con la ayuda de nadie. Me desplomé resignado, recordando todas aquellas veces en las que el viejo Adam y yo soñamos con un mundo mejor, consiguiéndolo codo con codo. Aquel amigo de universidad habría estado junto a mí y habría hecho lo imposible por ayudarme. Ahora aquello era solo un fantasma del pasado, no podía confiar en nadie.

—Cuanto antes empecemos, antes terminaremos... —rumié evitando mirarle a la cara.

—Buen chico. —dijo con suficiencia.

Nos pusimos manos a la obra. Mi intención real no era dar de inmediato con una vacuna, solo que lo pareciera. Necesitaba tiempo para pensar cómo escabullirme de aquel laboratorio para intentar sacar a Laia de allí. Teniendo en cuenta las fuertes medidas de seguridad, la cosa parecía complicada.

Aun así, un pensamiento nefasto no dejaba de cruzar mi mente. ¿Qué utilidad tendríamos una vez consiguiéramos aquel antídoto? Yo, por saber demasiado, suponía un auténtico peligro para ellos y Laia, por ser inmune, sería borrada del mapa para evitar que otros la encontraran y tuvieran opción de copiar su idea. No, lo mirase por donde lo mirase, la historia no podía acabar bien.

Con mis manos trabajaba diferentes cepas. Abría y cerraba las neveras, vertía unas gotas de muestra sobre el cristal, lo ponía bajo el microscopio y mataba varios minutos fingiendo que pensaba sobre los resultados. Pero, en realidad, bajo la atenta y afilada mirada de Alex, yo solo rebuscaba en cada recodo de mi mente información que me fuera de utilidad a la hora de escapar. Sabía cómo era el edificio, conocía las salidas, las puertas cifradas y los pasadizos secretos.

Bien era cierto que, cuando trabajaba allí, la farmacéutica no estaba blindada ni custodiada por cientos de militares, pero quizá hubiera una forma de pasar inadvertido. Siempre se me dio bien memorizar, así que, durante tres días, dediqué todas mis energías a observar, analizar y aprenderme las rutinas de todos a mi alrededor: Alex, Adam, científicos del laboratorio, turnos de seguridad, horarios de comidas y cenas etc...

Concluí que el cambio de guardia que tenía lugar a las nueve y media de la noche, después de la cena, era el más seguro. En esa franja horaria, la mayor parte de los trabajadores y habitantes de aquel fuerte estaban ya encerrados en sus habitaciones. Comprobé que los intensos horarios y trabajos diarios les hacían llegar a la noche agotados, intuí que más maleables y despistados, al menos en eso quería confiar.

No tenía demasiado tiempo que perder, Alex se impacientaba cada día un poco más, como si acaso yo fuera una máquina o un mago. Temía por la salud de Laia, por las barbaridades a las que le estarían sometiendo. Fuera como fuese, el plan de huida no podía esperar.

Aquella tarde, la tarde escogida, el revuelo en el interior de HyunsPharma era considerable. Al parecer, una manada descontrolada de andantes se había encaramado a las elevadas verjas y, frenar el asedio, había requerido artillería pesada. Los compañeros hablaban, según las malas lenguas, entre los militares habían surgido discrepancias sobre cómo organizar la seguridad del recinto, luchas de poder internas que empezaban a dividir la sólida ferocidad que el señor Hyun se había empeñado en mostrar. En ese instante sonreí dándome cuenta de la ironía, un poco de caos vendría bien a mi propósito, exactamente igual que Alex había defendido en su argumento a favor de los intereses egoístas de la farmacéutica.

Alejé aquel pensamiento de mi cabeza. Yo no era como ellos, los objetivos eran muy distintos y, sino, llegado el caso ¿Acaso importaba ya?

La verdad es que solo intentaba mitigar el remordimiento, el cargo de conciencia que me daba saber lo que estaba a punto de hacer. No había investigado la vacuna, aunque sí, de refilón, había podido sacar algunas conclusiones que me serían de utilidad en el futuro y que, por supuesto, había ido guardando a buen recaudo en los momentos en que Alex iba al baño o acudía a reuniones.

Me había centrado más bien en crear y guardar sigilosamente una pequeña mezcla casera que tuviera los mismos efectos que una anestesia. No era nada muy pulido teniendo en cuenta la escasez de elementos que tenía a mano, pero serviría para ganar tiempo.

En el comedor, recopilé varias botellas de agua con la excusa de reponer los huecos vacíos de la nevera. Me tenían retenido en contra de mi voluntad, pero al menos sí me concedían el privilegio de beber y comer.

La idea era rudimentaria y simplona. Añadiría la mezcla al agua sabiendo que, cada día,

antes de irse a eso de las ocho, Alex tomaba una pastilla cuya composición desconocía, aunque supuse, por las características del frasco, que sería para la tensión. Cuando quedase cao, usaría sus llaves y sus tarjetas para salir. Conociendo las instalaciones, deduje que Laia solo podría encontrarse en el sótano, una planta adicional bajo el garaje protegida a modo de habitación del pánico. A partir de ahí, la improvisación sería mi aliada. No quería hacerlo, pero la posibilidad de robarle el arma a alguno de los guardias tomaba forma, necesitaríamos defendernos de alguna forma. En cuanto a la vía de escape, sabía que Adam guardaba las llaves de su coche en el primer cajón de su despacho. Un plan con muchas fisuras, pero sin mejores variantes.

—Todos habían hablado de ti maravillas, pero veo que esto te está costando. Al final no eras para tanto. —se burló Alex entrando con su sándwich mixto de todas las cenas.

—Pues anda que tú... —respondí con desdén.

—Espero que te pongas las pilas, si no logras resultados no vamos a mantenerte eternamente. Nuestra paciencia tiene un límite. —amenazó agachándose a coger una de las botellas de la mini nevera.

—Comprendo. —respondí secamente mirando de reojo sus movimientos, comprobando cómo mi corazón se aceleraba cuando daba los primeros sorbos de agua.

Miré el reloj, comenzaba la cuenta atrás.

Alex, sentado en su sillín frente a las probetas y tubos de ensayo, comenzó a pasarse la mano por la cabeza de forma pausada. Se palpaba la frente, masajeaba sus sienes, como quien intenta desperezarse. Un sudor frío comenzó a resbalar por su frente.

—Creo que me he destemplado... —murmuró levantándose para coger su bata.

Antes de llegar al perchero se tambaleó torpemente. Me acerqué a su lado y le sostuve del brazo. Me fulminó con una mirada decaída y un rostro marcado por la palidez.

—Esto es muy raro... —dijo en un hilo de voz intentando zafarse de mi ayuda.

—Puede ser un mareo, estarás mejor sentado. —propuse queriendo evitar un duro golpe contra el suelo. Aparte de cabezota, Alex era un hombre corpulento, me habría resultado difícil cargar con su peso.

—No me toques. —bramó de forma pastosa arrinconándose contra la pared, resbalando poco a poco hasta quedar sentado en el suelo.

—¿Un poco de agua? —me arrodillé ofreciéndole un poco más de su botella.

Alex sorbió con torpeza y desesperación, pensando que algo de agua fresca le aliviaría el sofoco. Ya he dicho en más de una ocasión que, aunque lo intente, lo mío no es la maldad, no tengo práctica. Algo debió verse en mi rostro, quizá la falta de preocupación, la calma, quizá incluso algún atisbo de satisfacción, pero Alex, antes de sumirse de lleno en la inconsciencia, agarró débilmente mi brazo y pronunció unas últimas palabras cargadas de odio.

—Te mataré.

Visto así, desvalido y sin fuerza, no parecía tan amedrentador. Pese a ello, decidí darme prisa pues, cuando despertara, no dudaba que intentaría cumplir su amenaza.

Metí las manos en sus bolsillos y extraje el juego de llaves y la tarjeta de identificación. Cogí mis últimos avances, las notas escritas a mano con mis descubrimientos, varias muestras de sangre y cepas y desbloqueé la puerta. Era hora de hacerse el héroe.

Había poco movimiento en la planta a aquellas horas, era de noche y luces tenues iluminaban los pasillos. Por si acaso, evité el ascensor y usé las escaleras para llegar al despacho de Adam, donde esperaba encontrar las llaves de su coche. Caminé deprisa, pero con ligereza, procurando no hacer ruido, casi flotando. En apenas cinco minutos me planté frente a la puerta del jefe de

investigación, una placa dorada mostraba el nombre de mi amigo con letras elegantes. “Todo esto por una asquerosa chapa”, pensé indignado.

Apoyé la mano sobre el pomo, pero, cuando me dispuse a girarlo, algo al otro lado impedía el movimiento. Me asusté, no había contado con aquello. En teoría, todos los despachos estaban abiertos, las plantas y los ascensores requerían de identificación y claves, pero, una vez dentro, el acceso era libre. En alguna de sus primeras conferencias el señor Hyun había defendido la política de confianza como forma de entender el trabajo y fomentar las relaciones laborales, algo irónico si tenemos en cuenta la tiranía que estaba ejerciendo.

No, no podía ser, no tenía cerradura, algo estaba pasando. Dudé, sin el coche de Adam no tendría escapatoria, necesitaba un medio rápido para cruzar la verja y tener opción a salir airoso de los disparos de los militares. Insistí, pero la puerta no se abría. Un golpe seco sonó en el interior. Unos pasos cuidadosos acercándose. Me quedé sin aliento, pero era demasiado tarde para huir.

La puerta se abrió repentinamente con un movimiento fugaz y una mano que no pude identificar tiró del cuello de mi camisa arrastrándome al interior del despacho.

—¿Markus? —Jetta me saludó con tono alegre, sin embargo, no apartaba su pistola de mi mentón.

—Soy yo, soy yo. —respondí con las manos en alto. —Baja el arma, por favor. ¿Qué hacéis aquí?

—¿Dónde está Laia? —Robin, muy enfadada, me encaró exigiéndome respuestas.

—Creo que en el sótano, quiero sacarla de ahí.

—¿Desde cuándo? —se burló ella con ojos de reproche.

—No sé lo que te ha contado Alex, pero yo no soy el villano de la historia. Me han tenido retenido, obligándome a trabajar en una vacuna. Sí, trabajé en la farmacéutica, pero lo dejé cuando comprobé que el señor Hyun era un desalmado. Nunca os he mentado, vengo a sacar a Laia. Alex ha sido quien os ha traicionado.

—¿No tienes nada más que inventar? El error de Laia fue caer en tu trampa, la has arrastrado hasta aquí, eres tú el científico loco, no Alex.

—Baja a la planta sexta y compruébalo tú misma. Le he drogado para poder escaparme. Pero aquí tienes su identificación, trabaja aquí... —le entregué la tarjeta de Alex, con su foto y sus apellidos, así como su categoría en la empresa.

Jetta y Robin se quedaron pálidos. Ellos también habían visto su plan ligeramente modificado en el último momento.

—Estamos en el mismo bando.

—¿Seguro? ¿Este tío es tu amigo? —Robin me dio la vuelta, pues me habían arrinconado contra la pared, y me mostró a Adam, maniatado y amordazado en la silla de su despacho.

—Era. —respondí secamente mientras Adam me suplicaba moviéndose entre sus ataduras con exasperación.

—Tienes tres minutos para hacernos un resumen. —me concedió Jetta con voz firme, apartando el arma y cruzándose de brazos en señal de espera.

No sé cómo, pero mi instinto de supervivencia y la necesidad de continuar con la misión de rescate hicieron que, casi sin respirar, relatara a toda velocidad los detalles más relevantes de mi vida. Mi trabajo en HyunsPharma, mi renuncia, mis peleas con Adam, la muerte de mi padre, el viaje a Nueva York, la visita a la farmacéutica, el día en que conocí a Laia, mi intención de encontrar una cura, el descubrimiento de la inmunidad.

—Espera, ¿Qué Laia es inmune? —Robin puso los ojos en blanco y se llevó las manos al

pecho.

—Alex dijo que tú te la habías llevado. —explicó Jetta cabizbajo.

—Claro, y que él era el héroe que iba a salvarla, cómo no... ¿Cómo habéis entrado? —sabía que eran infinitamente más duchos en las técnicas de lucha y camuflaje que yo, pero el edificio estaba fuertemente protegido, así que me mataba la curiosidad.

—Mandamos una horda de andantes como avanzadilla.

—¿Fuiste vosotros? Sin duda una buena distracción.

—Tenemos a Adrian y Archie esperando con la furgoneta, conseguimos hacer un agujero en el vallado y colarnos por él antes de dejar a los infectados pasar. —explicó Jetta acercándose a Adam. —Si estás con nosotros, entonces éste tío no nos sirve de nada. —dijo haciendo amago de pegarle un tiro.

—¡Espera! —Adam gritaba detrás de la cinta americana que cubría sus labios. Realmente no me daba pena, pero no quería verle morir, yo no era así, el mundo no podía funcionar así. Le arranqué la mordaza de un tirón y dejé que tomase aire para recomponer sus nervios. —No quiero que mueras Adam, aunque Dios sabe que te mereces un castigo.

—No está aquí... —dijo entre jadeos. —La inmune no está aquí.

—¿Cómo? —los tres nos quedamos clavados al suelo, estupefactos y sorprendidos por el cambio de rumbo de la situación.

—No me matéis. —suplicó con los ojos llorosos. —Markus, sé que he hecho las cosas mal, pero quiero enmendarme. Dame la oportunidad de hacerlo.

—¿Y si nos está mintiendo? —Robin, quien parecía todo dulzura cuando la conocí, se mostraba más intensa que el propio Jetta.

—Sabes que soy pacífico, pero como me engañes, te juro que pagarás por ello. —le advertí con absoluta sinceridad.

—Se la llevaron a Edison, allí, al igual que cuando creamos la cepa, hay menos caos. El acceso es más complicado y poca gente conoce su existencia. —Adam hablaba con premura, como un niño asustado.

—Le llevaremos con nosotros.

—Como seguro. Para tener la certeza de que no nos engañas. Si no, dejaré que ellos se encarguen de ti. —coincidía con Jetta y Robin. Conocía a Adam y, más fuerte que su ego y ambición, era su miedo, él era un pequeño cobarde con ínfulas de hombre poderoso. Tenía sentido que Laia no estuviera en Nueva York, era un bien demasiadopreciado para custodiarla en un lugar tan masificado.

—Plan B. —Robin cogió su walkie y avisó a los universitarios del cambio de rumbo de la misión. Por su parte, Jetta levantó a Adam, quien llevaba las manos atadas a la espalda, y le arrastró hacia el pasillo.

—Toma, la necesitarás. —me cedió una de sus dos armas. —Tenemos cinco minutos para salir de aquí. Hay que ser rápidos y cuidadosos. El que caiga, queda atrás.

—Entendido.

Nunca pensé que fuera del tipo de persona que se escabulle de un edificio protegido tras drogar a un hombre y secuestrar a otro. Pero ahí estaba, con un arma cargada en la mano y la convicción de usarla de ser necesario. Todo por Laia, todo por salvarla, por salvar al mundo, por, de alguna forma, salvarme a mí gracias a ella.

Capítulo 21

Aquello era una ratonera. La tranquilidad nocturna era engañosa, pues había militares apostados en cada esquina, en las azoteas y dentro de cada tanque. Adrian y Archie, aunque desconocía los detalles, habían logrado colarse como trabajadores de la empresa, al parecer, uno de ellos conocía un par de nombres adecuados que, al pronunciarse, abrían varias puertas.

Una vez fuera del edificio, el reto estaba en subir a la furgoneta y, antes de que nuestros movimientos fueran interceptados, apretar el acelerador y no mirar sobre qué o quién pasábamos.

—40 segundos y estamos ahí. Subid rápido, la furgoneta a esta hora llamará la atención. —se escuchó la voz de Archie por radio.

Aguardamos en silencio junto a la puerta. Jetta estaba preparado para abrirla y que saliéramos corriendo.

—¡Ahora! —se escuchó el grito decidido de Archie, acompañado del rugir del motor acelerando para, acto seguido, frenar chirriando sobre el asfalto.

Como sendas balas, los cuatro nos introdujimos en el vehículo a la par que las luces de vigilancia se cernían sobre nosotros.

—¿Qué diablos hace éste aquí? —pregunto Adrian mirándome con odio.

—Tranquilo, es una larga historia, pero es de los nuestros. —resumió Jetta palpando su hombro para transmitirle confianza.

Los primeros tiros comenzaron a atravesar el aire, rozando nuestro coche mientras decenas de militares salían a nuestro paso.

—¡Agachaos! —bramaba Archie conduciendo con la cabeza resguardada a un lado del volante.

—La valla que rompimos ayer ha sido restaurada hace unas horas, pero es algo provisional, una chapuza arreglada con prisas para evitar a los andantes. No os asustéis, la atravesaremos. —explicó Adrian sujetándose firmemente al techo.

Todos tragamos saliva poco convencidos, pero no había más salidas. Archie pisó a fondo el acelerador y, aunque varios hombres trataron de frenarnos disparándonos de frente, tuvieron que acabar apartándose debido a la velocidad que llevábamos.

Y de pronto, un sonoro golpe seco que nos sacudió como muñecos. La furgoneta arrastró varios metros una parte de la valla aminorando la marcha entre polvo y disparos. Finalmente, Archie pudo recuperar el ritmo y dejamos atrás la zona de peligro.

—Por poco... —resopló Adam con el rostro del color de la cal.

—¿Quién es éste y por qué no es Laia? —espetó con asco Adrian.

—Pon rumbo a Edison, tienen allí a Laia. Y éste es Adam, un viejo amigo que ahora usaremos de seguro. —dije sin tan siquiera poder mirar a la cara a aquel traidor.

—¿Crees que HyunsPharma es capaz de tener piedad de alguien? ¿Crees que le valoran tanto? —cuestionó Robin con un bufido.

—No, seguramente no, pero por intentarlo... —Adam, avergonzado, bajó la mirada y guardó silencio.

—Son unos 30 kilómetros. No es mucho. —comentó Archie optimista.

—Date prisa, en breves nos pisarán los talones y, quien haya quedado a cargo de la nave de Edison, nos estará esperando.

—No, no os estará esperando. —susurró Adam sonrojado.

—¿Tú? —la ira ascendía por mi cuerpo de manera incontrolable. Un impulso, un calor

repentino que me hacía apretar los dientes y quedarme sin aire. —¿Eres tú? ¿Eres consciente de lo que le están haciendo a Laia? ¿Cómo puedes ser tan asqueroso e inhumano?

—Desconocía el calado real de todo esto. Pensé que se haría de otra forma... En Edison solo hay un pequeño grupo de 6 investigadores, todos muy pardillos, y cuatro seguratas. Podréis con ellos. —aseguró encogiéndose de hombros, como si nos estuviera haciendo un gran favor.

—¿Qué lo desconocías? Adam, por favor, sabías sobradamente la baja moral de esta empresa.

—Pero realmente quería creer que era solo poder, dinero, que no pasaría por encima de toda la humanidad. Una vez me vi envuelto en el círculo, ya se me hizo imposible salir. Ya te lo dije, Markus, no soy como tú. Ésta fue la oportunidad de mi vida.

—Con esa fantástica oportunidad de tu vida se agotaron las del resto del mundo... —comentó Robin con acidez.

El silencio se hizo entre los pasajeros durante largo rato, mientras contemplábamos por la ventanilla diversos grupos de andantes que, desorientados, caminaban junto a la cuneta. La imagen seguía siendo desalentadora, cada vez se veía más abandono, más miseria en las tierras que, hace no mucho, fueron activas, brillantes, ricas, cargadas de vida.

La noche se mostraba despejada, de cielo abierto e inundado de chispeantes estrellas. Ojalá volvieran esas tardes en el jardín con mis padres contemplando constelaciones. Ojalá tumbarse en el césped y no hacer ni esperar nada más que una estrella fugaz, fuera posible de nuevo.

Pero la paz parecía imposible de volver a encontrar, lo único que me ataba a la esperanza, a la fe, era estar con ella. Entrecerré los ojos susurrando una oración. Aunque no era muy creyente, necesitaba aferrarme a algo en esos momentos. Tal vez me sentía culpable por la suerte de Laia, por la suerte de todos. Tal vez, si hubiera denunciado a la farmacéutica, alguien, el gobierno, las inspecciones, alguien habría podido frenar el desastre. Quizá, si mis propios traumas no me hubieran cegado en la búsqueda de la cura contra el cáncer, si mi objetividad hubiera estado más entera, todo habría sido distinto.

—Ya hemos llegado. —indicaron los universitarios aparcando a varios metros del edificio, en la esquina opuesta, para así tener margen de trazar una estrategia.

—¿Adam? —no hicieron falta más palabras. Le miré con cercanía, como cuando aún creía en él, haciéndole saber que confiaría en su palabra me llevase a donde me llevase, dándole la oportunidad de enmendarse.

—Ella está en la segunda planta. Dos guardias en la primera planta, dos en la segunda. Una puerta cifrada y los científicos. La tarjeta de uno de ellos abre el laboratorio donde ocultan a Laia. No hay nada más.

—Más te vale, porque entras con nosotros. —dijo Jetta bajando del coche. Abrió el maletero y cargó su mochila de munición, acto seguido, enganchó la chaqueta de Adam y comenzó a tirar de él hasta la entrada.

—Es la hora de hacer bien las cosas. No usaremos la fuerza si no nos obligas. Vamos a entrar contigo, señor jefe, sin tiros, sin peleas. Somos del mismo bando y nadie se opondrá a que pasemos. Es más, harás que todos se vayan.

—No puedo creer que dependamos de este paria... —bufó Archie asiendo con fuerza su escopeta.

—Yo tampoco... —coincidí por lo bajini mientras corríamos a la entrada, los murmullos de los andantes comenzaban a resonar en la oscuridad.

—Buenas noches, Ryan. —saludó Adam fingiendo la máxima normalidad posible.

—No esperaba verle a estas horas, ¿Todo bien?

—Sí, perfectamente. Ha surgido un imprevisto y he tenido que acudir a por ayuda. Son amigos míos, estaremos un rato trabajando en el laboratorio. —explicó ante la mirada desconfiada del vigilante.

—¿Quiere que llame al señor Alex para que le acompañe? —preguntó con inocencia fingida, como quien quiere disimular sus recelos y buscar refuerzos.

—No será necesario, es probable que venga más tarde.

—Dígale que suba cuando llegue. —añadí sonriente mientras el hombre nos escudriñaba de arriba abajo.

Sin oponer más resistencia, se hizo a un lado y nos dejó pasar a todos por los tornos.

Al subir en el ascensor y aparecer en la segunda planta, la escena se repitió con el siguiente compañero de seguridad. Una vez hizo gesto afirmativo y nos dejó cruzar el umbral hacia la zona protegida, volvimos a sacar nuestras armas, estratégicamente escondidas bajo los abrigos, y no tuvimos tantos miramientos con los seis científicos que, sin descanso, trabajaban sobre las muestras de Laia.

—Al suelo, guardando silencio y sin hacer tonterías. —les indicó Archie mientras Adrian procedía a atarles a todos de manos y pies.

—Abre el laboratorio. ¡Ya! —premié a Adam con vehemencia, sabiendo que Laia estaba tan cerca.

Se me hicieron eternos aquellos segundos que Adam tardó en teclear el código de seguridad, encenderse la luz verde, sonar un pitido estridente y abrirse la puerta maciza con un chirrido hueco. Entré como alma que lleva el diablo.

—¡Laia! —grite su nombre tratando de adaptarme a la reinante oscuridad del espacio. Solo una pequeña luz de neón parpadeaba al fondo de la sala.

—¿Markus? —escuché su voz debilitada en la penumbra. Me giré hacia el sonido. Ahí estaba su silueta, encogida y asustada en una esquina, con dos grilletes oprimiendo sus tobillos.

—Estoy aquí, he venido a por ti. He venido a por ti. —le dije con dulzura palpando su rostro, comprobando que, salvo algunos rasguños e infinitos moratones en los brazos, estaba en perfecto estado.

—Alex... —dijo en un suspiro cansado.

—Lo sé, lo sé. Pero ya estás a salvo.

Con el manajo de llaves que había tomado prestado de Adam, la liberé de sus ataduras y masajé piernas y tobillos para calmar la tirantez y rozaduras ocasionadas por los hierros.

Encerré su rostro entre mis palmas, pudiendo ver, entre aquel juego de luces y sombras, cómo una lágrima resbalaba por su mejilla. Le di un beso en la frente, largo, con la calidez y el afecto de un padre, con la desesperación y alivio de un amante. Ella se apartó unos centímetros para analizar mi gesto. Me sonrió, con la alegría y despreocupación que la caracterizaban y, aferrándose al cuello de la camisa, tiró de mi hacia su boca, fundiéndose nuestros labios en un beso pasional, ardiente, eterno. Un beso lleno de sabores nuevos, pero con la historia y la entrega de alguien que se conoce a la perfección, de alguien que había esperado demasiado.

—Deberíamos irnos. —musitó con su aliento pegado al mío.

—¿Algún sitio en especial? —le pregunté divertido.

—Sí, me gustaría irme contigo a El Dorado. —No pude esconder una risa tonta de alivio.

—Te va a encantar. Puede que ahora sea algo decadente, pero mi padre tenía el jardín delantero plagado de girasoles y limoneros. A mi madre le gustaba el amarillo...

—Será mi nuevo color preferido.

Le ayudé a levantarse y, aunque con una ligera cojera al principio, logró moverse sin dificultad tras unos estiramientos.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Robin lanzándose a los brazos de Laia al verla salir de una sola pieza.

—Ha sido fácil. —dijo Archie muy alegre.

—No creas... —Adrian, quien no dejaba de mirar por la ventana, abrió el cristal y, apuntando con su arma, comenzó a disparar a diestro y siniestro.

—Pero, ¿qué haces? —Archie corrió hacia la cristalera, pensando que su compañero se había vuelto loco. —Mierda, mierda, mierda... —repitió cargando su arma.

—¿Qué tan grave es? —preguntó Laia sin querer asomarse.

—Alex, un batallón de militares descerebrados y, tras ellos, una horda de andantes que, por lo que veo, pretenden meter aquí dentro.

—Ojo por ojo... —Jetta, al igual que todos, supuso que Alex, al enterarse de lo ocurrido, habría adivinado que el ataque del día anterior fue ocasionado por los rebeldes. Nos pagaba con la misma moneda.

—Hay que salir antes de que sea tarde.

—¿Y ellos? —miré a los científicos amordazados.

—Robin, libéralos, que se busquen la vida. Nos los llevaremos a una muerte segura, pero tampoco lucharemos por salvarles. Huid. —les ordenó Jetta con mirada amenazante.

Y, en cuestión de segundos, como en cierto modo sabíamos que pasaría, aquella nave semi abandonada y silenciosa, se sumió en un ensordecedor murmullo bélico. Tanques en el exterior, militares rodeando el edificio y cargando sus armas, disparos procurando orientar a los infectados hacia las puertas abiertas de par en par para acorralarnos. Se mirara por donde se mirara, la situación parecía imposible de salvar.

—¿Qué hacemos? —preguntó Robin ligeramente asustada.

—Divide y vencerás. —Jetta tomó las riendas del grupo. —Archie y Adrian, sois los más rápidos y tenéis experiencia con los hombres de HyunsPharma, confiamos en vosotros para salir, encontrar un vehículo y sacarnos de aquí. Los demás, teniendo en cuenta la salud algo delicada de Laia, buscaremos una salida más factible que evite a los andantes.

—Sí, nosotros iremos directos hacia ellos, será el camino más rápido y donde los militares no esperan vernos. ¡Suerte! —los jóvenes, enfundando sus armas y con sed de batalla, salieron decididos escaleras abajo.

—No dudéis, disparad y luego preguntad.

—Necesitaré un arma. —pidió Adam con el labio algo tembloroso.

—No te has ganado ese privilegio. Irás a mis espaldas. —sentenció Jetta sin compadecerse lo más mínimo. —¿Habéis hecho alguna vez escalada?

—¿No hay una opción mejor? —preguntó de inmediato Laia torciendo el gesto.

—¿Para qué llevo esta mochila cargada de cuerdas si no? Para casos como éste. —reconoció.

—¿A qué se refiere? —por las caras de Jetta, Robin y Laia, adiviné que aquella técnica de escape debía de haber sido empleada más de una vez.

—Saltaremos desde la azotea.

—Estás loco. —rumié tratando de dar con una idea mejor. No la encontré.

—Esperaremos preparados para saltar. Allí estaremos protegidos de los andantes y los militares. En cuanto veamos aparecer el coche de los chicos, saltamos directos hacia ellos. Visto y no visto. Suele funcionar.

—Suele... —murmuró con asco Adam cuando, por fin, abandonamos el laboratorio y comenzamos a subir las escaleras hacia la azotea.

El rugir tembloroso de una explosión nos hizo tropezar en las escaleras. Cogí a Laia por la cintura, ayudándola a mantenerse en pie, estaba muy débil. El siseo estremecedor de los andantes oliendo nuestra sangre llegaba desde la planta baja. Unos gritos enfurecidos clamaban venganza.

—¡Markus! ¡Laia!

—Es Alex... —reconoció su voz al instante. Se irguió alertada y sus ojos fueron dominados por el odio.

—Ponedla a salvo, no podemos dejar que Alex la encuentre. —dije en un fogonazo de seguridad y valentía. Me daba igual todo, solo quería que ella estuviera bien.

—¿Estás loco? No, no pienso dejarte. —Laia era cabezota, pero en esta ocasión, no podía ganarme.

—Laia, mírame. —supliqué acercando su rostro al mío. —He perdido a gente a la que quería, no pienso pasar por eso otra vez.

—Pero yo quiero estar contigo. —rogó con sus manos sobre mi pecho, queriendo, en un instante, recuperar el tiempo perdido.

—Toma mi mochila, pero es solo un préstamo, luego me la devuelves. Quiero que lo que contiene no se separe de ti, sois uno. En su interior están todos mis avances en la investigación de la cura. No lo he puesto en práctica, pero creo que he dado con la clave. Notas, apuntes, todo lo aprendido desde que el caos estalló está en las páginas de mi roído diario. Creo que podremos conseguirlo, recuperar el mundo, ver crecer los girasoles en nuestro jardín de El Dorado, pero necesito que tú y esta mochila estéis a salvo. Sin el diario podré vivir, pero sin ti, no.

—No pienso saltar de este edificio sin ti, así que ya puedes darte prisa. —se despidió con un beso cálido y doliente por igual, antes de que Jetta me sustituyese cogiéndola del brazo.

—Mejor te quedas tú con éste... —bromeó dando un empujón a Adam hacia mí.

—Toma mi daga. —Robin se sacó el arma del cinto y la puso entre mis manos. —Por si te quedas sin balas.

Y así, armado como un delincuente, con un viejo amigo a mi lado y un nuevo enemigo queriendo mi cabeza, pedí ser lo suficientemente fuerte para poder encarar el miedo.

—Nunca pensé que me vería en una situación así. —Adam negaba con la cabeza mientras me miraba con arrepentimiento. —¿Podrás perdonarme alguna vez?

—No sé si es el momento, Adam. Vamos a intentar bloquear la puerta de las escaleras y prendamos fuego a la entrada de la planta para que no puedan acceder.

Quería evitar la conversación a toda costa, aún no tenía claro si Adam me causaba repulsa o pena. Mi prioridad era evitar que encontrasen a Laia, mi segundo objetivo, salir de allí cuanto antes.

Supongo que, si quería sobrevivir, a Adam no le quedaba más remedio que ayudarme, así que, con rapidez, nos pusimos manos a la obra para crear una barrera infranqueable. Estando en un laboratorio, fue fácil encontrar material inflamable, así que, en cuestión de segundos, el rellano estaba ardiendo. Las llamas crecían justo cuando la voz de Alex ganaba cercanía. De pronto, su silueta se dibujó al otro lado del fuego.

—No sabes bien a quién has decidido enfrentarte. —le escuché decir antes de que un disparo cortara el aire y rompiese en mil pedazos una parte de la pared que estaba a pocos centímetros de nuestras cabezas.

—Corre. —le dije a Adam obligándole a retroceder y volver a los pasillos centrales. Cualquiera cosa antes que llevar al traidor hasta la azotea.

El humo inundaba el espacio, como una serpiente que se arrastra sutilmente alcanzando cada recodo. Los primeros gritos y ráfagas comenzaron a escucharse en el exterior, los universitarios debían estar en plena batalla.

—Estamos atrapados. —gritó Adam tras asomarse al ventanal de la puerta del otro extremo.

—¿No hay salida?

—No, o el tipo ese o un montón de infectados. —explicó señalando la ventana donde cabezas, manos grisáceas y ensangrentadas se agolpaban deseando romper la cerradura.

—Adam, sabes perfectamente que no dejarán viva a Laia. Sabes que, si encuentran una cura, si ellos se hacen con ella, todo podría ir a peor. ¿Era esa tu ambición cuando estabas en la universidad? —no había tiempo para conversaciones reflexivas, pero quise dejarle aquella perla por si removía su conciencia.

Apenas me dio tiempo a terminar cuando Alex, inundado en sudor y con los pantalones ligeramente quemados, apareció en el pasillo con los ojos fuera de sí. Empujé a Adam hacia la izquierda cuando vi que, nuestro ahora enemigo común, levantaba el arma. Yo me arrastré por el suelo hasta el interior del laboratorio. Alex, completamente enloquecido, gritaba mi nombre y el de Laia.

—¿En qué momento pensaste que esto saldría bien? —preguntó al aire, dando pasos lentos y cortos tratando de encontrarme.

—Esto no va de fidelidad al señor Hyun, ¿Verdad? —dije saliendo de detrás de la mesa. Empezaba a intuir que la vanidad de Alex era demasiado fuerte, así que con aquella pregunta capté su atención. Seguía apuntándome con su arma, pero permanecía ligeramente expectante, casi divertido. En mi mano derecha, la pistola cargada y lista para disparar, aunque confiaba en que mi distracción fuera efectiva.

—El señor Hyun ha sido como un segundo padre, mi mentor.

—Pero tú no eres su hijo, así que nada de esto te pertenece realmente. —una sonrisa resignada se dibujó en su rostro. —Es más... debo decir que, con todo este jaleo, me extraña mucho no haber visto al presidente. Ni aquí, ni en Nueva York. Pensé que me dedicaría más tiempo.

—¿A ti? No te creas tan importante. —respondió con asco.

—Me han necesitado a mí para dar con la vacuna, no a ti, eso debe de escocer... —yo seguía afilando mis uñas, tratando de entrar en su mente, de atacar donde más le podía doler, en su ego y ambición.

—Estás divagando y, aunque te parezca imposible, hoy no saldrás vivo de aquí.

—¿Le dijiste lo mismo al señor Hyun antes de matarlo? Algo me dice que tanto protagonismo e interés repentino viene de algún lado. Pensaste que, estando a punto de encontrar la vacuna gracias a la inmunidad de Laia, ya era hora de recibir la parte del pastel que te correspondía. ¿Por qué ser la rata de laboratorio cuando puedes ser el rey?

—¿Sacas esas conclusiones de una ausencia temporal del presidente?

—Conozco a las personas, Alex y, aunque aún esté conociendo este nuevo mundo de caos, sé que saca lo peor de cada uno. Y tú no has negado nada.

—No te debo respuestas a ti, ¿Dónde está Laia? —nervioso, sujetó con fuerza la pistola, empezaba a perder la paciencia.

—Nunca volverás a verla. —respondí desafiante.

—Bueno, lo que es seguro es que tú tampoco... —murmuró con odio cuando se preparaba para apretar el gatillo.

Cuando ya estaba listo para desenfundar mi arma o saborear el plomo en mis propias carnes, Adam apareció tras Alex, lanzándose sobre él y haciéndole caer al suelo, donde su pistola de desplazó varios metros.

—Ve por ella. —dijo mi amigo con exaltación.

—Pero... —conseguí balbucear antes de que Alex se incorporase y ambos comenzaran a forcejear entre puñetazos y empujones.

—Te lo debo, ¡Fuera! —gritó con tal ímpetu que no me quedó otra que huir de allí.

Al salir al pasillo, un andante me sorprendió con un sombrío alarido. Clavé en su cuello la daga que me había dado Robin y seguí mi camino hacia las escaleras, comprobando que Adam había abierto la puerta del final del pasillo, dejando que los infectados comenzasen a adentrarse en la planta. Una decisión suicida que buscaba darme más tiempo. Conforme subía los escalones hacia la azotea, el corazón parecía ralentizarse, como si los últimos meses no existieran y estuviese dejando atrás al chico al que tan unido me sentía en la universidad, con la inocencia y entrega de aquellos años. Pero las voces que provenían de la última planta, el humo que empezaba a asfixiarme y la amenaza pausada pero constante de los infectados que me perseguían, me impedían detenerme en nostalgias o agradecimientos.

Seguí mi camino sin pensar, subiendo los escalones de dos en dos, llamando a Laia con desesperación.

—¡Markus! —se lanzó sobre mí en cuanto abrí la puerta que daba al tejado. Agradecí su abrazo, pero también el aire fresco que calmaba mis saturados pulmones. —¿Qué ha pasado?

—Ahora no hay tiempo para eso, ¿Estás bien? —pregunté mirándola de arriba abajo, acariciando sus mejillas y dándole todos los besos que teníamos que habernos dado antes.

—Estoy bien, Archie y Adrian no lo han tenido fácil, pero ya está todo listo para saltar. Tres minutos a lo sumo, pensé que no llegabas... —se lamentó conteniendo el sollozo.

—Todos en posición. —ordenó Jetta tirando del brazo de Laia hacia las cuerdas que, perfectamente ancladas, se lanzaban hacia el vacío aguardando la llegada de la furgoneta.

Me dispuse a seguirles, pero una mano me agarró del hombro, aferrándose a mi jersey y haciéndome caer.

Un malherido Alex, con una marca sangrante en la ceja y lo que parecía ser una herida de bala en el hombro, reptó sobre mí, debilitado, pero con un empeño descontrolado.

—Si yo no me voy, tú tampoco. —me susurró al oído con gesto triunfal.

—¡No! —escuché que dijo Laia al darse cuenta. De reojo, pude ver cómo intentó alcanzarnos, pero Jetta le impidió acercarse hasta nosotros.

—¡Estamos llegando! —escuché que gritaba Archie al otro lado del walkie.

Las voces dolientes de los infectados alcanzando la azotea se intensificaban por segundos.

Alex y yo forcejeábamos sobre el frío suelo con los músculos ya engarrotados de tanto esfuerzo. Un pensamiento fugaz cruzó mi mente. Si él estaba ahí, luchando conmigo, significaba que Adam estaba muerto. Aquella distracción supuso un error fatal, me invadió la tristeza, el arrepentimiento y, en una fracción de segundo, Alex obtuvo ventaja y, con crueldad desmedida, me arañó el rostro y clavó sus dientes sobre mi hombro izquierdo. Con la boca chorreando sangre, río a carcajadas.

—Ahora es cuando te habría gustado haber creado esa vacuna ¿Eh? —dijo con furia, dejándome entrever el mordisco afilado de un andante detrás de su oreja.

Alex temblaba, sudaba y, poco a poco, las venas iban marcándose escandalosamente sobre su

piel cada vez más grisácea. Estaba infectado, y ahora, yo también.

—¡Markus! —Laia, con las cuerdas enganchadas a su cintura, me llamaba a gritos tratando de zafarse de las garras de Jetta, quien la retenía para que no hiciese una locura.

Me deleité en sus ojos, en sus facciones perfectas y su melena revuelta. Ojalá la vida nos hubiera dado más tiempo. Fueron escasos segundos, pero quizá los más largos y conscientes de mi vida.

Ella debió de verlo en mi rostro, en el gesto victorioso de Alex y mi mueca de derrota. Gritó como si le arrancaran el alma. Quiso zafarse de las cuerdas, de Jetta, de Robin, de las manos que intentaban salvarla, de todo lo que le alejaba de mí. Pero, aun a escasos metros, la separación entre nosotros era abismal, como una línea invisible que separa dos mundos, como un pequeño paso que salta de la vida a la muerte.

Alex parecía disfrutar con aquella escena, sabiendo que su final estaba cerca, se alegraba de poder contemplar mi declive. Instintivamente, aprovechando la debilidad que empezaba a dominar su cuerpo, le propiné un puñetazo que lo dejó inmóvil en el suelo. Probablemente, cuando despertara, un ser más nauseabundo de lo que ya era se habría adueñado de sus impulsos.

—¡Jetta! Salid de aquí, ponerla a salvo, a ella y a mi material. —Laia me miró con incompreensión, con dolor.

—Ya están aquí. —dijo Robin entre el sonido de los coches levantando humo y los tiros persiguiendo a nuestros amigos escapistas.

—Markus, no, por favor... —lloraba desconsolada.

—Vete, haz de este mundo un lugar mejor, haz todo lo que yo quería hacer contigo. —poco a poco la lengua empezaba a atascarse, sentía la boca pastosa, los pensamientos fallarme.

Jetta la cogió en brazos, casi a punto de lanzarla al vacío, confiando en que las cuerdas la sujetaran y ella, aunque reticente, descendiera segura los casi veinte metros que le separaban del suelo.

—Eres lo mejor que me ha pasado en este mundo, en el que había antes y en el que esperaba crear. —le dije con media sonrisa de paz.

—No, Markus. Markus... —rogaba ella empapada en llanto.

Robin, sin dudar, tomó la soga y saltó sin más miramientos. Jetta intercambió una mirada nerviosa conmigo. Ambos asentimos, en gesto de comprensión y despedida. No había más segundos que perder, los infectados asomaban a la azotea y Archie y Adrian aguardaban en línea de fuego. Jetta aseguró el cabo de Laia al suyo y, cogiéndola con fuerza por la cintura, se subió a la cornisa y la arrastró hacia abajo entre quejas, espasmos y lágrimas, entre la repetición continua y doliente de mi nombre, entre el deseo de clavar las uñas al suelo y arrastrarse hacia mí. Así, a cámara lenta, con tristeza y desesperación, con los ojos llenos de pena y amor a la vez, la vi desaparecer, sabiendo que nunca más la volvería a besar.

La noche se mostraba despejada, de cielo abierto y cargado de chispeantes estrellas. Antes de que la infección me devorase, pensé en aquellas tardes en el jardín con mis padres contemplando constelaciones. Ojalá tumbarse en el césped y no hacer ni esperar nada más que una estrella fugaz, fuera posible de nuevo. Ojalá la vida no se hubiera torcido tanto.

Pero ahí estaba, siendo azotado por el karma, aquel que se reía de mí matándome con el virus que yo mismo, de alguna forma, creé.

Pero sentí paz, sentí la calma y la buena conciencia de quien sabe haber hecho lo correcto, de quien sabe que ha dejado un legado, una impronta en quienes le querían.

Había tenido una buena vida, había tenido un propósito. No, no iba a terminar así, fuera de

mí y mi raciocinio.

Cerré los ojos y respiré hondo, como aquel día en que contemplé a mi padre convertido en un monstruo, sabiendo que, por muy dura que fuera la realidad, no había margen para las dudas ni los miedos. Tomé la pistola que aun guardaba dos balas en la recámara. Escuché como el coche que ponía a salvo a Laia arrancaba y se alejaba a toda velocidad. Había vivido de forma lenta hasta hacía unos meses, cuando el caos me llevó a vivir deprisa, sentir intensamente y convertirme en otra persona sin poder controlarlo. Al final ellos tenían razón, el caos genera oportunidades. En mi caso, me permitió vivir a mil por hora cuando todos los demás caían en la oscuridad. Había luchado por lo que era justo, había encontrado el amor, el valor de la amistad. El apocalipsis me había enseñado que los finales tristes no son tan malos si el camino ha sido intenso y ha merecido la pena.

Sonreí alegre, con la misma ilusión e inocencia de cuando era niño. Pensé en Laia, en la vida que le quedaba por delante. Pensé en mi familia, en que ahora convertirían mi lucha en la suya. Pensé en mis padres, en que volvería a verlos. Y apreté el gatillo.

Epílogo

Markus, el hombre de gran rectitud moral, familiar, sencillo y bonachón, nunca tuvo miedo de hacer lo correcto. Markus, el hombre que conocí y del que me enamoré, me salvó la vida en todas las formas posibles.

Jamás había llorado tanto como aquel día. Jamás me había sentido tan vacía. Pero él dio su vida por mí, por aquello en lo que creía, por la posibilidad de encontrar un mundo mejor.

Esa misma tarde me detuve a leer, palpar y saborear cada una de las palabras que había escrito en su diario, en esas notas que acumulaba con cada descubrimiento, con cada sensación y cambio.

Cada fase de su vida era un aprendizaje, una recopilación de intensas experiencias que solo demostraban su fuerza. Ojalá hubiera podido disfrutar más de él.

Ese nefasto día me arrepentí de muchas cosas, me arrepentí de no haberle creído, de no haber hecho caso a mi instinto, al corazón que se desbocaba cada vez que le tenía cerca, desde el primer instante en que le vi. Pero no puedo cambiar el pasado, por mucho que me atormente cada día. Solo puedo honrar su memoria, ponerme en su piel, terminar todo lo que él empezó. Todo ello me acercará a él, a sentirle cerca, a vivir, de alguna forma, lo que tenía que haber sido nuestro futuro.

Con el alma hecha trizas conduje sin detenerme, sin dejar de pensar, sin dejar de penar.

Al llegar, contemplé el porche algo abandonado y desconchado, en su día debió de mostrar una belleza sin igual. Los maceteros debieron estar colmados de flores, los cojines y los cuadros decorando sillones y paredes, los girasoles enmarcando el camino de entrada, dándole luz a una casa de lo más personal.

—¿Quién es? —la voz que preguntaba al otro lado de la puerta sonaba herida, cansada y desconfiada.

—Me llamo Laia, era amiga de Markus. —dije notando cómo el dolor de Mia, su querida hermana, atravesaba la puerta que tardó varios minutos en abrirse.

—¿Está...? —no consiguió terminar la pregunta. Se derrumbó ante mi gesto afirmativo antes de fundirnos en un abrazo.

No, mi llegada a El Dorado no fue fácil ni agradable, pero me conectó con algo que, curiosamente, hasta entonces había sido desconocido para mí: el amor. El amor por Markus, vivo y chispeante, aunque él no estuviera, el amor fraternal, que encontré en el cálido recibimiento de los suyos, el amor propio, el que aprendí gracias a su sacrificio.

—¿Esa es la mochila de Markus? —quiso saber Daniel al verme cargar con ella.

—Sí, me dejó indicaciones y muestras para trabajar en el laboratorio que tenía en vuestro desván.

—¿Eres científica? —se interesó Mia.

—No, pero Markus me encomendó la vacuna contra el virus y, entre todos, vamos a crearla.

—¿Y cómo narices vamos a hacer eso nosotros?

—Juntos, como a él le habría gustado. —dije con seguridad ante las muecas de incredulidad de la familia.

Y así comenzaba el principio del final, el final del principio, el momento en que cerré el diario de Markus y me puso a trabajar en el mío propio, siguiendo su estela.

No sé si cumpliré el sueño de Markus, ahora convertido en mío propio. No sé si cambiaré el mundo, pero sí sé que haré todo cuanto esté en mi mano por lograrlo, cueste lo que cueste. Lo

aprendí de él. Incluso del caos más absoluto, surgen cosas buenas. Le conocí a él.

Quién sabe qué clase de mundo tendremos, si encontraremos la solución a todos los problemas que plagan la sociedad. Solo sé que, como bien escribía Markus, las reglas han cambiado, ahora solo queda luchar y mantener la esperanza.

La vida, como antes la conocíamos, se puede recuperar. ¿Qué por qué estoy tan segura de mis palabras?

Porque yo soy la cura.

Laia; junio de 2027

Table of Contents

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Epílogo](#)